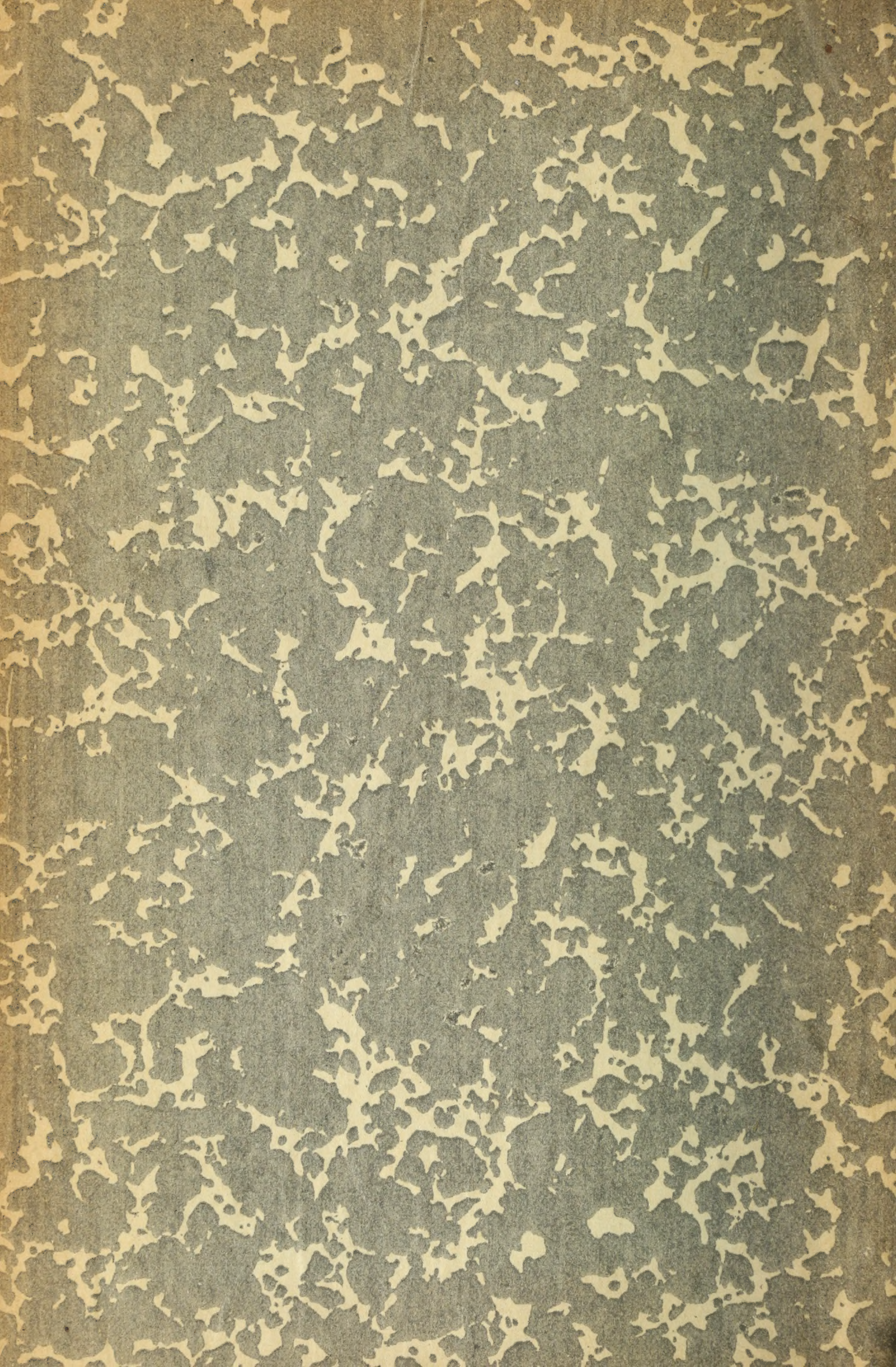

3 1761 08831848 0



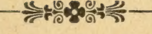


La Deseada.

Guillermo Díaz-Caneja

La Deseada

Novela



MADRID
IMPRENTA DE RICARDO F. DE ROJAS
Torija, 5.—Teléfono 316.
—
1915

La Deseada

Prólogo

La noche del 24 de Noviembre del año 189... era fría, desapacible. Una aparatosa tormenta había descargado por la tarde sobre Madrid, encharcando sus calles; cosa ésta no muy difícil, si se tiene en cuenta el paternal celo y tierna solicitud con que nuestro muy amado Ayuntamiento cuida de que el pavimento esté dotado de cuantas rajas, grietas, hendiduras, concavidades, altos y bajos sean necesarios para la debida contención y estancamiento de las aguas, amén del polvo y basura que hacen falta para fabricar un barro de buena calidad.

En la citada noche del 24 de Noviembre, día de San Crisógono, por más señas, un hombre de regular estatura, robusto, joven, veintiséis años, á lo sumo, vestido con traje azul, de lienzo, y gorra, esforzábase, en lucha desesperada con la embriaguez que le dominaba, en conservar el equilibrio, y se disponía á cruzar la plaza de Antón Martín, desde la calle del León á la de Santa Isabel.

Una mujeruca, vieja y andrajosa, acurrucada en el interior de un cajón, ante el cual se hallaba todo el menaje necesario al comercio de castañas *asás* y calentitas, voceaba la mercancía.

Dos veces hizo intención el borracho de lanzarse á la no fácil empresa de atravesar la plaza, y otras tantas se detuvo, á causa de las reflexiones que le inspirara el mencionado pregón de la mujer.

Agotadas, al parecer, sus filosóficas meditaciones acerca del caliente artículo comestible, lanzóse al arroyo, aprovechando un momento en que coches y tranvías lo dejaron libre. Rectificada la trayectoria que, describiendo un gran arco, le llevaba derecho á la calle de la Magdalena, logró arribar, sano y salvo, á la de Santa Isabel.

Apenas hubo puesto su insegura planta en la acera, junto á la chocolatería establecida en la casa de la esquina, una real moza le cortó el paso. Volvióse el hombre en dirección de la muchacha, con uno de esos rápidos movimientos tan peculiares en los borrachos, movimiento que le obligó á poner las piernas en ángulo, para no caer, y un entusiasta ¡olé! salió de su garganta. Quitóse después la gorra con gran parsimonia, volviósela á poner, bien que esta vez la visera cayese sobre el cogote, y cuando ya la muchacha, con rápido y gracioso andar, había desaparecido por la calle de Atocha, empezó un largo y desquiciado discurso, encaminado á poner de relieve la belleza de aquella mujer, cuyas partes más dignas de encomio, á su juicio, eran el pecho y las caderas.

No faltaron algunos desocupados que, no obstante lo desapacible de la noche, atraídos por la elocuencia del orador, se parasen á escucharle; á ellos espetó el beodo la mayor parte de su discurso.

De pronto, olvidando á la transeunte, y dando un rumbo completamente distinto á sus ideas, encaróse con sus oyentes y afeóles agriamente su vagancia y poco quehacer.

El regocijado auditorio se disolvió poco á poco, y Bernardo, que éste es el nombre de nuestro borrachín, al verse solo, con largos y torpes pasos echó á andar por la calle de Santa Isabel abajo, hasta llegar á una taberna situada en la esquina de la calle de Zurita. Allí quedó indeciso unos momentos. Miró la pendiente calle, miró la taberna y, tras breve duda, metióse en ésta. Cosa de media hora transcurriría desde que entró hasta que la puerta, abierta bruscamente, le dió paso para salir nuevamente á la calle.

El cielo empezaba á cubrirse de negros nubarrones que amenazaban con repetir la función de por la tarde. La tempestad, cual si sólo se hubiese retirado para proveerse de elementos de combate, parecía volver al ataque... ¡Las calles madrileñas no estaban todavía bastante embarrizadas!

Bernardo, como es fácil comprender, salió de la taberna hecho una verdadera lástima. Al encontrarse en la calle, ya no pudo prescindir del arrimo de la pared. Arrastrándose á lo largo de ella, llegó á la esquina; allí apoyó el hombro y quedó contemplando la empinada calle de Zurita.

Á pesar del embotamiento de sus sentidos, no dejaba de comprender el problema que para él representaba el descenso por aquel plano inclinado.

Como niño que al dar sus primeros pasos busca

el apoyo que le ayude á sostenerse, así Bernardo, con ambas manos apoyadas en la pared, empezó á descender por la calle. Pronto hubo de detenerse atemorizado. Aunque su oratoria ya no era otra cosa que una serie de sonidos sin ilación ni sentido, aun trató de explicar á imaginarios oyentes que una población con pendientes como aquella en que él se hallaba, era una población sin lógica ninguna.

Hacia la mitad de la calle, vióse una lucecita que se movía lenta y acompasadamente. Aquella luz, que era la del farol del sereno, fué, desde el momento en que la vió, el objeto de todos los anhelos de Bernardo. Como si su aparición le prestara nuevos bríos, despegóse de la pared, y echando el cuerpo hacia atrás cuanto pudo para contrarrestar la pendiente, dió un paso; pero apenas acometida empresa tan temeraria, cayó de costado y fué rodando un gran trecho.

Ignoramos si en aquel momento se le ocurriría divagar acerca de lo conveniente que sería empedrar las calles con colchones; lo que sí podemos dar por seguro, es que no se le oyó decir una palabra y que no hizo el menor intento para levantarse. Tal vez su alcoholizada filosofía, haciéndole patente la verdad de los hechos consumados, le hizo comprender lo inútiles que hubieran resultado todos sus esfuerzos para recobrar la posición vertical.

La luz se acercaba poco á poco. Llegó el sereno donde el borracho estaba, y dándole con el pie, dijo:

—¡Eh!... amigo... que esto no es la Posada del Peine...

Una especie de gruñido fué la respuesta que recibió el sereno; éste, acercando la luz al rostro de Bernardo, y reconociéndole, pues antiguo amigo era, lanzó un *terno* para expresar su disgusto.

—¿Y me diste, ayer mismo, palabra de no emborracharte más?—exclamó el buen hombre.—¡Buena tienes la palabra! Y lo peor es que cada noche te caes más al principio de la calle, condenado...; lo cual quiere decir que cada noche aumentas la dosis... ¡Eh!... Bernardo .. ¡Bernardo!...—repetía zarandeándole—; levanta, que tienes la cama húmeda y vas á coger un reuma... ¡Pobre Paca!... ¡Ya podía estar esperándote con su hermana á la salida del taller... Vamos, hombre... ¡quieres levantarte!

El borracho, moviéndose perezosamente, abrió los ojos, que ya se regocijaban con la perspectiva de un profundo sueño, y, con voz torpe, pronunció entre dientes el nombre del sereno.

—Vamos, menos mal—dijo éste al oirle—; aun conoces... ¡no estás tan borracho como yo me figuraba!

Obstinábase Bernardo en permanecer tendido cuan largo era. Dura brega hubo de sostener con él su amigo, para lograr ponerle en pie; y ello no lo consiguió hasta que, dejando el chuzo arrimado al quicio de una puerta, se lió á brazo partido con Bernardo, sosteniendo la más descomunal de las batallas.

Arrimóle á la misma puerta en que estaba apoyado el chuzo, y mientras arreglaba los desperfectos del capote, endilgóle la más áspera filípica que

en la vida saliera de su boca. —«Aquello era impropio de un hombre de vergüenza. Mientras Paquita, mujer de Bernardo, y Clara, su cuñada, velaban en el taller hasta las once de la noche, él se estaba emborrachando... Y qué bonito que ellas, en vez de encontrarle esperándolas, como Dios y la decencia mandan que se haga con mujeres de bien, tuvieran que irse solas á casa, dando lugar á que las tomasen por unas *cualquieras*... Eso estaba muy bonito, ¿verdad?»

La fraterna del sereno y la lluvia que empezó á caer reavivaron los dormidos sentidos del borracho, dándole espacio para disertar un rato sobre los deberes de la mujer casada; entre éstos estaba el de esperar al marido, en cualquier sitio que fuese, hasta el fin del mundo. —«Si Paca y su hermana no le habían esperado aquella noche á la salida del taller, no era porque él se hubiese retrasado, sino porque, tanto la una como la otra, eran unas solemnísimas pindongas... que sabe Dios dónde habrían estado. Pero en cuantito que él llegara á casa, ya las arreglaría.»

El señor Gabriel, el sereno, uno de los hombres más buenos y más cachazudos que sustentara la madre Tierra, sintiendo que bondad y cachaza se le terminaban, enarboló el chuzo y amenazó á Bernardo con romperle la cabeza, si volvía á ofender á Paquita y á Clara de aquella manera. —¿Es que no las conocía él, para saber que eran las dos muchachas más buenas y honradas de la tierra? ¡Pues estaba bien!

Cansado ya el señor Gabriel de oir barbarizar á Bernardo, le cogió por un brazo, y, dando tumbos de una acera á otra, consiguió llevarle hasta el portal de una casa situada hacia la mitad de la calle. Abrió la puerta y trató de empujarle hacia el interior; pero fué el intento vano: cuantas veces le echaba hacia dentro, cuantas veces el borracho volvía á la puerta empeñado en demostrar á su amigo que Paca y Clara eran dos pindongas que se la daban al más listo.

Una voz resonó, al final de la calle, llamando al sereno; éste, sin hacer caso de lo que Bernardo le decía, le volvió á coger del brazo y, poco menos que arrastra, lo llevó hasta el primer peldaño de la escalera.

—¿Podrás subir?—preguntó.

Protestó airadamente el interpelado, de suposición tan injuriosa, y trató de hacer creer á su acompañante que no estaba más que un poco alegre; pero el señor Gabriel, cortándole la palabra, dijo:

—Bueno..., bueno...; ahí te quedas; yo voy á abrir allá abajo; cuando pueda volveré á ver si has llegado á tu casa ó estás roncando en algún descansillo.

Y dicho esto, salióse del portal, dejando á Bernardo encerrado.

La casa, vieja, como todas las de la calle, con la fachada desconchada, los balcones oxidados, á falta de pintura, desprovistos de persianas, que, en verano, se substituían por cortinas de múltiples colores, ostentaba cuatro pisos, que pudieran verse

desde la calle: la fachada, después del cuarto piso, replegábase bajo un tejadillo, para reaparecer á los tres metros, dando lugar á un piso más, que se guarecía bajo el tejado general. Cuatro ventanas había en este último piso, que correspondían, por partes iguales, á dos sotabancos. En el interior, en las galerías del patio, era incalculable el número de tugurios que, bajo la denominación de cuartos interiores, se abrían al servicio público. Una escalera angosta y desgastada, con barandilla de fábrica y pasamanos de madera, daba acceso á las diferentes celdas de aquella colmena humana. En cada descansillo había una puerta que comunicaba con la galería correspondiente del patio.

Hasta uno de los sotabancos tenía que subir Bernardo.

No bien se hubo quedado solo, y después de breve divagación sobre la inconstancia de los amigos, que siempre le dejan á uno en las astas del toro, vulgo pie de la escalera, en aquel caso, lanzóse á la sobrehumana empresa de remontarse hasta el quinto piso.

Dos ó tres golpes de mayor cuantía, recibidos en distintas partes del cuerpo, y alguna que otra caída, mortal de necesidad, aunque no lo fuese en aquel entonces por aquello de que la Providencia no duerme, fueron causa de que Bernardo pensara en la urgente necesidad de encender una cerilla para ayudarse en tan peligrosa ascensión.

Registró todos sus bolsillos; de uno del pantalón salió la mugrienta caja y de la caja la cerilla, mejor

dicho, cerillas, pues antes de lograr encender una, hubo de descabezar muchas, que, propinando las correspondientes quemaduras, dieron lugar á cuantos *tacos y ternos* ha podido inventar la fantasía humana hasta nuestros días. Unas veces con luz, otras á obscuras; un tramo á gatas, otro en posición seminormal, nuestro hombre logró encaramarse hasta el último piso.

El descansillo se prolongaba en forma de dos pequeños pasillos, al final de los cuales se hallaban cada uno de los sotabancos que coronaban la finca. Hacia el de la derecha se dirigió Bernardo, después de haberse detenido unos instantes para resollar.

Componíase el piso de cinco habitaciones: tres alcobas, la cocina y una sala que, á la vez, hacía el servicio de comedor, ítem más el de recibimiento, ya que en ella se encontraba la puerta de entrada al cuarto.

Esta sala era propietaria de una de las dos ventanas que daban luz y ventilación á la reducida morada, pues la que tenía la cocina sólo proporcionaba los miasmas que ascendían de toda la casa por un tubo cuadrado, que se denominaba patio; la otra ventana, que se abría sobre el tejadillo, correspondía á la alcoba que ocupaban los padres de Paquita y Clara.

Una gastada bombilla eléctrica iluminaba la habitación, que llamaremos comedor. Ante la camilla

que había en el centro, dos muchachas, sentadas una frente á otra, empezaban á consumir una modestísima pitanza. Cerca de ellas, Doña Micaela, mujer de unos cincuenta años, enjuta de cuerpo, algo encorvada, con el pelo blanco, los ojos hundidos y las manos descarnadas, las contemplaba, acariciando, entretanto, la rubia cabecita de un niño que apenas contaría cinco años, y que, abrazado á las piernas de la anciana, tenía fijos sus grandes ojos azules en una de las jóvenes, Paquita, que era su madre. Esta, con amorosa sonrisa, ofrecíale, de cuando en cuando, á título de golosina, una pequeña porción de lo que comía.

Doña Micaela, madre de las dos muchachas, y abuela, por lo tanto, de Bernardito, alegaba que el nene ya había cenado; que no era él, sino Paca, quien debía alimentarse para reponer las fuerzas perdidas en largas horas de penoso trabajo.

En un ángulo de la estancia, sentado en un viejo sillón, estaba D. Antonio, el esposo de Doña Micaela.

Atacado de una atrofia muscular progresiva, sólo podía moverse mediante el auxilio de otra persona. La parálisis bulbar, presentándose como complicación, empezaba á sujetarle la lengua de tal modo, que ya sólo pronunciaba roncos é incoherentes sonidos. La vida se reconcentraba en sus ojos, y éstos se fijaban insistentemente en las dos jóvenes. La terrible enfermedad echaba á montones los años sobre los cincuenta y dos que el anciano tenía

Clara, la cuñada de Bernardo, comía lentamen-

te, sin hablar; y tanto ella como su hermana y la madre, parecían muy preocupadas.

Dos fuertes golpes resonaron sobre la puerta de entrada. Las dos hermanas suspendieron la comida; la abuela apretó al niño contra las rodillas, á las que él se abrazó con más fuerza; el viejo revolvió los ojos con ira hacia el mencionado lugar. Otros dos golpes, más fuertes que los anteriores, amenazaron con derribar la apolillada puerta. Todos callaban.

—¡Dios mío!— dijo al fin Paquita.

—Abra usted, mamá— añadió Clara.

Bernardito, separándose de la abuela, corrió á buscar el amparo de la madre; ésta rodeó la cabecita del niño con ambos brazos, como si quisiera preservarle de algún peligro cercano.

Dirigióse la anciana hacia la puerta, descorrió el pestillo, y se alejó con más prisa de la que empleara en ir á abrir.

Como empujada por un ciclón, merced al desplomamiento de Bernardo sobre ella, la puerta fué á chocar, girando sobre sus goznes, contra la pared, rebotando con fuerza.

Sonriendo idiotamente, con aire de superioridad, convencido de la razón que le asistía, penetró el borracho en el comedor, tambaleándose de una manera terrible.

Clara, que, por la situación que ocupaba, fué, de las dos hermanas, la primera que vió el estado en que llegaba Bernardo, exclamó en voz baja, dirigiéndose á Paca:

—¡Cómo viene!...

—Cállate, por Dios; no le digas nada.

—Ya lo dirá él; no te apures—, replicó Clara reanudando la cena, como si no se hubiera enterado de la presencia de su cuñado. Doña Micaela se había colocado junto á su esposo, y procuraba calmar la irritación que éste demostraba.

Bernardo, avanzando lentamente, llegó hasta situarse frente á la mesa, entre su mujer y su cuñada.

Paquita tembló como una azogada; Clara hubo de hacer un gran esfuerzo para tragar el bocado que tenía en la boca. De carácter más enérgico que su hermana, veíase que necesitaba apelar á toda su fuerza de voluntad para contenerse ante la actitud insultante de su cuñado.

—Se cena... ¿eh?... se cena—dijo el borracho acercándose más.

—La que trabaja tiene que comer—replicó secamente Clara.

Paquita miró á su hermana con gran susto; después, dirigiéndose á su marido, dijo:

—Hemos estado esperando, al salir del taller, y viendo que no ibas, como era muy tarde...

—Lloviendo, con el portal cerrado, no íbamos á estar en la calle hasta que á ti se te moviera el alma para ir á buscarnos...—continuó Clara.

—Todo el que pasaba tenía que decirnos algo...

Bernardo, columpiando la cabeza, como muñeco de feria, pugnaba por encontrar palabras con que expresar sus malvados pensamientos, y, como no lo lograse, se irritaba cada vez más. Al fin, deján-

dose caer sobre la mesa, en la que quedó apoyado con ambas manos, y encarándose con su esposa, dijo:

—Lo que pasa es que tú eres una grandísima...

La expresión más corta y más insultante para una mujer, salió de la boca del borracho.

Paquita, roja como una amapola, se puso en pie; Clara hizo lo mismo; la madre, pasando cautelosamente por detrás del beodo, fué á cerrar la puerta, y después se acercó á Paquita.

La indignación producida por aquella palabra soez, dura..., cortante, había paralizado las lenguas de cuantos la escucharan. Nadie, pues, interrumpió á Bernardo; éste, envalentonado ante aquel silencio, que él creyó producido por la justicia de su calificativo, continuó de este modo:

—Y como á las mujeres que son así, hay que enseñarlas, yo te voy á dar la primera lección...

Y antes que nadie pudiese impedirlo, su manaza, dura y pesada, cayó brutalmente sobre el delicado rostro de Paca.

Un grito de dolor, de ira, salió de la garganta de la infeliz, que, cogiendo á su hijo y huyendo al extremo opuesto de la habitación, exclamó:

—¡Canalla!

Al oir el insulto, bien que en aquella situación no lo fuese, Bernardo hizo ademán de lanzarse sobre Paquita; pero no bien hubo dado el primer paso, Clara, con un violento empellón, le hizo retroceder hasta una cómoda, que de aparador servía, y se interpuso valientemente entre su hermana y él.

A ella acudió, á su vez, Doña Micaela, con voz suplicante:

—Por Dios, Clarita...

—Déjeme usted, mamá... ¿Voy á consentir que traten así á mi hermana?... Hoy le ha pegado á ella..., mañana nos pega á todos.

Bernardo, apoyado en la cómoda, mascullaba sordas amenazas.

Las manos del enfermo procuraban inútilmente asir con fuerza los brazos del sillón; sus ojos despedían rayos; su garganta, roncos sonidos.

Doña Micaela, previa inclinación de cabeza, como si meditara, como si consigo misma consultara el camino que en situación tan grave debiera seguir, acercóse á su yerno, y con amabilidad, con dulzura, le habló así:

—Acuéstate, Bernardo; descansa, duerme, y mañana será otro día... Anda, acuéstate...

El borracho, que parecía haber olvidado ya el asunto de la contienda, miró á su suegra con aire estúpido y soez; después, columpiando uno de sus brazos é indicando con la mano una de las alcobas, exclamó:

—Hala, tú... hala *pa* la cama..., ¡que ya te arreglaré yo mañana!

Paquita, que ocultaba sus lágrimas con el pañuelo, descubrió el encendido rostro y quedó mirando á su marido.

—¿Has... oído?...—repitió éste.— ¡A la cama!...

—¡No quiero!—contestó la aludida con tono tan enérgico y desacostumbrado en ella, que la madre

y la hermana se quedaron mirándola con asombro—. Tú, que eres un hombre tan decente, no debes acostarte con una...

Aquí, Paca, con visible repugnancia, repitió la canallesca palabra que su marido le lanzara al rostro momentos antes.

La bondadosa madre, viendo que la cuestión se agriaba más de lo necesario, intervino de nuevo:

—Acuéstate, acuéstate tú, que ella irá en seguida...

Bernardo, cuyas facultades mentales se obscurecían por momentos, y cuyos ojos pugnaban por cerrarse, se dejó llevar dócilmente hasta la alcoba, y, momentos después, se le oía roncar de una manera formidable.

Hubo un momento de silencio; las personas que en el comedor estaban, parecía que sólo se ocupasen en dar entrada en sus pulmones al aire que momentos antes les faltara.

Bernardito, asustado por la pasada escena, y acongojado al ver llorar á su madre, acariciábala con sus manitas, besándola en las partes del rostro que el pañuelo dejaba libres.

La actitud de Bernardo debía ser nueva completamente, á juzgar por el aire de sorpresa y de consternación que se observaba en las personas allí reunidas.

Nueva era, en efecto: Bernardo, en la brutal conducta que seguía desde que, dos años antes, dió en el vicio de emborracharse, nunca había llegado á extremos tan graves. Tal novedad complicaba la si-

tuación de aquel hogar de tal manera, que ninguno de los que lo componían, comprendiéndolo así, se atrevía á formular juicio alguno sobre lo presente, y mucho menos sobre lo futuro.

Aquella modesta familia, que entre el pueblo vivía, revelaba, por sus modales, haber nacido en otra esfera un poco más elevada; ese mismo pueblo, que en su seno la cobijaba, tan dispuesto siempre á suprimir títulos y derribar jerarquías, reconociéndolo así, nunca se atrevió á llamar á los padres señor Antonio y señora Micaela, según su costumbre; el clásico «don» del señorío, les fué conservado en toda la vecindad.

El padre de Doña Micaela y el de Don Antonio fueron compañeros de oficina en la Delegación de Hacienda de Zaragoza. Allí nacieron los muchachos, allí se conocieron, y allí, andando el tiempo, se declararon su mutuo cariño. El fué uno de esos jóvenes dotados de escasa inteligencia, que todo lo emprenden y que nada logran. Mientras vivió su padre, mal que bien, pudo ir viviendo; pero, al morir éste, no tuvo más remedio que agarrarse á lo primero que le salió; y ello fué una plaza de cobrador en la sucursal de una Sociedad de seguros, cuya Casa central radicaba en Madrid.

Don Antonio, moralmente, descendió un escalón; pero materialmente subió muchos: ya ganaba su vida. Bueno y honrado como era, pronto echó hondas raíces en la Casa.

Los padres de Doña Micaela, teniendo en cuenta el gran amor que ésta profesaba al chico, y que éste

era una bella persona, no tuvieron ningún inconveniente que poner á la boda. Al fin y al cabo, los partidos no abundaban y ... ¡qué diantre!... entre un empleado de ocho mil reales y un obrero con buen jornal ... no era difícil averiguar cuál convenía más.

El joven matrimonio educó á sus dos hijas en el trabajo, demostrando en ello gran cordura: Paca y Clara aprendieron el oficio de modistas y llegaron á ser dos buenas oficialas. De este modo, adaptados al nuevo medio en que se desarrollaba su vida, no tuvieron reparo en que Paca se casase con Bernardo; muy al contrario: ellos fueron los primeros en aconsejar á su hija que lo aceptase por marido: perito electricista, inteligente y honrado, era un partido ventajoso.

Ocho años hacía que Don Antonio había logrado ser trasladado á la Casa de Madrid, y seis que Paca se había casado.

Educadas las dos hermanas en un ambiente de bondad y de cariño, y, hasta cierto punto, de señorío, mostrábanse azoradas, confusas, ante aquel nuevo aspecto de la vida, que Bernardo les hacía ver.

Bernardo, al principio, se emborrachaba de tarde en tarde; luego más á menudo ... y por último, á diario. Echáronle del taller; aborreció el trabajo y concluyó por no amar otra cosa que el vino y la mujer ... que no fuera la suya. Paquita, que al casarse había dejado el taller, sin exhalar la menor queja, volvió á él para substituir, en parte, el jornal de su marido. Sufría con resignación las brutalidades de

éste y procuraba atraerle al buen camino. El amor de su hijo recompensábala de sus amarguras. Cuando Clara reconvenía su pasividad ante el nuevo modo de conducirse de Bernardo, contestaba invariablemente: «¿Qué voy á hacer? Ya cambiará». Su dulzura, su bondad se comunicaba á todos los de la casa y ello les hacía sufrir con resignación las groserías de Bernardo. Por otra parte, él sabía muy bien el resorte que tenía que tocar, cuando Clara, única que con él se atrevia, le afeaba su conducta y le decía que se fuera á otra parte con la música: invariablemente respondía que sí, que se iría; pero con el niño. Tal terror causaba á todos la idea de que se llevara á Bernardito, que nadie volvía á rechistar, y el borracho imperaba á sus anchas. Pero en el ambiente estaba el que los sucesos de aquella noche habían de producir consecuencias que nadie podría precisar cuáles fuesen.

Cierto que el carácter tierno y apacible de Paquita, de aquella mujer que apenas contaba veintitrés años, toda amor, toda sonrisa, que comunicaba á su rostro una expresión de dulzura que le atraía todas las voluntades, daba lugar á suponer que se resignaría ante el nuevo ultraje; pero tan grande era éste, que no podía asegurarse.

La misma Clara, indignada, sentíase inclinada á la rebelión; su temperamento, más varonil que el de su hermana, protestaba de tal brutalidad.

Ella fué la primera en hablar:

—Ande usted, mamá; vamos á acostar á papá.

El pobre paralítico miró un momento á su hija,

expresando con la mirada toda la gratitud que inundaba su alma; después clavó los ojos en la desdichada Paquita, expresando entonces su triste mirar la ternura que rebosaba de su corazón.

—Bernardito, ven á despedirte...

Corrió el niño hacia su tía; cogióle ésta en brazos y, después de besarle repetidamente, lo acercó al enfermo. El niño, rodeando con sus brazos el cuello del anciano, le besó diciéndole: «Que descanses, abuelito». Por las mejillas del paralítico rodaron dos gruesas lágrimas.

Acostados el enfermo y el niño, éste en una camita que tenía en el cuarto de la tía, y acostada también Doña Micaela, quedaron solas las dos hermanas.

—Calla, no llores más, mujer—dijo Clara.—Esta noche te acuestas conmigo... y mañana, Dios dirá.

—Dios no dirá nada en favor nuestro, Clara.

—Puede que tengas razón. La verdad es que desde que papá cayó enfermo y tu marido se dedicó á su nueva vida, parece que nos han echado una maldición.

—¡Y qué maldición!

—En fin, vámonos á la cama; no hay que desconfiar; todo se arreglará... Ahora, que si Bernardo, esta noche, es mi marido... Pero tú has hecho bien... Anda... anda, mujer... acuéstate y calla ya... Esto tendrá su fin...

—Puedes estar segura.

Con tal acento pronunció Paquita aquellas palabras, que Clara sintió gran inquietud.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Nada... nada... —replicó Paquita levantándose y dirigiéndose á la alcoba de su hermana.

Bernardito, que dormía como un lirón, no sintió ni los besos ni las lágrimas de su madre. Paca se acostó; poco después, Clara hizo lo mismo. Cerrada la puerta de la alcoba, aún se percibía el rumor de la conversación que sostenían las dos hermanas. Poco á poco fué extinguiéndose éste, y ya no se escuchó en la casa otro ruido que el producido por los formidables ronquidos del borracho.

El siguiente día amaneció despejado. El Sol, con cara medrosa, como si temiese que le afearan su conducta del día anterior, en que no apareció ni un momento, se elevaba lentamente en el espacio, prodigando sus dorados rayos, que templaban el ambiente.

Las siete de la mañana serían cuando Doña Micaela salió al comedor. Sus ojos estaban enrojecidos por el insomnio. Los ronquidos de Bernardo seguían atronando la casa.

Por la escalera dejábase oir el zumbido producido por el revivir de la inmensa colmena.

Abrió Doña Micaela las maderas de la ventana, y, acto continuo, se dirigió á la alcoba de sus hijas.

Clara, que tenía el defecto de que las sábanas

eran para ella tenazas que la retenían en el lecho, dormía á pierna suelta. Al entrar, la madre no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al verla sola en la cama. Desde su cuarto, la noche anterior, las había oído acostarse juntas. ¿Estaría Paca con su marido? Deseosa de aclarar sus dudas, encaminóse al cuarto de Bernardo, y entreabriendo cautelosamente la puerta, miró al interior: su yerno, vestido, estaba de bruces sobre la cama; nadie más había en la habitación.

La pobre señora sintió una angustiosa zozobra. Volvió rápidamente al cuarto de su hija, y sacudiéndola por un brazo, logró despertarla.

Rebulló perezosamente la muchacha, que se hallaba en el mejor de los sueños, y miró á su madre con extrañeza.

—¿Y Paquita? ¿Dónde está tu hermana?—preguntó insistentemente Doña Micaela.

Al oir á su madre, Clara, con un movimiento rápido, se sentó en la cama.

—¿Dónde está Paquita?—repetía cada vez más emocionada la madre.

—Pero ¿no está por ahí?

—No; no está en casa.

Clara, á medida que sus sentidos despertaban, iba perdiendo la cara de susto que pusiera al principio. La memoria, al recobrar su actividad, hacíale recordar algo que la noche anterior se tratara entre las dos hermanas.

Doña Micaela, con los ojos llenos de lágrimas, suplicaba á su hija con acento entrecortado.

—Cálmese usted, mamá; no llore, no se desespere... Esto tenía que llegar... ¡tenía que suceder!...

—Pero ¿qué es lo que tenía que suceder? Dímelo, por Dios; tú lo sabes...; Paquita no está en casa... Paquita se ha ido...

—Sí, mamá... se ha ido—contestó Clara inclinando la cabeza.

—¿A dónde... á dónde se ha ido la pobrecita?

—No tenga usted cuidado, mamá; no sufra, que esto puede que sea un bien.

—¿Tú sabes dónde está?

—Lo sabremos esta tarde.

La infeliz madre, dejándose caer sobre una silla, rompió en amargo llanto.

Clara, echándose fuera de la cama, se vistió precipitadamente, tratando, al mismo tiempo, de consolar á su madre.—«Paquita se había ido sin despedirse, sin darle un beso...»

Bernardito se despertó en aquel momento, y su primera palabra fué para llamar á su madre.

La abuelita se precipitó sobre él y le cubrió de besos.

—Mamá—repetía el niño, acostumbrado como estaba á que ella fuese quien le diera el primer beso.

—Se ha ido—sollozaba la abuela.

—Se ha ido—repetía la tía como un eco.

—¡Paca!—se oyó gritar al borracho.

— Para ti está Paca — respondió sordamente Clara...

—¡Paca!—se volvió á oir llamar.

—Se ha ido—gritó agriamente Clara, desde la puerta de su cuarto.

—Yo quiero que venga mamá—dijo el niño echándose á llorar desconsoladamente...

—¡Hija de mi alma!

—¡Pobre hermana mía...!

—¡Mamita!...

I

Ligera, ágil, nerviosa, sin parar mientes en los numerosos requiebros y chicoleos que á su paso sembraba la gente, Paquita subía por la calle de Fuencarral, en dirección á la glorieta de Bilbao.

Su figura menudita, bien proporcionada, se destacaba, por su gentileza, entre la del infinito número de modistillas que, como ella, se dirigían velozmente á sus casas para comer y regresar al obrador.

El calor que se hacía sentir en aquel día, uno de los primeros del mes de Mayo, y la rapidez de la marcha que llevaba, acalorando su semblante, orlado de espléndida cabellera, de color castaño muy obscuro, y comunicando cierto brillo á sus ojos, grandes y claros, realzaban su infantil belleza. Una falda negra, una blusa blanca y un velillo componían su atavío.

Al llegar á la glorieta torció hacia la derecha, siguiendo la acera del Café Comercial, y embocó la calle de Luchana, cruzando á su acera izquierda. Hacia el final de la calle metióse rápidamente en un largo y angosto portal.

—Buenos días, señora Gertrudis—dijo al pasar como una exhalación por delante del cuchitril en

que la portera rebullía; y, sin aguardar respuesta, lanzóse escaleras arriba.

Algo debía tener que decir la llamada señora Gertrudis, á la recién llegada, por cuanto, al oir el saludo, salió con toda la prontitud que sus sesenta años le permitían, á buscarla; pero Paquita encontrábase ya por las alturas del piso segundo.

Llegó hasta el final de la escalera; torció por un largo pasillo, en el que, á derecha é izquierda, había varias puertas; parándose ante una de ellas, sacó del portamonedas una pequeña llave, abrió y entró en su casa. ¿Su casa? Sí, aquella era su casa: una pequeña habitación abuhardillada en su tercera parte, amueblada con un catre, dos sillas, una pequeña mesa y un baúl. En uno de los lados de esta habitación abríanse dos puertas: una correspondía á la diminuta cocina de la casa; la otra, á una especie de ropero. Tanto la pieza principal como la cocina tenían sendas ventanas que se abrían sobre el tejado.

Paquita se quitó el velo, desabrochó la blusilla, haciéndose aire con ella unos momentos, y sentóse, muy preocupada, sobre la cama; volvióse á levantar casi instantáneamente y entró en la cocina. Con unas tenacillas de rizar el pelo escarbó en la hornilla para desenterrar unas brasas que, cobijadas bajo ceniza, se conservaban desde por la mañana temprano, y tomando las debidas precauciones para no mancharse, echó sobre ellas algunos carbones. Del vasar cogió una cazuelita que contenía un guiso ya condimentado, para contrarrestar la escasez de

tiempo al medio día, y la colocó sobre la lumbre. Sopló nerviosamente algunos instantes para reanimar las ascuas; cuando las pequeñas llamas prendieron en los negros carbones, colgó el soplillo de un clavo y salió á la pieza principal. Sobre la mesita había una blanca servilleta envolviendo un panecillo y un cubierto. Extendida la servilleta sobre la mesa, sobre aquélla puso uno y otro, con más un plato y un vaso, que llenó de agua. Volvió á la cocina, y como el guiso no estuviese aún caliente, salió de nuevo á la sala y se sentó, quedando en actitud pensativa. Un suspiro largo y penoso se escapó de su levantado pecho.

Paquita ya no era la muchacha siempre sonriente, siempre contenta y confiada, no obstante la insistencia de las desdichas que desde hacía tiempo la persiguieran; su hechicero rostro, sin perder nada de la afabilidad y dulzura acostumbradas, habíase tornado grave, serio. ¡Cuánto había sufrido la modistilla en aquellos seis meses!... ¡Cuánto sufría... y cuánto le quedaba aún por sufrir, quizá! ¡Qué feliz no sería, si pudiese tener con ella á su hijito! Su cara parecía animarse con tal pensamiento... ¡Pero esto era imposible!... Aparte de que la ausencia del niño hubiera dado lugar á la mas tenaz persecución de Bernardo sobre Paca, ésta, teniendo que pasar la mayor parte del día fuera de casa, ¿cómo le hubiera podido atender? Así, al menos, estaba segura de que el amor de su hermana y de la abuela velaban por él.

Una pierna sobre la otra, el codo en la rodilla y

apoyada en la mano la frente, Paquita parecía inanimada.

Cuando más abstraída se hallaba en el mudo recuerdo de su pasada vida; cuando, quizá, le parecía oir á su hermana relatarle la fiera actitud de Bernardo al saber su huída, así como las terribles amenazas que el borrachó formulara contra su esposa; cuando sentía la vocecita de su hijo llamando á «mamita»; cuando á sus ojos acudían las lágrimas al pensar en el duro y brutal yugo que toda su familia sufría por culpa suya, la puerta de la escalera, que al entrar dejara entornada, se abrió lentamente, dando paso á la señora Gertrudis, cuya cara, un compuesto de arrugas dirigidas en todos sentidos, expresó la más viva compasión al ver la actitud de la joven.

—Pero, chica, ¿qué haces así?

—¿Es usted, señora Gertrudis? No la he sentido entrar.

—No hace falta que lo jures...

—Siéntese usted, que la escalera es cansada.

—No lo dirás por ti, hija mía—replicó la portera, sentándose frente á su inquilina.—Antes, cuando llegaste, al sentirte, salí corriendo á buscarte... pero ¡que si quieres!... ¡Lo que son los pocos años! Así subía yo las escaleras cuando os conocí en Zaragoza; cuando vivía mi pobrecito Juan. Entonces eras un arrapiezo... y tu hermana otro; porque si tú tienes ahora veintitrés años, ella tendrá uno más...

—Así es; ella acaba de cumplir veinticuatro.

—¡Ay... veinticuatro años!... No has dicho nada; veinticuatro años.

—Perdóneme un momento: ya debe estar la comida caliente, y...

—Sí, hija, sí; por mí no te entretengas, que luego tienes que correr para ir al taller.

Paquita entró en la cocina, y, á poco, salió con la humeante cazuela, cuyo contenido echó en el plato que antes había dispuesto.

—¿Quiere usted comer?

—Gracias, hija mía. De lo poco aún ofreces—contestó la portera, manoseando unos papeles que en la mano tenía.

—Acérquese más y dígame el porqué de salir á buscarme cuando vine, y de subir ahora.

La señora Gertrudis, levantándose con gran prosopopeya, acercó la silla á la mesa, ante la cual se hallaba Paquita, y, sentándose nuevamente, dijo:

—Come ahora tranquila... y luego hablaremos...

—¿Por qué emplea usted ese tono? ¿Acaso es una mala noticia? ¿Han traído algún recado de mi casa?—dijo Paquita con vehemencia y sobresalto.

—No, no es eso; cálmate, chiquilla, cálmate...

—Pues si no es eso, dígame lo que sea; ya sabe usted que estoy acostumbrada á lo malo desde hace años; además, que dispongo de poco tiempo; conque dígame, dígame...—añadió Paquita empezando su modesta colación.

La señora Gertrudis dió unas cuantas vueltas entre sus manos á los citados papeles. De pronto,

la joven, dejando de comer, quedóse mirándolos fijamente.

—Trae usted el recibo de la casa, ¿verdad?

Tras de un embarazoso silencio, la interrogada contestó:

—Los tres...

—Es verdad... ¡son tres!... Tres meses, á dos duros, son seis duros... ¡Seis duros!... ¿Dónde encontrar tamaña fortuna?

—No es nada fácil... Pero, mirándolo bien, hay que convenir en que tú tienes la culpa; no piensas sino que en los demás.

—En mi casa son cinco bocas.

—Si cuentas á tu marido...

—Y qué remedio sino contarlo.

—Pues tu marido, desde que te fuiste de tu casa, mal que bien, algo trabaja.

—Como si no; lo que él gana, para él se lo guarda.

—¿Y qué vas á hacer?

—Eso mismo me preguntaba yo en este momento: ¡qué voy á hacer! Por lo pronto, creo que es inútil abrigar la esperanza de que el administrador aguarde más.

—Ni soñarlo, hija, ni soñarlo. ¿Tú sabes qué rato me ha dado esta mañana? Eso no es un hombre, es un tigre sin entrañas. «Que quién me metía á mí á salir fiadora de nadie; que si fué..., que si vino... Que si no puedes pagar, que te vayas á otra parte...» ¡Virgen mía, cómo me ha puesto la cabeza!

—Y tiene razón. ¿Quién le metió á usted á darme amparo aquella mañana que yo vine á pedírselo?

La bondadosa portera puso cara, no de extrañeza, sino de espanto, al oir á Paquita.

—Qué querías que hiciera... ¿dejarte en la calle? ¡Válgame Dios!... Conociéndote como te he conocido, hecha una ratilla, con aquel pelito rubio que entonces tenías... ¡Qué cosas se te ocurren! Lo que yo siento es que no hubiera sitio en mi cuarto; pero bien sabes que la cama, la cómoda y yo, tenemos que estar, por turno, unas veces encima y otras debajo.

—Qué hubiera sido de mí sin su auxilio. Gracias á que usted salió fiadora, me alquilaron esta buhardilla... Una mujer casada, aunque su marido la maltrate... no tiene derecho á nada. No piense que por mi gusto hemos llegado á este extremo. Mi jornal es corto, y una parte de él tengo que destinarla á mi familia. Los tres primeros meses, atendiendo á usted, como era mi deber, pagué religiosamente las diez pesetas de alquiler; pero ello fué á costa de quedar debiendo en otras partes. Para atender á esas deudas he tenido que descuidar la casa, y esto no puede ser, porque podría redundar en perjuicio de usted. No hay más remedio que hacer algo... Si no encuentro una solución, me iré de aquí.

—¿A tu casa?

El carácter aragonés de Paquita, con su amor propio, su dignidad y su entereza, púsose de manifiesto en aquel momento.

—¿A mi casa? Antes me moriría de hambre.

—Pero, entonces, ¿adónde vas á ir, pobrecilla?

—¡No lo sé!

—Pues yo sí: se me está ocurriendo una idea.

Miró Paca á la anciana, como queriendo adivinar cuál fuese aquella idea salvadora, y movió graciosamente su cabeza, dudando de que en el magín de la portera hubiese idea alguna que pudiera salvarla á ella.

—Mira—continuó diciendo la señora Gertrudis—, te vas á ir á casa del dueño, y le hablas... ¡vamos! le dices que te haga el favor de esperar...

Paca no respondió al pronto; después preguntó:

—¿Qué tal es ese señor?

—Muy bueno...

—¿Es joven?

—Tiene unos treinta y cinco años. Es soltero y muy rico: con ésta, que es la peor, son tres casas las que tiene...; y en el Banco... ¡tú qué sabes!...

—¿Y dice usted que es soltero?

—Soltero empedernido. Es un hombre que, según me contó una vez el portero de la casa donde vive, suya también, en el paseo de la Castellana, á la entrada, ha corrido más que un galgo y tiene un gran conocimiento de las mujeres.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Que, según parece, no se casa porque dice que á él ninguna muchacha á la que se ha declarado le ha dicho que no, y que eso no es más que por el dinero.

—¡Será feo!

—No lo creas: es guapo, muy simpático, con un bigote... así... muy en punta... y el pelo negro, rizoso, con algunas canas por las sienes. Es alto, muy tieso, con cara un poco tristona, pero muy simpá-

tica... En fin, que yo creo que he tenido una gran idea, y que debes ponerla en práctica hoy mismo; á la hora que sales del trabajo es la mejor para encontrarle en casa.

Paca parecía meditar. Comprendía que debía seguir el consejo que aquella buena mujer le daba, y, no obstante, sentía un vago temor de dar aquel paso.

—¿Qué? ¿Dudas?

—No, no, señora... ¡ni hay tiempo para dudar... ni es ocasión de andarse con remilgos!

Levantóse con presteza y empezó á recoger los cachivaches de la comida.

—¿Te vas á ir á medio comer?

—No tengo ganas. Déme las señas y el nombre de ese señor—dijo Paca abrochándose la blusa y poniéndose el velo.

Apuntadas las señas, ambas mujeres salieron al descansillo de la escalera.

—Yo voy de prisa... usted baja más despacio.

—Sí, hija, sí; no te detengas... Y ten valor... háblale al alma... No sé por qué, se me figura que todo va salir bien.

—Dios lo quiera.

Y Paquita se precipitó escaleras abajo.

II

En el taller sonó la hora tan temida por Paca como deseada por sus alegres y bulliciosas compañeras: la hora de dejar el trabajo. Este taller, situado en la calle de Preciados, no era, como es fácil comprender, el mismo en que la modistilla trabajaba seis meses antes. Al huir de su casa, la primera precaución que tomó, para ponerse fuera del alcance de su marido, fué la de cambiar de obrador.

Haremos gracia al lector del relato de la zozobra con que la joven trabajó aquella tarde; omitiremos, por innecesaria, la cuenta del infinito número de pinchazos que se dió al coser, y pasaremos por alto las regañinas de la maestra por las torpezas cometidas, que fueron muchas. Al sonar la hora, un grupo de alegres muchachas lanzóse bulliciosamente por las escaleras, en busca de la ansiada calle.

El femenino grupo permaneció unido, compacto, unos segundos, en la acera; después fuése disolviendo insensiblemente entre el ir y venir de las gentes. Paca se dirigió á la Puerta del Sol, para tomar un tranvía que la llevara al paseo de la Castellana.

Al llegar á Colón, apeóse, y se encaminó hacia la casa que buscaba, muy próxima á aquel lugar. El

portal, ancho, lujoso, estaba situado á la derecha de la fachada; á la izquierda de éste, extendíase una fila de cinco hermosos y amplios balcones, correspondientes al piso bajo; en este piso vivía la persona que Paquita buscaba.

Vaciló aún un momento y luego penetró resueltamente en el portal; dirigióse al portero que, vestido con flamante librea, paseaba majestuosamente ante la portería, y preguntó por Don Alfredo Ruidíaz.

El portero, después de mirar á la joven detenidamente, con aire grave y escrutador, acompañando sus palabras con una indiscreta sonrisa, dió la dirección que se le demandaba, y continuó su paseo.

Subió Paquita unos cuantos escalones de mármol; detúvose ante la puerta del piso indicado y, temerosa, oprimió el botón del timbre. El ambiente de aquella casa, tan superior al en que ella viviera siempre, empezaba á influir en su ánimo haciéndole sentir el encogimiento propio de todo el que va hacia lo desconocido.

La puerta fué abierta, suavemente, por un servidor anciano, vestido de frac, que preguntó á Paquita lo que deseaba.

Al asentimiento del criado de que la persona por quien la joven preguntaba vivía allí, contestó ésta manifestando que deseaba verla. Como el criado opusiera algunos reparos, ella insistió con energía, asegurando que el asunto era de interés para el señor.

Ante tal aserto, el doméstico hizo entrar á la modistilla en el amplio recibidor, rogándola que se sentase y esperara un momento.

Dirigióse el criado hacia una de las puertas que se abrían en el recibimiento mismo, y desapareció tras ella.

Paquita, con los ojos fijos en el suelo, sin que, por curiosidad siquiera, los alzase para examinar el sencillo y elegante adorno de la habitación en que se hallaba, esperó, presa de la mayor agitación. La vulgar frase de que si hubiese tenido campanillas éstas habrían sonado con desconsolador repiqueteo, nunca mejor se pudiera emplear que para describir el nervioso temblor que agitaba su cuerpo.

Seguros de que Paquita nos ha de agradecer que demoremos lo más posible su entrevista con la persona á quien buscaba, la precederemos para dar algunas noticias sobre dicho personaje.

Alfredo, cuyo retrato conocen ya nuestros lectores, merced á la descripción hecha por la señora Gertrudis, se paseaba, en aquel momento, de pésimo humor, por su elegante despacho. Poco antes había estado á visitarle su administrador, para darle cuenta de algunos asuntos; entre éstos figuraba la urgencia de hacer algunas obras en la casa de la calle de Luchana, donde vivía Paquita.

Sabido es que el mayor disgusto que se le puede dar á un casero, es el anuncio de que hay necesidad de hacer obras en alguna de sus fincas. Para ellos, las casas son eternas; no se estropean nunca y siempre están tan flamantes como al día siguiente de

construídas. Cuando *ya no queda otro remedio,* se hacen las obras..., y se suben los alquileres; el propietario invierte mayor capital..., pero saca más renta. ¿Por qué, pues, ese horror á que las casas, en Madrid, *sean habitables?* Sin embargo, forzoso es hacer una aclaración que exceptúe á Alfredo de esta regla general: no era tacaño, ni mucho menos; su esplendidez era bien conocida de todos. Alfredo, si estaba de mal humor, no era, en realidad, por ese motivo: estaba de mal humor, porque, sin él podérselo explicar, desde hacía algunos meses, ese era su estado habitual. De Alfredo podía decirse que cuando estaba contento..., no estaba satisfecho. ¿Por qué esto? Un hombre joven, treinta y seis años, dueño de una gran fortuna, querido y estimado de todos, sano de cuerpo y de espíritu, ¿qué motivos podía tener para tal sinrazón?

Alfredo había venido al mundo con la única y sacrosanta misión de divertirse, vocación muy común al género humano, y la suerte se había encargado de poner á su alcance todos los medios para lograrlo. Hijo único de unos padres que, por su gran riqueza y el amor que le profesaban, no tuvieron otra ocupación que la de complacerle en todo y por todo, desde muy jovencillo pudo entrar en el goce y disfrute de su vocación. Estudió la abogacía por aquello de ser algo; y justo es decir que su clara inteligencia no necesitó de la clásica é inveterada recomendación para adquirir el título. Una vez conseguido, no se le volvió á conocer otra ocupación que la ya mencionada de divertirse. A los veinti-

cinco años se quedó sin padres, y dueño, por lo tanto, de su fortuna.

Como quiera que en la vida todo tiene su pro y su contra, Alfredo, habiendo comenzado tan joven á correrla, antes empezó á sentir la desilusión que produce el enterarse de que *el mundo comedia es*.

A su edad, cuando la vida empieza á dar lo suyo, y ella es tan justa que para pobres y ricos tiene, él se sentía ya cansado de goces y placeres.

Los amores fáciles se encargaron de enseñarle que todo era cuestión de dinero: á tal cantidad, tal *clase* de amor; la calidad y cantidad de éste era proporcional al desembolso que se hacía: un traje equivale á unos cuantos besos y bofetaditas en la cara; para una alhaja de menor cuantía, se añaden varios abrazos; por un buen par de pendientes de brillantes se llega á la imitación de una pasión perfecta; y cuando hay por medio un hotel, coche y una dotación mensual que permita vivir con lujo y ahorrar, entonces la imitación del amor llega á tal extremo, que hombre hay, por listo que sea, que se muere convencido de haber inspirado la más grande de las pasiones.

Desengañado de aquellos amores, que eran algo así como los valores cotizables en Bolsa, pensó en los santos y puros goces que podría proporcionarle el amor de la mujer honrada. Un día, al ver en el Retiro un grupo de niños, vestiditos de blanco, con sus caritas de ángel encendidas por el calor del juego; al oir sus alegres gritos y gozosas risas, su incipiente lenguaje, se dió cuenta de que los niños

le gustaban, y pensó que mucho más le gustarían si fuesen suyos. La idea de casarse empezó á germinar en su imaginación. Sentía el cansancio de su loca y desenfrenada carrera, y le agradaba la idea del reposo al lado de una bella y amante esposa. El pensamiento retratábale ya con vivos colores su felicidad conyugal; felicidad que no tenía duda alguna, toda vez que la elegida de su corazón hablaba y pensaba á su gusto; y en esta forma, nadie extrañará que Alfredo se considerara completamente feliz *en su nuevo estado*. Pensó, pues, seriamente en casarse. Volvió á frecuentar la sociedad distinguida; en paseos y teatros, haciendo caso omiso de su antigua vida, sólo se fijó en las mujeres de su clase.

No tardó mucho en sufrir una nueva decepción: el dinero jugaba en aquella esfera tan importante papel como en la otra, con la única diferencia de que allí no sólo eran ellas, sino ellos, quienes rendían pleito homenaje á tan codiciado señor:

—«Fulano se casa con Zutana».—«Sí: es una muchacha muy coqueta; pero tiene mucho dinero.»—«¿Perengana es novia de Perengano? Hace un mes que son novios... y se casarán: ella no le dejará escapar, porque él es muy rico.»—«Dicen que Menganita engaña á su marido y que él lo sabe... y se hace el desentendido?—No tendrá nada de particular, porque como ella es la de los cuartos.»

Un día, creyendo sentir que su corazón se interesaba por una lindísima muchacha, empezó á cortejarla. La joven recibió con agrado los galanteos de Alfredo; éste, cada vez más contento de su ha-

llazgo, pensó en hacer una declaración en regla. Contento y dichoso, así se lo manifestó á un su amigo, el cual le felicitó y le aseguró que podía hacerlo, seguro de una buena acogida: los padres de la joven, al enterarse de las inclinaciones de Alfredo, habían hecho averiguaciones acerca del estado de su fortuna; y en cuanto á la muchacha, á todas luces se veía lo contenta que estaba de tener un pretendiente joven, guapo y... *rico*.

Alfredo, que creía haber hallado reunidos el amor y el desinterés, sufrió un desencanto tan grande, que dejó de perseguir á la chica; y no solamente dejó de asediarla, sino que renunció á buscar otra. El amor puro, leal y desinteresado no existía; y si existía, ¿dónde buscarlo? ¿En la clase media? ¿Cómo encontrarlo allí, si en esa clase es donde más se desdeña á los pelagatos y donde más afán se tiene por pescar *un hombre con dinero?* ¿Para hallar el verdadero amor era preciso descender más aún? Alfredo no quiso averiguarlo. ¿Era esto renunciar á la mujer? Eso nunca: lo que él hacía era ponerse á cubierto de sus malas artes; y el modo más seguro de lograrlo era no aceptar ningún compromiso que excediera de las veinticuatro horas; casarse, ni pensarlo siquiera. Seguiría soltero toda la vida, puesto que no encontraba quien le quisiese por sí mismo, sino por su dinero. ¡Ya tenía que tentarse la ropa la que á él le atrapara! Pero renunciar á ellas... siendo tan adorables... ¡eso no!

No es de extrañar, pues, que, no obstante el desfavorable juicio que Alfredo tenía de las muje-

res, al entrar Julián, su ayuda de cámara, que con una cocinera y una doncella formaba su servidumbre, para anunciarle la visita de una mujer joven y bonita, desarrugara el entrecejo y preguntara con interés:

—¿Quién es?

—No lo sé, señor.

—¿No le has preguntado cómo se llama?

Julián cayó en la cuenta de que por primera vez en su vida había faltado á su deber, y calló.

—Bueno, bueno... es igual: que pase, que pase...

Cuando Julián, reapareciendo en la antesala, indicó á la joven que podía pasar, ésta sintió un miedo insuperable. Las hipotéticas campanillas hubieran sonado en aquel momento de un modo ensordecedor. Turbada y temblorosa penetró en el despacho.

Alfredo salió á su encuentro, y con la exquisita galantería, propia de su educación, le indicó que se sentase.

Un rechoncho sillón colocado junto á la mesa, parecía ofrecer sus amazacotados brazos á la azorada joven, y en él tomó asiento.

Invitada con amabilidad suma á exponer el objeto de su visita, Paca, con voz temblona, hízolo así, pensando para sus adentros:—«Ya verás dónde va á ir á parar tu amabilidad en cuanto sepas que soy una inquilina que te debe tres meses.» —Pero no bien hubo empezado á hablar, quedóse profundamente sorprendida al oir que Alfredo, con tono jovial, le interrumpía diciendo:

—¡Ah! ¿Pero es usted mi simpática inquilina de la calle de Luchana?

Paquita, no dando crédito á sus oídos, replicó:

—Usted no ha comprendido, por lo visto, que lo que yo vengo á pedirle es un plazo para poder pagar los tres meses que debo...

—Lo he oído perfectamente: usted es Doña Francisca... es decir, Doña Francisca, Paca, Paquita Galván, inquilina de mi casa de la calle de Luchana, que debe tres meses y que quiere que la dejen tiempo para solventar esa deuda; ¿es así?

—¿Y á pesar de eso me llama usted simpática? —preguntó la joven recobrando algo de ánimo.

—¿Simpática? Eso es poco: encantadora.

Paquita se puso encendida como un ascua, al oir el tono impetuoso con que hablara Alfredo.

—Mi administrador—continuó diciendo, complacido al observar la turbación de su interlocutora—acaba de darme cuenta de la necesidad de hacer algunas obras en aquella casa... y del asunto ese del retraso en el pago de los alquileres... Por él he sabido su historia de usted; su actitud ante la brutal conducta de su marido; actitud que él juzga muy severamente...

—¡En mi lugar le quisiera yo haber visto!

—Tranquilícese; si él la juzga así, yo la encuentro perfectamente justificada, y la aplaudo: una criatura tan bella, un ser tan encantador como usted, no ha nacido para ser abofeteada por un bárbaro... y perdone la expresión.

Paquita, al oir el tono insinuante de Alfredo, en-

rojeció más de lo que estaba y empezó á lamentar su ida á aquella casa. Comprendiendo que la conversación se iba separando más de lo debido del objeto principal, dijo:

—¿De modo que usted me concede el plazo que le pido?

—Ese y todos los que necesite.

—¿Cómo explicar esa bondad y la cruel actitud de su administrador?

—Es que usted no le conoce bien. Yo no he dado orden alguna en sentido de intransigencia; pero él no necesita de órdenes para eso: es de los que afirman que no se puede tener buen corazón; que por el camino de las complacencias no se va más que al caos. Por él, tanto usted como la portera, su fiadora, estarían ya quemadas vivas.

—¡Pobre señora Gertrudis!... ¡Qué hubiera sido de mí sin ella!

—Ni la una ni la otra tienen nada que temer.

—Pero el administrador...

—No volverá á molestarla para nada.

Paquita sintió un gran desasosiego al oir aquellas palabras, cuyo alcance no comprendía bien.

—Es usted muy amable—dijo por decir algo.

—Y usted muy bella.

—Procuraré saldar cuanto antes esta deuda.

—A mí no me corre ninguna prisa.

—A mí, sí—replicó Paca con tono tan enérgico que desconcertó á Alfredo.

La modistilla se turbaba cada vez más; sentía pesar sobre ella la ardiente mirada de Alfredo; éste,

por su parte, sentía la atracción que la joven ejercía sobre todos cuantos con ella hablaran.

Alfredo procuraba alargar la conversación por cuantos medios se le ocurrían; ella la cortaba, apenas iniciada. En esta lucha, la verbosidad y la amena dicción del joven casero salieron triunfantes, y, acorralando á Paquita, le impedían encontrar la justa frase de despedida y el momento de aplicarla para poner término á la visita. Alfredo, por hablar de todo, hasta de las obras que necesitaba la casa se ocupó, interesándose por las que Paquita necesitara en su buhardilla.

Al fin, compadecido Dios, sin duda, del sofoco que la infeliz sufría, dióle el medio de despedirse, y así lo hizo, con gran desesperación de Alfredo.

Al estrechar la fina y pequeña mano de la modistilla, sintió una alegría, un bienestar, una felicidad jamás sentida. Retúvola algún tiempo aprisionada entre las suyas; después, cediendo al esfuerzo de Paca para desprenderse, hubo de dejarla deslizar suavemente.

Cuando la joven salió al paseo, respiró con avidez. Al cruzarlo, inconscientemente, hubo de volverse á mirar la casa; Alfredo, asomado al balcón de su despacho, la saludó sonriente. Volvióse Paquita bruscamente, y, avivando el paso, perdióse entre la gente.

El propietario, dando un suspiro, se retiró al interior para escuchar á Julián:

—El señor está servido.

Alfredo se encaminó al comedor.

III

Paquita, por las calles de Génova y Sagasta, llegó á la de Luchana; entró en la pastelería que hay en la esquina de la del Cardenal Cisneros, para comprar unos caramelos, y después siguió hacia su casa.

El día siguiente era domingo; por la tarde irían Bernardito y Clara á verla. ¡Qué horas más felices las que la pobre madre pasaba junto á su hijo! El niño, para que mamá no se disgustara, según le decía su tía, era tan aplicado en el colegio, que ya leía casi sin dar tropezones, y su pequeña mano, agarrotando el dedo índice sobre el manguillo, empezaba á trazar toscas letras en las planas. Raro era el domingo, día convenido entre las dos hermanas para las visitas, que Paquita no hiciese algún regalito á su hijo: por eso había comprado los caramelos.

Al entrar en el portal de su casa, la señora Gertrudis le salió al encuentro, para saber el resultado de la idea incubada en su cerebro. Al observar el aire tristón y preocupado de su protegida, hubo de hacérselo notar, preguntándole con interés si estaba enferma.

Aseguróle Paquita que nada le pasaba, si no era el cansancio que sentía por la caminata que se ha-

bía dado, y despidiéndose de la buena mujer, después de haberle comunicado de una manera concisa el resultado de la visita, subió á su buhardilla.

Una vez allí, vistióse una falda y una chambrilla que para casa usaba, y asomándose á la ventana aspiró con deleite, entornando los ojos, el perfume de unos claveles que en ella tenía. La planta era regalo de una vecina: ella no se permitía tales dispendios.

Aquella noche no cenó y se acostó muy temprano, deseosa de que el sueño le acercase el nuevo día; mas no logró quedarse dormida hasta hora muy avanzada.

Alfredo, por su parte, también veló hasta muy entrada la noche, torturado por su pensamiento, que le aconsejaba no demorar las obras de la casa de la calle de Luchana, como aquella tarde dijera á su administrador, hasta el verano siguiente: sería un egoísmo imperdonable y una prueba de avaricia indigna de él. Tener á los inquilinos todo un año sin las reformas necesarias en los pisos, no era corresponder á la puntualidad con que ellos pagaban los alquileres. Además, no se fiaba de lo que D. Anselmo, su administrador, le decía: él mismo examinaría detenidamente la casa, *piso por piso,* para trazar con conocimiento de causa un plan lógico y razonado de las obras. Las buhardillas, sobre todo, estarían inhabitables. No, por Dios, no podía él consentir que á los más humildes se los tratara peor: Dios mandaba que ellos fuesen los primeros. Las obras debían comenzar inmediatamente; un día que

pasara era perder un tiempo precioso; debía aprovecharse el verano, que es la mejor estación para esa clase de menesteres. El sería el primero en *sacrificarse* retrasando su veraneo; pero, en cambio, sus inquilinos tendrían que ver en él, no un casero avaro y cicatero, sino un padre amante y cuidadoso del bien de sus hijos. Eso de que los hombres ricos lo dejen todo en manos de sus administradores, era un disparate de marca mayor; si él, hasta entonces, lo había hecho, estaba decidido á enmendarse en lo sucesivo; para demostrarlo, al día siguiente por la mañana iría á dar un vistazo á la casa, en general, y sobre todo, á los pisos. ¡Ah, qué bueno, qué excelente es el trabajo! Y no se crea que él se iba á contentar con visitar un piso ó dos, ¡quiá!, no señor: subiría hasta las mismísimas buhardillas... Por cierto que aquellas míseras habitaciones pagaban un precio exorbitante. Aquel D. Anselmo era un hombre sin corazón: hacer pagar dos duros al mes por un zaquizamí... Todo eso era preciso que él lo arreglara, y lo arreglaría... ¡Vaya si lo arreglaría!

Las ocho de la mañana eran cuando Paca, reprochándose su pereza, se tiró de la cama. Vistióse en un periquete y abrió la ventana. Apoyada en el alféizar quedó unos momentos, pensativa; luego se encaminó á la cocina para preparar el desayuno, dando así tiempo á que las ropas de la cama se ventilasen. Después que arreglara la casa, operación que realizaba en poco tiempo, dado lo modesto y escaso del ajuar, entraría el arreglo y aseo de su per-

sona, que en los días de fiesta, por ser cuando disponía de más tiempo, era asunto largo y minucioso.

Mientras ejecutaba los citados quehaceres, pensaba con alegría en la visita que aquella tarde le harían su hijo y Clara, y en que por ésta sabría de sus padres.

Poco á poco su imaginación fué cambiando el rumbo de sus pensamientos, y la escena del día anterior, en casa de Alfredo, fué tomando cuerpo en su cerebro. Su semblante adquirió cierta reflexiva seriedad. No formulaba juicio alguno sobre tal escena, y, sin embargo, se reprochaba aquella visita, cuyo recuerdo le producía una inexplicable inquietud. «—¿Por qué aquella preocupación? ¿Qué había pasado para que su corazón sintiera aquella dolorosa impresión que le invadía? ¿No había él accedido á su ruego con exquisita amabilidad y con bondad poco común? ¿No había sido para ella el hombre más respetuoso del mundo? Aun le parecía oirle, con aquella voz un poquito gruesa, pero tan dulce, tan agradable, asegurar que tanto ella como la señora Gertrudis nada tenían que temer... También recordaba que le había dicho algo de unas obras que iban á hacer en la casa... y ¡es claro! que si ellas se llevaban á cabo él tendría que ir por allí... Pero ¡bah!... ¿qué le importaba á ella que fuese ó que no fuese? Lo único que le interesaba era que por la tarde vería á su Bernardito... ¡Qué contento se pondría con los caramelos!... ¡Golosote!»

Dos golpecitos dados con discreción en la puerta de la escalera—la campanilla no existía—pararon

en seco la hirviente imaginación de Paquita.— «¿Quién podría ser?» A tales horas, nadie, no siendo la portera, subía á casa de la modistilla; y la señora Gertrudis no era, porque tenía la costumbre de llamar en alta voz á Paca... «¿Quién podía ser el que llamaba?»—No sin cierta zozobra se dirigió á abrir; al hacerlo, quedó pálida por la sorpresa: su casero, con elegante traje de mañana, sombrero en mano, estaba ante ella.

Alfredo, firme en sus propósitos de la noche anterior, había madrugado, contra su costumbre, para ir á visitar los pisos de la casa; y como quiera que sus ideas, ya conocidas por nosotros, le aconsejaban atender, en primer lugar, á los humildes, enterado por la portera de que Paquita estaría ya levantada, empezaba la visita por las buhardillas.

Uno frente á otro se contemplaban sin hablar. Viendo Alfredo que el silencio se prolongaba demasiado, y comprendiendo, además, que él era quien debía interrumpirlo, hízolo así:

—Si molesto á usted con mi visita, á estas horas, me retiro.

—¡Oh, no—replicó Paquita con viveza—. Es que ¡vamos!... que yo no podía figurarme siquiera...

—¿Que fuese yo? Usted recordará que ayer le hablé de ciertas obras que hay que realizar en la casa.

—Sí... lo recuerdo...

Paquita, que no sabía qué hacer, ni cómo mandar pasar á Alfredo, pues si por una parte la educación así se lo ordenaba, por otra, su condición

de mujer casada, y de mujer sola, se lo impedía, al oir lo de las obras vió el cielo abierto, y pensando que ya tenía un motivo que justificara su conducta, rogó á Alfredo que pasara. La puerta, ya fuese por olvido, ya intencionadamente, quedó abierta.

Este detalle causó gran contrariedad al visitante; pero, á fuer de hombre de mundo, supo aparentar que no lo advertía. Deseoso de verse á solas con Paquita, había rehusado el acompañamiento de la portera en su visita á los inquilinos, alegando que él mismo se presentaría; pero la muchacha, al dejar la puerta de par en par, desbarataba sus planes de conquista. ¿De qué se podría hablar en aquella reducida estancia expuesta á la curiosidad de cuantos entraban y salían de las vecinas buhardillas? Estar con la puerta abierta era lo mismo que estar en la escalera. Comprendiéndolo así, Alfredo empezó la conversación bajo un aspecto de marcada indiferencia.

—Sabiendo que es usted madrugadora, me he permitido subir tan temprano—dijo mirando su reloj, que marcaba las diez y media.

—Los pobres somos muy madrugadores.

—Usted, por lo menos, merecía ser reina del mundo—replicó Alfredo sentándose en una de las dos sillas, en tanto que Paca ocupaba la otra.

—¿Reina? Pues ya ve usted qué palacio tengo para ser reina—contestó Paquita extendiendo los brazos en todas direcciones.

—Verdaderamente, esta habitación es indigna de usted; su belleza merece un marco más adecuado, y yo voy á poner de mi parte cuanto pueda...

—¿De veras va usted á arreglar esto?

—Este suelo, estas paredes, las puertas... todo, todo, absolutamente todo, hay que ponerlo nuevo; hay que empapelar, que tapizar estas paredes.

—¡Ay, tapizar!... ¡Qué disparate!... Con que mande usted que estuquen me conformo...

—Se hará todo lo que usted disponga.

—Sí; pero luego vendrá la subidita, ¿verdad?

—¿La subida de los alquileres? Eso debe tenerle sin cuidado: ya le dije ayer que no se preocupe de ese asunto.

Aquellas palabras hicieron sentir á la joven la misma mortal zozobra del día anterior, y como entonces, apresuróse á responder:

—¿Que no me preocupe, cuando no pienso en otra cosa?

—No hablemos de un asunto tan enojoso; se lo ruego.

Callaron ambos. Alfredo estaba inquieto. Paquita le miraba como diciendo: «Si no hablamos de eso, ¿de qué vamos á hablar?»—Un chiquillo sucio y harapiento cruzó por el pasillo lentamente, metiéndose los dedos en la boca y mirando con gran curiosidad al interior de la buhardilla. Alfredo, que rechazaba aquel tema de conversación, no encontraba ningún otro. Aquella mujercita de plácido semblante, de ingenua palabra, le desconcertaba; y aquella puerta abierta le ponía furioso. Sus preconcebidos planes no encontraban un punto de apoyo. La situación se hacía por momentos violenta, insostenible. En vano torturaba su pensamiento para en-

contrar una causa que *justificase* su permanencia al lado de Paquita. No era que le faltasen motivos de conversación, no; es que temía que todos aquellos puntos que él pudiera tocar fueran contestados *en seco* por ella... si no sucedía algo peor. No estando dispuesto á marcharse y comprendiendo que para permanecer allí era preciso hablar de algo, reanudó la conversación de este modo:

—¿Me creerá usted, si le digo que toda la noche la he pasado pensando en mi bella inquilina?

La modistilla, que cada vez que Alfredo pronunciaba algún adjetivo enderezado á encomiar su hermosura sentía un gran disgusto, quedósele mirando sin comprender.

—Su historia de usted, que conozco perfectamente, al verla tan joven, tan hermosa... tan buena, revivió ayer en mi memoria, causándome viva impresión.

Paquita hizo un movimiento que daba á entender su resignación.

—Parece increíble—continuó Alfredo—que á la brutal conducta de su marido corresponda usted con otra de sacrificio, de abnegación, de amor... y, por qué no decirlo, de honradez. En su caso...

—La honradez no debe ser condicional—se apresuró á replicar Paquita—; yo soy de mi marido; si él dejó el buen camino, no por eso debo yo dejarlo también.

—Sí—contestó Alfredo, disgustado consigo mismo... y con aquella mujer, que no daba lugar al más mínimo fraude moral...

La conversación volvió á decaer de una manera inquietante para Paquita, que, según frase vulgar, *estaba volada*.

En aquel instante, el niño sucio y harapiento reapareció en la puerta, parándose ante ella. Paquita sintió una gran alegría al ver á aquel ser diminuto é insignificante; en su presencia, le parecía no estar tan sola, tan expuesta á peligros ignorados. Deseosa de que el niño entrase, le llamó con voz cariñosa:

—Gorito, ven, rico; ven... entra.

Gorito dijo que no, moviendo todo el cuerpo.

Alfredo sintió ganas de coger á Gorito por el pescuezo y tirarlo por la ventana.

Levantóse Paquita para acercarse al niño; pero éste, comiéndose una punta del sucio delantal, retrocedió con gesto huraño hasta la opuesta pared del pasillo.

Irritado Alfredo al ver que Paca, con motivo del niño... ¡y qué niño!... le dejaba en situación tan desairada, se levantó haciendo un gesto despectivo. En aquel momento, ella, cuyos esfuerzos para atraer al pequeño habían resultado inútiles, volvíase hacia Alfredo, y al ver el gesto que éste hacía, preguntó con ingenuo acento:

—¿Se le ha olvidado á usted algo?

—¿A mí? ¡No, señora; nada!

—Como ha hecho usted un gesto, así como cuando se acuerda uno de alguna cosa... creí...

—Pues no, no he olvidado nada; puede usted estar completamente tranquila; y con objeto de de-

jarla que se ocupe de ese niño, al que, según parece, ama tanto, me retiro.

—Pobrecito... es hijo de un trabajador que vive en la buhardilla de aquí al lado.

—Usted comprenderá que todos los niños no pueden ser hijos de príncipes.

Paca quedó sorprendida ante el tono de Alfredo; éste, haciendo como que se enteraba de las obras que allí hacían falta, se despidió.

«Bonito papel el que acabo de hacer—decíase mientras bajaba las escaleras—. Y después de todo, ¿por qué? ¿Quién me asegura que la decantada honradez de esta chiquilla no es un procedimiento cualquiera para obtener mejores resultados? Esta será como todas: interesada y egoísta. El sistema no es nuevo. Pronto lo sabremos. Con esta niña hay que emplear un método que ahora mismo voy á poner en práctica.

Paquita, al cerrar la puerta, con la mano apoyada en ella, quedó en actitud pensativa. ¿Qué pensaba? ¡Difícil sería expresarlo! De pronto, y como si desechara alguna idea importuna, separóse de aquélla haciendo un mohín de indiferencia, y, en alta voz, exclamó con acento de convicción:

—¡Bah! ¡Qué tontería!... Un hombre joven, rico... no mal parecido... ¡Qué simplezas se me ocurren!... Como una no está acostumbrada á tratar con gente rica, los dedos se vuelven huéspedes... Y, al fin y al cabo, más vale que así sea.

A pesar de tales ideas, Paquita no pudo recobrar por entero la tranquilidad. Un creciente y des-

conocido temor le asediaba de una manera cruel... La figura de Alfredo no se apartaba de su imaginación... como pobre importuno que nos sigue pidiendo con insistencia la limosna. Paquita, sentándose junto á la ventana, se puso á coser.

Una media hora habría transcurrido desde la partida de Alfredo, cuando sintió la voz de la portera, que decía:

—Paquita, abre.

—Pase usted—respondió la muchacha abriendo la puerta, que la señora Gertrudis se encargó de cerrar.

—¡Calla!—dijo al ver el preocupado semblante de su inquilina.—¡Yo que esperaba encontrarte tan contenta!

—Y eso ¿por qué?

—¡Digo... con la visita que has tenido!... Ahí es nada el querer que Don Alfredo te ha tomado, con sólo dos veces que te ha visto.

—No creo que tenga motivos para quererme bien ni mal. El que le deba tres meses, no es para que me aborrezca.

—Sí... sí... ¡aborrecerte!... Media hora ha estado hablándome de ti, ahora, cuando ha bajado.

—¿Hablando de mí? ¿Y qué tiene que hablar de mí ese señor?

La señora Gertrudis dió muestras de gran azoramiento, y tardó un rato en responder; pero, al fin, como quien se tira de cabeza al agua, hízolo de este modo:

—Pues me ha dicho que si tú fueras otra, que no

tendrías más que abrir la boca, para tener cuanto quisieras; pero, es claro, que siendo como eres...

—¡Que yo soy así!... Pero ¿por qué habla así ese señor?...

—Porque Don Alfredo, que es bueno como el pan, se lamenta de que una muchacha como tú esté pasando las privaciones que pasa; que si quisieras, él te daría todo lo que necesitaras.

Paca, con los ojos desencajados y el espanto pintado en su semblante, exclamó en un arranque de indignación:

—Pero usted, ¿qué le ha contestado á todo eso? Usted, que me ha visto nacer; usted, que sabe cómo hemos vivido siempre en mi casa; usted, que sabe lo que somos, ¿qué le ha respondido á semejante infamia?

La vieja portera, asustada al ver la fiera actitud de Paquita, echóse á llorar con gran desconsuelo.

—¿Y es usted, que por sus años y la amistad que nos tiene debía velar por mí, la que viene á proponerme que yo me vuelva una cualquiera?

—Por Dios, hija mía... ¡qué disgusto te estás tomando sin motivo!... Sí, sí... sin motivo...

—¡Sin motivo!... ¿Eso cree usted?... Ya me parecía á mí mucha amabilidad la de ese hombre...; ya me lo sospechaba, aunque no me atrevía á creerlo... ¡Y dice usted que me pongo así sin motivo!... ¿Le he dado yo pie á ese señor para que se atreva á insultarme suponiéndome una de tantas?

—Pero, Paquita... si él no ha dicho nada que pueda ofenderte.

—¿Quería usted más? ¿Pero es que cree usted que me iba á dar todo lo que yo pidiera, por el solo placer de que mi familia fuese en coche?

Y Paquita, sintiendo que la angustia le sofocaba, se dejó caer sobre la cama y rompió á llorar convulsa y desesperadamente.

La señora Gertrudis, acercándose á ella, exclamó con dolorido acento:

—Paquita, hija de mi alma, cálmate, por Dios; y sobre todo, no pienses que yo he venido aquí para hacer un mal papel... Comprende mi situación... Él es el amo... Yo bien sabía el efecto que te iban á causar mis palabras... pero si por no obedecerle perdiese mi portería... tendría que irme á pedir limosna...

Paquita, enternecida por el contrito acento de la portera, sobreponiéndose á su dolor, hubo de consolarla, asegurándole que no, por lo ocurrido, la quería menos.—«No era ella la culpable, no... ¡Pobre viejecita!»

Recobrada un tanto la calma, la señora Gertrudis, hipando y sorbiéndose las lágrimas, salió de la buhardilla, dejando á Paca sumida en sus amargas reflexiones: «Era la segunda vez que ofendían sus sentimientos, honrados á carta cabal.»

El tiempo se hacía interminable. Comió sin gana, y, desde aquel momento, empezada la tarde, ya no pensó sino en la próxima llegada de Bernardito y de Clara.

Cuando la pobre madre sintió en la escalera la vocecita del nene, que, según costumbre llamaba:

«Mamá... mamá...», creyó enloquecer. Como una exhalación salió á la escalera, y cogiendo al niño en los brazos empezó á acariciarlo con tal frenesí, que no parecía sino que se hubiese propuesto asfixiarlo. Clara se detuvo asombrada.

—Vamos, mujer... ¡que vas á ahogar al chico! —dijo, con cómico acento.—Pues anda, que no te ha dado hoy poco fuerte.

Pero Paquita, sin hacer caso de su hermana, penetró en la buhardilla prodigando sus besos á Bernardito, mezclados con amorosos términos y sentidas frases.

Mucho más de extrañar era la conducta de la joven, cuanto que ésta nunca fué extremosa en la manifestación de sus afectos.

—Chica... ¿pero qué te pasa á ti hoy?

—Nada, mujer... ¿Qué quieres que me pase?

—No lo sé... algo... Tanta alegría; y luego tienes una cara tan tristona, tan tristona... Si parece enteramente que has llorado.

—¡Vamos! ¿te quieres callar? ¡Pues dí que ves tú más que un telescopio!

Paca, al lado de su hijo y de su hermana, sentíase tranquila, respiraba con más facilidad, parecía que le habían quitado un peso enorne de encima. ¡Qué feliz transcurrió para ella la tarde! Mientras el niño hacía un verdadero estrago en los caramelos, las dos hermanas hablaron de sus asuntos.

A creer á Clara, papá seguía peor de día en día; la mamá, cada vez más apenada por esto y por la ausencia de Paca; Bernardo, algo menos borracho,

y un poco, muy poco, más trabajador; pero tan calamidad como antes. Si hablaba de su mujer, era para renovar sus amenazas, añadiendo que en cuanto se la tropezara haría una que fuese sonada. Esto tenía en vilo á toda la familia. Del niño, apenas hacía caso, como no fuera para amenazar con llevárselo, en cuanto se le reprochaba su conducta.

—En fin, hija: una diversión, ¡una verdadera diversión!—decía Clara—. Y menos mal que ayer le pude coger tres duros, de ocho que cobró por una instalación...; así, al menos, esta semana podrás quedarte con todo el jornal, que buena falta te hará para muchas cosas. ¿Tú sabes cómo se puso esta mañana, cuando se enteró de la falta del dinero? Pero... ¡anda!... le dije que se lo habría bebido... y en paz. Ya puedes ir con cuidado por la calle, no sea que un día te lo tropieces y tengamos un disgusto.

Hasta las ocho dadas siguieron hablando sin cesar; á esa hora, después de que Paquita hubo intentado darle á Clara la parte acostumbrada del jornal, cosa que ésta rechazó en absoluto, se despidieron hasta el domingo siguiente.

Bajaron los tres al portal, y allí por fin se separaron.

—Adiós, rico... adiós, precioso... que seas bueno, que estudies, para que mamá te quiera mucho.

El niño decía «adiós» con la mano.

Cuando Paca los perdió de vista, le pareció que se quedaba sola en el mundo.

IV

Tres días hacía ya que Alfredo no veía á Paquita. El maestro de obras aseguró que éstas no podrían empezar en un plazo menor de seis días, dándose mucha prisa. ¡Tres días más sin tener pretexto alguno para ver á Paca! ¡Tortura mayor no se había inventado ni aun en tiempos de la Inquisición.

Cuando supo por la portera el malísimo efecto que habían causado sus proposiciones, comprendió que no se las había con una mujer cortada por el patrón general. No desmayó por eso en sus propósitos, y si éstos perdieron algo de su vigor, no fué porque temiese sufrir una completa derrota, sino porque aquella mujer, aun á distancia, influía de tal modo en sus sentimientos, que éstos, transformándose insensiblemente, llegaron á hacerle pensar en la posibilidad de que estuviera enamorado de ella. Fuese esto así ó no, lo cierto era que no podía pasar más tiempo sin verla. Si era preciso, volvería á su casa, aunque ello diera lugar á murmuraciones y chismorreos. «¿Y por qué no salir á su paso á la entrada ó á la salida del taller? ¡Un encuentro casual, cualquiera lo tiene!»

Contento por haber hallado el medio de verla,

dispúsose á ponerlo en práctica aquella misma tarde. Por la señora Gertrudis sabía las señas del taller y las horas de trabajo.

Paquita, por su parte, se impacientaba igualmente porque las obras no empezaban; mientras éstas no se realizasen, él no iría por la casa, y ella no podría hacerle patente el desprecio con que una mujer honrada recibe cierta clase de proposiciones.

Así las cosas, una tarde, á las ocho, Paca salió del obrador; atravesó la plaza del Callao, para subir por la calle de Jacometrezo á la de Fuencarral, y dirigirse por ésta á su casa. Pocos pasos había dado en tal dirección, cuando quedó sorprendida por la feliz *casualidad*, que ponía á Alfredo ante ella. Su semblante tornóse dignamente severo... ¡y bien sabe Dios que aun así resplandecía de bondad!... y seria y altiva pasó ante él sin contestar á su galante saludo.

Alfredo sintió que un ligero rubor cubría su rostro: el desaire de la muchacha habíale llegado á lo vivo. El recuerdo de su conversación con la portera, para que ésta hiciese ciertas proposiciones á Paca, hízole avergonzarse.

Conocedor experto de los infinitos vericuetos y encrucijadas del alma femenina, sentíase humillado ante aquella muñeca; su actitud no era la de la mujer que, dándose importancia, quiere hacerse valer; esta actitud, tan corriente en el ser femenino, en nada se parecía al sencillo y á la par altivo continente de aquella mujer, herida en sus más delicados sentimientos. La psicología femenina, tan sen-

cilla—á su juicio, todo era cuestión de cantidad—se complicaba en este caso de un modo que le enloquecía. «¿Cuál era el registro que había de tocarse para llegar al corazón de Paquita? ¿El amor? ¿el amor puro, santo y verdadero? Nada más fácil para él, que estaba á dos dedos de confesarse plenamente enamorado de aquella celestial criatura; pero, ¿no era ella casada? ¿Aquella mujer era una virtud inatacable? ¿Era una mujer honrada á carta cabal?

El desaliento más intenso se apoderó del corazón de Alfredo; pero ese mismo desaliento hacía crecer su amor por aquella mujercita que con tanta cordura y sensatez sabía conducirse.

Creyendo que en días sucesivos tendría mayor fortuna, insistió en aquellos encuentros; pero cada día sufría una decepción mayor: Paquita, comprendiendo que aquél no había sido una casualidad, como creyera al principio, acentuó su indiferencia de tal modo, que Alfredo se consideró irremisiblemente perdido.

Terminado el plazo que el maestro señalara, empezaron á llegar ante la casa de la calle de Luchana, carros cargados con tablones, palos, vigas, cuerdas y demás materiales propios del caso; lo que, como es fácil comprender, sembró el terror en los inquilinos, que, á más de las molestias inherentes á la obra, vieron en perspectiva la consiguiente subida de alquileres.

Alfredo, acariciando una remota esperanza, desde primera hora se personó en la finca. Paca ya ha-

bía salido. El estar cerca de aquella humilde buhardilla donde ella moraba, era un gran consuelo para él. ¡Cuántos proyectos había hecho para el embellecimiento de aquel recinto! No había soñado con menos que con hacer de aquella buhardilla un precioso nido, digno del pajarillo que allí habitaba; esto *como tanteo*, que si el pájaro no se asustaba... ¡el mundo hubiera sido poco! Pero, ya... ya... ¡Menudos picotazos daba el tal pajarito, para intentar siquiera dorarle la jaula!

A las doce se suspendió el trabajo empezado, ó sea la colocación de andamios; los obreros se desbandaron en todos sentidos, buscando, unos, á la madre; otros, á la mujer, la hermana ó la hija que, con la comida, esperaba.

El coche de Alfredo, parado ante la casa, aguardaba; pero éste, sin darse cuenta de que su permanencia en el portal podría llamar la atención, esperó á pie firme la llegada de Paca.

A las doce y media hizo su aparición la gentil modista.

Al ver á Alfredo, tuvo un momento de duda, de vacilación: no contestar, en su propia casa, al saludo de quien se le debían tres meses, era demasiado fuerte. Decidiéndose rápidamente, contestó con una leve inclinación de cabeza, y, corriendo, subió el primer tramo de la escalera.

Alfredo escuchaba el menudo pisar de la muchacha sobre los escalones; poco á poco fué extinguiéndose el ruido de éste, hasta cesar por completo. El enamorado casero quedó pensativo. Un aluvión

de ideas, de proyectos se agolpaba en su pensamiento, sin que se decidiera á resolver. Bruscamente, cual si hubiese tomado una resolución inquebrantable, empezó á subir las escaleras.

A medida que iba alcanzando los cuatro pisos que tenía la casa, y se acercaba á las buhardillas, sentía crecer la emoción que le dominaba; su respiración era anhelante y el corazón latíale con violencia inusitada. Acostumbrado á entendérselas con el amor fácil, encontrábase cohibido ante aquel que entonces sentía. Jamás se había enamorado; no mentimos al decir que aquella impetuosa pasión por Paquita, era su primer amor; pasión temible, porque ella se desarrollaba en momentos en que el corazón no admite que se juegue con él.

Detúvose ante la puerta de aquella buhardilla, que ya era, para él, santuario de la imagen de sus amores, y dando lugar á que se serenara su semblante y su agitada respiración se normalizase, llamó tímidamente. Temía el recibimiento que Paquita le hiciese.

Una vocecita dulce y amable preguntó desde dentro:—«¿Quién?», y al mismo tiempo la puerta se abrió de par en par.

Paquita ahogó una exclamación de sorpresa, y se dispuso á la defensa, no de peligros materiales, que no temía, sino de los riesgos morales que pudiese correr.

Breves segundos permanecieron ambos sin hablar; ella, mirando al suelo; él, contemplándola con apasionado afán.

—¿Le será permitido á un pecador arrepentido llegar hasta los divinos pies de la imagen que aquí se venera, para impetrar el perdón de sus culpas?—dijo Alfredo avanzando un paso, á la par que Paca, haciéndose á un lado, le dejaba la entrada franca.

—Creo que se ha equivocado usted: ni esto es santuario, ni aquí hay ninguna imagen que perdone pecados ni lave conciencias—replicó Paquita con cierta acritud.—Aquí no hay más que una buhardilla y una mujer que, por el hecho de estar sola, tiene que sufrir ofensas que no puede castigar.

La modistilla, una vez dentro Alfredo, cerró lentamente la puerta, pensando que quizá fuera peor dejarla abierta, como en la primera visita; la repetida presencia de Alfredo podía ser interpretada torcidamente.

El joven, observando aquel detalle, exclamó:

—Muchas gracias por la confianza que de mí hace.

—No es confianza: es egoísmo.

—De todos modos, ello prueba que me juzga menos mal que antes.

—También en eso se equivoca.

—No me quejo; comprendo que tiene usted razón sobrada: mi conciencia me lo dice.

—Es raro; yo creí que usted no tenía conciencia.

—Paquita, en nombre del cielo, no sea cruel conmigo—dijo Alfredo acercando su distanciada silla á la de ella.—Usted, que demostrado tiene lo inagotable de su bondad, no debe ensañarse conmigo en la forma que lo hace. Yo he faltado, es cierto; me

conduje de una manera villana; pero la penitencia que usted ha impuesto á mi falta es harto cruel.

—Permítame que le diga que está sufriendo una serie de equivocaciones lamentables. Ni yo sé de qué pecado habla usted, ni yo tengo por qué tomarme la libertad de imponerle penitencia ninguna.

—Eso es llevar la crueldad hasta el último extremo.

—¡Vaya, que se ha empeñado en que yo he de ser cruel! Por lo visto, las crueldades le son agradables.

—Procediendo de usted, llegarían á sérmelo.

—Entonces, ¿por qué se queja? ¿Por qué me pide misericordia y perdón de unos pecados... que yo no conozco... y que seguramente serán imperdonables?

—Es decir que usted lleva el refinamiento de su crueldad hasta el punto de obligarme á que confiese mi falta, ¿no es eso?

—Yo no necesito nada; pero usted comprenderá que para confesarse hay que relatar el pecado; y no comprendo la vergüenza que esto pueda causarle, puesto que al cometerlo no sintió ninguna.

—Está bien: pasaré esa vergüenza; ella será un mérito para que me absuelva.

—Muy bien, todo eso está muy bien. Pero ahora le hace falta saber una cosa, y es que yo no soy cura para oir pecados y absolverlos; que yo no le he preguntado nada; que no quiero saber nada, y que, por lo tanto, no tengo por qué oirle; que yo le abrí la puerta en la idea de que... las obras le obligaban á volver por aquí..., y que no siendo por esto,

yo no tengo por qué escucharle..., ¡no quiero escucharle!

—No se puede condenar á una persona sin oirla, sin otro fundamento que el propio juicio.

—Yo no le he condenado á nada, repito.

—Me ha condenado á la pena más horrible: su indiferencia, su desprecio; y para eso no tiene usted suficiente base de acusación.

—¿Le parece que tengo poca, suponiendo que esa condena fuese cierta?

—Poca, sí; las personas que, como usted, son buenas, deben ser indulgentes.

Paquita inclinó la cabeza, y nada respondió.

—Yo, con mis treinta y seis años, demostrando la inexperiencia de un cadete, he cometido la tontería...

—¿Nada más que la tontería?...

—La torpeza..., la infamia, si así lo quiere, de no comprender que estaba usted muy por encima del rasero con que yo quería medirla. Me presenté á usted de una manera completamente equivocada, del lado más desagradable.

—¡La costumbre!...

—Es verdad. Pero reconozo mi falta y, humildemente, pido perdón; si es preciso, me pondré de rodillas, en lo cual no haré ningún sacrificio, porque así es como debe estarse ante una criatura tan hermosa.

—Le advierto, por si lo ha olvidado, que soy casada, y que, por lo tanto, no debo escuchar piropos.

—La verdad no es un piropo. Ese perdón que im-

ploro, ese perdón que usted me ha concedido ya..., no, no diga usted que no: yo sé que me lo ha concedido...; ese perdón, repito, es absolutamente necesario para que yo pueda hacer conocer á usted el cambio de sentimientos que en mí se ha operado; para que me conozca bajo el aspecto honrado y caballeroso...

Paquita, mirando con viveza á Alfredo, exclamó cortándole la palabra:

—No, no, por Dios; no siga usted adelante. Si tanto anhelaba el que yo perdonara su injuria, es cierto, yo se la perdono, y siento por ello un gran contento: mucho me dolía tener que juzgar tan duramente á la persona que, con bondad suma, acogió favorablemente mi demanda, prestándome con ello un señalado favor; pero no siga usted por un camino por el que no podemos marchar juntos. Cállese..., ¡se lo suplico!

—No; no me callaré...

—Pues no he de escucharle; si usted no se va, me iré yo.

—No, por cierto; ni lo uno ni lo otro. Usted misma acaba de decir que yo acogí con bondad su demanda...: usted tiene el deber de escucharme ahora que yo vengo á exponerle la mía.

—No..., no...; ¡no puede ser!...—replicó Paquita ocultando la cara entre las manos.

—Yo me iré: no volveré á verla más, si así lo manda; pero antes ha de saber que no soy un rufián; no quiero dejarle ese recuerdo de mí. Antes de irme ha de saber que el amor más grande y más respe-

tuoso ha germinado en mi corazón, para usted; antes ha de saber que la felicidad, la vida, todo, en suma, se encierra, para mí, en una sola palabra, en un solo nombre: Paquita. Así, al menos, aunque me vaya para no volver, si algún día nos cruzamos en la calle, no tendrá usted que huir de la vista de un hombre que, si en un principio la juzgó con tanta ligereza, hoy no encuentra nada suficientemente digno de usted.

Paquita, descubriendo su semblante, encendido, arrebatado, y dejando ver sus ojos humedecidos, replicó con enérgica emoción:

—¡Y qué ha conseguido usted con decirme todo eso!

—Que llore..., que hable con los ojos, ya que con la boca no; hacerle confesar que mis palabras han encontrado eco en su corazón; gustar el placer que me causa saber que no me aborrece.

—Bien; ¿y qué? Ni le temo, ni me temo; no sé mentir, y, por lo tanto, confieso que no le aborrezco; confieso que la terrible injuria que me causó, más daño me hizo, por ser usted quien me la infería. Yo le guardaba en mi corazón gratitud grande y verdadera por la bondad con que accedió á mis deseos, y me causaba un pesar enorme tener que proceder con usted del modo que ha visto. Es tan dulce, cuando la desgracia nos persigue, encontrar un rostro afable, oir una palabra cariñosa, que yo sentí hacia usted un reconocimiento eterno. ¿Qué ha conseguido con decirme cuanto acabo de oir? Poner un nuevo obstáculo entre los dos...; causarme una

nueva aflicción, más viva, mucho más, que la anterior.

—Paquita, en nombre de Dios; sus palabras me hacen pensar...

—Piense cuanto quiera: lo que usted piensa en este momento, aunque fuese cierto, yo no se lo he de decir jamás... Me debo á mi marido; si procedió mal conmigo, yo no tendré que bajar nunca la cabeza ante él, ni ante nadie.

Si esos sentimientos, que usted dice tener hacia mí, son verdaderos, las pruebas, no: cuando se ama, se respeta al ser amado... ¡y usted no me respeta á mí!

—¿Que no la respeto?

—No: siendo casada, me declara usted su amor. ¿Cuál puede ser el fin de esa pasión, si no es el de pretender arrastrarme á una falta que yo no he de cometer? Puesto que es usted bueno, demuéstremelo: váyase... déjeme... Fácil le será olvidar... y yo podré guardarle el afecto de una buena amistad...

—Pero usted tiene derecho á ser feliz.

—Lo tenía... ¡ya no! Por Dios, Alfredo —dijo Paca, sin darse cuenta de la familiaridad con que pronunciaba aquel nombre—; no me torture más, déjeme... Yo no debo, no puedo escucharle. Si es cierto el juicio que ahora tiene de mí, usted mismo debe comprender que esta conversación es criminal.

—Dígame, al menos, que guarda en su corazón un poco de amor...

—No... nunca... ¡jamás! ¡¡Qué horror!!

—Comprendo que mi presencia le molesta, y me retiro. Usted lo ha dicho: quien bien ama, debe respetar al ser amado. Yo he sido el culpable de que la celestial sonrisa desapareciera de su boca; yo he sido el culpable de que su incomparable semblante se ensombreciese...; me ausento, para que usted vuelva á ser, relativamente, dichosa...

—Eso... ¡ya no es posible!

—¡Quién sabe!... Pero si no sucede, no olvide á quien, desde hoy, sólo ha de pensar en la única mujer que supo llegar á su corazón: en la deseada... Yo, que, por mi posición, frecuento los salones más aristócratas, tuve que venir á esta humilde buhardilla para conocer el amor verdadero. Mi administrador se pondrá á sus órdenes para todo cuanto usted quiera que se haga aquí: yo no volveré más.

Alfredo, profundamente emocionado, alargó su mano á Paquita; ésta, con la barbilla hundida en el pecho, dióle la suya. Antes que ella pudiera evitarlo, él depositó sobre aquella diminuta mano el más respetuoso beso. Paquita, dando un ligero grito, huyó al otro extremo de la habitación. Salió Alfredo, mirando por última vez á la modistilla, desde la puerta, y cerró ésta.

Paquita, entonces, presa de mortal angustia, dejóse caer de bruces sobre el lecho.

V

Dos días pasaron. Alfredo, cumpliendo su palabra, no había vuelto por la calle de Luchana; las obras éranle ya completamente indiferentes.

Don Anselmo, el administrador, dueño otra vez del cotarro, disponíase á regatear á los inquilinos hasta la última pella de cal. Harto hacía con tascar el freno en lo que se refería á la entrometida inquilina de la buhardilla, sobre la que había recibido las más terminantes órdenes para que fuese complacida en todo, aun cuando quisiera pegar fuego á la casa. «¡Cristo!... ya haría él por que la moza no sospechase las tales órdenes. ¿Dónde irían á parar, si la niña se percataba del modo como había sorbido el seso al dueño? Y por si era poco, no le pase usted el recibito mientras ella no lo pida...; y que baile todo el mundo de coronilla, si á la mocosa se lo pide el cuerpo... Pues, por tal camino, viendo estaba que llegaría el momento en que tendría que echar á los inquilinos del principal, para que la señora lo ocupara y estuviese más cómoda. Por supuesto, que de todo lo que sucedía, él se tenía la culpa por haber aceptado la fianza de la portera para alquilar la buhardilla á la tal niñita... ¡Je... je!... Otra que tal...

¡Buena estaba también la señora Gertrudis!... Tenga usted buen corazón, para que le den ese pago. Buenas estaban la una y la otra... ¡Mire usted que mandar á la desvergonzada mozuela que fuese á casa de Don Alfredo, sabiendo que éste, en viendo unas faldas se volvía jalea!... ¡Y que la chica se había amedrentado!...»

Y el *buen* señor pataleaba de coraje; porque es el caso que habiendo recibido asimismo órdenes acerca de la portera, no podía vengarse en ésta.

«¿Se habría enamorado de ella también? ¡Cristo!, para hacer tamañas locuras, no se tienen casas. Las casas son para sacarles los hígados á los inquilinos; y el que no lo quiera así, que se vaya á vivir á la Fuente de la Teja.»

Don Anselmo, en aquellos días, no perdía ocasión de encontrarse, al paso de Paca, bien por el portal, bien por la escalera, acompañado de alguien con quien departir acerca *de la morosidad* de algunas personas. *Al buen entendedor, con pocas palabras bastan,* ó bien: *A ti te lo digo, Juan; entiéndelo tú, Pedro:* así pensaba él.

Por dos veces escuchó Paquita las citadas opiniones del administrador; y esto, unido á que, desde su última entrevista con Alfredo, sentía el más vehemente deseo de saldar aquella deuda, por la que se consideraba obligada, hízole pensar en disponer de parte del dinero que su hermana rehusara el domingo anterior, para aminorar el débito.

De los tres duros que componían la tal cantidad, invertiría dos en pagar uno de los tres recibos atra-

sados, y con el restante le compraría alguna ropita al niño.

Decidida, pues, á ello, y no queriendo entendérselas con Don Anselmo, comisionó á la portera para que fuese á llevárselos á Alfredo.

La buena mujer apresuróse á cumplir el encargo, aprovechando, para ello, la hora en que el administrador se iba á comer.

En el acto fué recibida por el dueño, quien, sintiendo una leve esperanza, pensó que la joven era quien enviaba á la portera para recurrir nuevamente á él. Lo que no presumía era el asunto que pudiese...

Cuando la señora Gertrudis, dando cuenta de su misión, puso las dos monedas de cinco pesetas sobre la mesa de despacho, Alfredo sintió un gran desconsuelo. Aquellas treinta pesetas que Paca le debía... eran algo que los unía, que mantenía viva su amistad. Al recibir parte de aquel dinero, parecía que uno y otro se alejaban.

Alfredo, en aquellos dos días, sin alterar en nada su vida, sin que nadie observase en él el menor cambio, había sufrido mucho. De su última entrevista con Paquita había sacado la certeza de que no le era indiferente á la joven; pero también había salido convencido de que ella no abandonaría nunca la senda del deber. Su tierno acento, suplicando que en vez de poner obstáculos en su camino, los quitase, de tal modo había llegado al corazón de Alfredo, que éste llegó á reprocharse su deseo de poseer á aquella mujer. No obstante, más

que nunca la deseaba; pero deseaba su posesión completa. Tenerla á su lado para siempre; hacer de ella la más feliz de las mujeres... Pero esto era imposible... ¡Imposible!... Era la primera vez en la vida que el «imposible» se ponía ante él burlándose y haciéndole mil cómicos gestos y ridículas muecas.

La vieja portera, sin atreverse á interrumpir la actitud meditabunda del amo, no sabía qué hacer. Alfredo, mirando á la señora Gertrudis, resolvió sus dudas diciendo:

—Pero esa joven sabe muy bien que á mí no me corre prisa este dinero, que á ella puede serle necesario para mil atenciones más urgentes.

—¡Ay, señor, para diez mil!... Si usted supiera... Esta semana pasada, según parece, su hermana le sacó algún dinero al marido, ¿sabe usted?, y el domingo...—la hermana va á casa todos los domingos con el niño, con Bernardito—, pues, ¡claro!, cuando Paquita fué á darle lo que le da todas las semanas, para ayuda de la familia...—ya ve usted: tú que no puedes, llévame acuestas—, le dijo que no, que se quedaracon ello para que atendiese á alguna de esas mil necesidades. Ya ve usted, señorito; ¡tres duros! Pues de los tres duros, dos son esos que están ahí, y con el otro le ha comprado unas camisitas á su hijo.

—¿Le quiere mucho?

—¡Huy!... ¡usted qué sabe! Todos los domingos le tiene caramelos, y, algunas veces, hasta juguetes... ¡Ya ve usted, cosa de veinte ó treinta céntimos!... pero que antes se queda sin comer, que dejar de comprarle algo.

—Pues mire, Gertrudis; soy de opinión de que se vuelva á llevar ese dinero.

Al oir esto, la portera dió muestras de gran confusión.

—Perdone usted, señorito; pero me ha dicho que si no dejo aquí los dos duros, que no me vuelva á poner delante de ella.

—Y es claro, á usted le importa más lo que ella le manda, que lo que le mande yo.

Aquí, la vieja señora Gertrudis creyó que le daba un soponcio.

—No, no, señorito... es que... verá usted... es que...

—Bien, bien—dijo Alfredo, con aire de contrariedad—; hágase como ella quiere.

Con brusco ademán abrió uno de los cajones de la mesa, y sacando los tres recibos, separó uno, que entregó á la portera.

—Tome usted, y dígale á su amiguita que obligarme á contribuir á su miseria, es un proceder muy ingrato.

Cuando Alfredo se vió solo, púsose á pasear á grandes pasos.—«Admirable mujer... admirable muñeca, que ante la desgracia se hace gigante... Y que un ser, tan pequeñito de cuerpo, pero tan grande de corazón y de alma, le haya tocado en suerte á un bárbaro»—decíase de muy mal humor. Su semblante revelaba un hondo sufrimiento. Al llegar, en uno de sus paseos, frente á su mesa, en la que habían quedado las dos monedas, detúvose á contemplarlas. Cogiólas, después, y recostándose en el mueble,

las hizo saltar sobre la palma de la mano.—«Miserables monedas, que de las manos de un pobre habéis pasado á las de un rico... ¿cuántas lágrimas habéis hecho verter, y cuántas risas habéis hecho estallar? ¿Cuál será aún vuestro destino?... ¿Cuál?...

Alfredo, guardados en su mano los dos duros, quedó un momento reflexionando sobre una repentina idea.

Su semblante expresó el regocijo del niño caprichoso que se sale con la suya. «Magnífica idea—exclamó—; dos pájaros de un tiro: no consigue que me quede con este dinero, y la forma de devolvérselo, seguramente hará mella.»

Sin darse cuenta, trataba de grabar su recuerdo en el corazón de Paquita, no reparando en que esto estaba en abierta contradicción con sus caballerosos propósitos de no verla más, de no poner tropiezos en su camino; y es que, á pesar de sus laudables deseos, la esperanza en el porvenir estaba latente en su corazón. Aunque estemos lejos del ser amado, la sospecha, no más, de ser correspondidos nos causa un bienestar indecible; y Alfredo, recordando su última entrevista con Paca, abrigaba la esperanza de que aquel rayito de amor que viera brillar en sus ojos, se convirtiese algún día en potente haz que inundara de luz y de alegría el obscuro cielo de su dicha.

Por esto acogió con tanta alegría aquella idea, que, á su juicio, había de aumentar el amor que Paquita pudiese tenerle. ¡Oh, santo Dios!... ¡Llegar á ser el dueño absoluto de aquella mujer adorable;

absorber sus pensamientos; hacer resplandecer en sus celestiales ojos la alegría que siempre causa la presencia del ser amado!...

Caviloso volvió á quedar; pero ello fué por poco tiempo: la idea que poco antes concibiera, reavivándose en la mente, devolvióle á su anterior estado.

Llamó á Julián, para que le diese el bastón y el sombrero, y, guardando los cuarenta reales en un departamento de la cartera, salió precipitadamente á la calle.

Un coche de punto le condujo hasta la puerta de una platería de la carrera de San Jerónimo.

Recibióle el mercader con esa pegajosa amabilidad que los comerciantes guardan para los buenos clientes. Alfredo expuso al platero su deseo. Con aquellas dos monedas le harían un vasito de plata, y en él se grabaría un nombre: Bernardito. ¡La cabeza se cortaba, si Paca se atrevía á rechazar aquel delicado obsequio!

El artífice pidió tres días para realizar la obra; Alfredo replicó que ni aunque lo asaran vivo podía conceder más de dos; siendo miércoles el día en que se hallaban, para el sábado necesitaba el vaso; y esto lo dijo con tal acento de convicción, que no parecía sino que no pudiese beber hasta que el citado objeto estuviese en sus manos.

Quedó, pues, convenido que el sábado, de cuatro á cinco, pasaría á recogerlo. ¡No se fiaba de que fuesen puntuales para mandárselo!

Sólo restaba esperar el citado día y escribir la

carta que había de dirigir á Paquita al enviarle el regalo.

Larguísimo le parecía el plazo concedido al platero; pero no le sobró mucho para llegar á su final y tener la carta escrita. Unas, le parecía que decían demasiado; otras, que no decían nada; éstas resultaban redactadas en términos muy atrevidos; aquéllas parecían escritas por un dominico... «¡Lo que cuesta escribir una carta en ciertas ocasiones!»—decíase Alfredo rompiendo un pliego de papel tras otro.

Al fin, huyendo del tono sentimental y evitando caer en el grotesco, le pareció haber dado en el quid del asunto, y después de leerla quince ó veinte veces, dió por buena la siguiente misiva:

«Paquita: No creí que mereciera ser tratado por usted de la manera que lo soy. Quiero hacer un bien y me obliga á hacer un mal: aceptar las diez pesetas que tan orgullosamente me ha remitido con la portera.

»Yo estoy ahito de todo; usted de todo carece. En su situación, diez pesetas pueden ser la resolución de muchos problemas. ¿Por qué no me deja hacer una buena obra? ¿Por qué no me permite saborear la alegría de que esa humilde buhardilla en que habita no contribuya á aumentar sus ahogos? ¿En qué puede ofenderla ni rebajarla ese acto, si yo me separé de usted para no verla más?

»Aceptar el dinero que me manda sería amargar mi vida, y no estoy dispuesto á ello. Usted es muy dueña de pagar la casa donde vive; pero yo también

soy muy dueño de hacer de ese dinero lo que quiera. Con esas diez pesetas he mandado construir un vasito de plata para su hijo, á quien yo sé que usted ama mucho. ¿Tiene usted la bondad de aceptarlo? Esté segura de la caballerosidad de quien se lo ofrece. No creo que tenga valor para rechazar tan modesto obsequio.

»Ya ve que Dios ayuda á los buenos, dándoles medios de realizar sus obras.

»Muy próximo á salir de Madrid, me despido haciéndole saber mi decisión de volver tarde... ó nunca á donde tan poca caridad encontré.

»No olvide usted por completo á quien no la olvidará jamás.—*Alfredo Ruidíaz.*»

El sábado, á las cuatro en punto, entró Alfredo en la platería. El mercader no pudo por menos de sonreirse al ver semejante puntualidad; y aun, con mucho misterio, hubo de preguntar á su cliente si había tenido algún hijo.

A dos pasos de la tienda se hallaba el *Continental Express;* allí se encaminó, al salir del establecimiento, para depositar el paquetito que contenía el vaso y la carta, á nombre de Francisca Galván.

Acto continuo regresó á su casa y dió á Julián las órdenes oportunas para el viaje que tenía decidido emprender al siguiente día.

A las siete volvió á salir para dar un paseo. Pensando que, al poco tiempo, Paquita, cuando regresara del taller á su casa, encontraría la carta y el vaso, sentíase gozoso.

Al pensar en la salida de Paca del obrador, no sin muchas vacilaciones, decidió ir á verla por última vez. Se ocultaría para que no le viese, y así no le causaría ningún pesar con su presencia.

Resuelto á ello, poco tardó en escoger, mentalmente, el lugar estratégico desde donde poder realizar su deseo.

A él se encaminó desde luego.

VI

Airoso el andar, digno el continente, la mirada baja, el pensamiento incierto, Paquita subía á las ocho de la noche por la calle de Fuencarral en dirección á su casa, despertando, cual de costumbre, la admiración de cuantos con ella se cruzaban. El gracioso y ocurrente requiebro del obrero, dicho en voz alta; el piropo del señorito, murmurado al oído, y tal cual «Vaya, que da gusto verla» de alguna sera, todo iba sembrándose á su paso, sin que parara mientes en ello. Al salir del taller, su única preocupación era llegar á casa cuanto antes.

En la esquina del café Comercial, un bulto le cortó el paso. Creyendo que sería uno de tantos, echóse hacia el arroyo para sortear el obstáculo y continuar su camino; mas no bien hubo iniciado su idea, una mano ruda la asió brutalmente por un brazo.

Paquita, entonces, alzó la vista con aire poco tranquilizador; pero al ver á la persona que así la detenía, quedó consternada.

Su marido, sonriendo estúpidamente, clavando en ella su vaga mirada de alcoholizado, era quien la sujetaba.

—¿Tú ves cómo, aunque Madrid es muy grande, las gentes se encuentran?—dijo Bernardo con voz insegura.

—Déjame..., suelta—replicó Paquita, sintiendo que las piernas se le doblaban á impulsos del miedo.

—No tengas tanta prisa, mujer... ¿Es que te espera alguien?

—A mí no me espera nadie—afirmó Paca con tono enérgico.

—Vamos... hombre... ¡Pues cualquiera diría lo contrario!

—Cualquiera, no; eso no es capaz de decirlo nadie más que tú.

—A ver si es que *entodavía* te vas á poner moños.

—Ni tengo que ponérmelos ni que quitármelos; estoy en mi puesto, y nada más—dijo Paquita con entereza, comprendiendo que si dejaba adivinar el pavor que la embargaba, era perdida.

—¿En tu puesto? *¡Pa* mí que tú no sabes cuál es el puesto de una mujer casada!—exclamó Bernardo alzando la voz.

—¡Que estamos llamando la atención! Sigue tu camino y déjame ir por el mío.

Algunos curiosos, en efecto, empezaban á detenerse, aunque á distancia.

—Tú vienes conmigo, porque tu camino es el de tu marido.

—¿Contigo? ¡Jamás!

—¿Vienes?

—¡No!

—Pues yo te llevaré por las malas, ya que no quieres por las buenas.

Al mismo tiempo que tal decía, Bernardo levantó el puño para golpear á su mujer; pero no pudo: una mano, fuerte y vigorosa, le sujetó por la muñeca, al mismo tiempo que una voz, sacudiendo el corazón de Paca, exclamaba con indignación:

—¡Cobarde!

Alfredo, que en su deseo de ver á la modistilla por última vez, había escogido como punto adecuado para lograr su propósito una de las mesas de la terraza de dicho café, era quien había impedido la agresión.

La gente se arremolinó en torno del grupo formado por las tres personas, manteniéndose á la expectativa; expectativa mucho mayor cuanto que la contienda era entre un obrero y un señorito.

—Es mi mujer—rugió Bernardo.

—Es igual: no la tocará.

—Y usted, ¿quién es para impedirlo?

—¿No lo ve usted? Un hombre.

—Eso vamos á verlo — gruñó Bernardo, arremetiendo contra Alfredo.

Echó éste un pie atrás para afianzarse y repeler la agresión, pero con tan mala fortuna que, pisando la plancha de hierro que hay en aquel lugar, resbaló y cayó, yendo á chocar con la cabeza contra la esquina de la portada del café. La sangre empezó á salir á borbotones de la frente de Alfredo. Entre la gente se armó gran rebullicio; los guardias hicieron su aparición.

Paquita, asustada como un pajarillo, aprovechando la confusión que se produjo, escabullóse, como pudo, y corrió hacia su casa.

La señora Gertrudis, que poco antes recibiera la carta y el paquetito que un chico del *Continental* había llevado para Paca, asustóse al verla entrar de aquella manera tan descompuesta. La curiosidad que despertara en ella la llegada del misterioso paquete, cesó para dar lugar á la conmiseración.

Sofocada, llorosa, dejóse caer Paquita sobre una silla. Administrado por la señora Gertrudis un enorme vaso de agua, primero y universal remedio en tales casos, y calmada un tanto la joven, relató á la portera todo cuanto había ocurrido.

Inacabable, como rezo de beata, fué la serie de frases y exclamaciones admirativas que salieron de la boca de la buena mujer. Desde el «Válgame Dios» hasta «El Señor nos coja confesados», ninguna omitió que pudiera servir para dar idea de su asombro y estupefacción.

Paquita, al recordar la sangre que manaba de la frente de Alfredo, estremecíase aterrada, ocultando la cara con las manos.

La anciana, considerando que el deber más elemental le mandaba ir en socorro del amo, y queriendo, además, tranquilizar á Paquita, corrió al lugar del suceso.

Allí, por algunos de esos espectadores que perduran por largo tiempo en todo sitio donde ocurre una desgracia ó un crimen, supo que el *señorito* había sido conducido á una clínica próxima, para

hacerle la primera cura, y que el otro, como no había tenido culpa de la caída, se había marchado, no sin que los guardias tomasen nota de su nombre y domicilio; el juicio de faltas era inevitable: había que pagar.

La diligente portera voló hacia la clínica indicada, y metiéndose entre los grupos estacionados ante la puerta, dedicóse á husmear cuanto en ellos se hablaba.

Unos decían que la herida de la frente era tan grande, que se le veían los sesos; otros aseguraban que los sesos se habían quedado adheridos á la portada del café; más allá se murmuraba que, además de la herida de la frente, se había roto un brazo. Una mujeruca, *que lo había visto,* replicaba, con tono de suficiencia, que no era un brazo, sino una pierna.

Cada persona que hablaba aumentaba las proporciones del suceso, hasta el punto de que no faltó quien dijese que habían ido á escape á buscar los Santísimos Sacramentos.

La señora Gertrudis, deseando salir del mar de confusiones en que le sumían noticias tan contradictorias, acercóse á la puerta de la clínica, y á un guardia que en ella estaba, preguntóle, por favor, la verdad de lo ocurrido.

El guardia, meciéndose sobre ambos pies, y mirando detenidamente, de alto á bajo, á la portera, como si filosofara acerca de la insana curiosidad femenina, contestó con voz grave ¡que no sabía nada!

Cuando la señora Gertrudis, fluctuando entre la idea de ir á contar á Paca lo que se decía, ó esperar para enterarse de algo, pues que nada había logrado averiguar, parecía inclinarse por lo primero, un coche de alquiler se acercó á la puerta del benéfico establecimiento.

A los pocos momentos, Alfredo, con la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo, salió apoyándose en dos enfermeros; subió al coche y, acompañado de uno de ellos, fué conducido á su casa.

Apenas arrancó el coche, la portera echó á correr hacia su casa para dar cuenta á Paquita de cuanto había visto y oído.

Jadeante entró en el portal, y, sin esperar á tomar resuello, empezó su relato... corregido y aumentado.

—Ya ves tú... yo hubiera querido acercarme —decía con voz entrecortada por la falta de aliento—; pero cuando le vi con la cabeza vendada, el brazo en cabestrillo y aquella cara blanca... blanca como el papel, ¡hija!, me empezaron á temblar las carnes... que creí que me caía. ¡Pobrecito!... ¡Qué malo..., qué malito iba!

Con tales noticias, como se comprenderá, lejos de tranquilizar á Paquita, no hizo sino aumentar su congoja.

—Lo que es este mundo...: yo que te esperaba con tanta impaciencia para darte esto que trajeron antes para ti... y ¡mira tú!

Paquita, enjugándose los ojos, cogió la carta y el paquetito que la portera le alargaba.

—¿Quién lo ha traído?—preguntó con extrañeza.

—Un chico del *Express*.

Paquita miraba la carta y el paquete. La letra del sobre no la conocía; el contenido del paquete no lo adivinaba. Un vago presentimiento acudió repentinamente á su imaginación: ¿quién sino él podía ser?

Creyendo haber acertado, y no queriendo dar un cuarto al pregonero, púsose en pie y se despidió de la portera, rogándole que no dejara de ir al día siguiente, temprano, á enterarse del estado del herido.

La señora Gertrudis, rezongando de un modo harto demostrativo del descontento que sufría por no haberse enterado de lo que contenía el envío, metióse en su chiribitil.

No bien entró en su casa, sin detenerse á quitarse el velo, Paquita, dejando el envoltorio sobre la mesa, rasgó, con curiosa incertidumbre, el sobre.

La lectura de la carta, después de lo ocurrido momentos antes, le causó una emoción intensa. Desempaquetó el vasito y lo contempló largo rato.

No se había equivocado Alfredo: su delicado proceder dió en el blanco: la fierecilla no se atrevía á sacar las uñas. Sentada sobre la cama, alejada de toda idea exterior y mirándose á sí misma, Paquita hubo de sentir cruel remordimiento al percatarse de que, en su corazón, la figura de Alfredo aparecía grabada cada vez con más relieve.

Largo rato permaneció abstraída en sus ideas;

ideas tristes y dolorosas, ya que todas ellas iban en contra de su rectitud, de su deber.

Envolvió cuidadosamente el vaso y, junto con la carta, lo guardó en el baúl. Aquel regalo estaba hecho en una forma que la infeliz no se sentía con valor para rechazarlo. Bernardito, en su adorable inocencia, al beber en aquel vaso, no podría darse cuenta de que bebía toda la amargura y la desesperación que su madre sentía al aceptarlo.

Paquita no había dicho nada á su hermana Clara de la visita que hizo á Alfredo, y mucho menos de las que ella había recibido de él. Una instintiva reserva se lo aconsejó así, sin que ella pudiera darse las razones... ¿Cómo explicaría, al día siguiente, domingo, el obsequio? ¿Qué pensaría Clara? No quedaba otro remedio que enterarla de todo, para no dar lugar á torcidas suposiciones. Al pensar esto se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

Aquella noche durmió intranquila, sobresaltada; su imaginación iba de un punto á otro con febril actividad: tan pronto eran Clara y el niño los que atraían su pensamiento, como Alfredo y Bernardo los que la martirizaban con su recuerdo.

Al amanecer, rendida por aquel trajín moral, quedóse dormida. Se despertó tarde, y se levantó tan inquieta y nerviosa como cuando se acostara.

Al medio día, la portera subió á darle noticias de Alfredo. La fractura del brazo no ofrecía cuidado, y su curación era cuestión de días; la herida de la frente era bastante extensa; el estado de debi-

lidad, grande, por efecto de la mucha sangre que había perdido.

Una nueva tortura fué á sumarse á las que ya padecía la modistilla: ¿escribiría dándole las gracias é interesándose por su salud? En lo que se refería al regalo, eso era lo natural; pero por lo que tocaba á la defensa que de ella había hecho y á las heridas sufridas, ¿no sería una ingratitud no ir en persona á preguntar? Sus bellos sentimientos no hallaban excusa para esto. Sin embargo, no concluía de resolverse á dar un paso semejante.

El momento temido de que llegase Clara se iba acercando.

Bernardito, aquella tarde, armó un verdadero escándalo en la escalera, llamando á mamá.

—Pues, anda—decía Clara, con su habitual desenfado—, que no se va á enterar nadie de nuestra visita.

Pasado el primer momento de efusivas manifestaciones de cariño entre la madre y el hijo; pasado el segundo, de familiar conversación entre las dos hermanas, acerca de los asuntos domésticos, Bernardito, impaciente ya por recibir el consabido regalo, que aquel día se retrasaba más de lo acostumbrado, hizo su reclamación en toda forma.

Paquita, algo azorada, dirigióse al baúl, sacó el vasito, lo desenvolvió con gran parsimonia y no poca desesperación del niño, y púsolo de manifiesto, dando al acto toda la importancia que requería.

Clara miraba alternativamente á su hermana y al vaso, sin acertar á comprender.

—¿Te gusta?—preguntaba amorosamente la madre al hijo.

—Tráelo..., tráelo...—gritaba éste dando saltos para alcanzar el codiciado objeto.

—Pero... ¿de dónde has sacado eso?—preguntó Clara, apoderándose del vaso.

Bernardito, dispuesto, á toda costa, á entrar en posesión de lo que ya consideraba suyo, corrió hacia la tía y, encaramándose por sus piernas, extendió afanosamente las manos.

—Vamos, niño: á ver si es que no se va á poder tocar... ¡Pues bueno!

—Dámelo..., es mío...

—Dos coscorrones te voy á dar como no te estés quieto, chiquillo.

Paquita, cogiendo al niño en sus brazos, lo retiró de las faldas de la tía, no sin que esto diese lugar á un furioso pataleo del interfecto.

Una vez examinado el vaso por Clara, y comprobado que era de plata, entregóselo al rebelde propietario, que huyó con él al más retirado rincón de la estancia, para saborear, á sus anchas, el *deleite que proporciona la posesión de un objeto nuevo.*

Solas ya las dos hermanas, Paca contó lo sucedido desde su visita á Alfredo para pedirle que diera treguas á la deuda. Cuando llegó al relato de la escena ocurrida el día anterior, Clara dió muestras de gran asombro: Bernardo no había dicho nada en su casa sobre tal encuentro; sólo se le había notado un poco más taciturno que de costumbre.

—¿Y tu casero es joven?

—Treinta y cinco ó treinta y seis años, creo que tiene... ¿Qué?... ¿Por qué mueves así la cabeza?

—Porque, si te he de ser franca, me parece muy raro ese interés por ti...

—Vamos, ¡qué cosas tienes! ¿Serías capaz de suponer?

—Por ti, nada supongo; pero por él...

—¡Ni por él... ni por mí!

Paquita ponía tal fuego en sus protestas, que hizo sospechar á Clara; ésta, sin embargo, nada dijo. En asunto tan delicado, las sospechas acerca de los sentimientos de Paca no eran fácilmente admisibles.

—Ahora á ver cómo te las arreglas en casa para explicar... Bernardo preguntará, y...

—No te apures... no te apures; eso ya lo arreglaré yo...

Nuevamente recayó la conversación sobre el encuentro de Paca con el marido. Verdaderamente, era raro que Bernardo no hubiese dicho nada en casa, siendo así que no perdía ocasión de exteriorizar sus intenciones poco tranquilizadoras respecto á su mujer.

Languideció un momento la conversación, no por falta de tema, sino porque cada una de aquellas cabecitas abstraíase en ideas muy distintas. Paca, sobre todo, parecía estar muy preocupada.

Ella fué la que rompió el silencio, diciendo:

—¡Ah! Se me olvidaba decirte una cosa: probablemente, el martes me quedaré sin trabajo.

Clara, mirando con asombro á su hermana, exclamó:

—Pues anda... que cualquiera diría que es una cosa sin importancia... la que se te olvidaba...

—¡Calla, mujer; si es que con todas estas cosas tengo la cabeza trastornada!...

—Sí... algo trastornada me parece que la tienes—contestó Clara con cierto retintín, en que Paca no se fijó.

—Si sabes de algún taller en que necesiten oficialas, me avisas... Por más que en este tiempo...

—Haces bien en advertírmelo, porque si no... ¡mira tú!... puede que no se me hubiera ocurrido... Bueno, bueno, pero no pongas esa cara... Ya nos arreglaremos, como nos hemos arreglado otras veces... ¡Pues cualquiera diría que ésta es la primera!

—No, mujer; pero es que parece...

—Parece... parece... ¡No parece nada!

Las ocho dieron en un reloj de la vecindad.

—Anda, vámonos, vámonos, niño, no sea que á tu padre se le ocurra ir á cenar á la hora.

Procedióse á la envoltura del vaso, y, después de muchos besuqueos y recomendaciones, por una y otra parte, despidiéronse Clara y Bernardito, dejando á Paca, en apariencia, tranquila.

VII

Durante todo el camino, Clara no dejó de sermonear á Bernardito, acerca de la procedencia del vaso... por si su padre preguntaba. Esto no era muy de temer, porque Bernardo no se ocupaba ni poco ni mucho del niño; pero bueno era precaverlo todo: el vaso, que era de metal, no de plata, les había caído en una rifa. Si no decía esto, el papá se lo quitaría para dárselo á otro niño... que siempre decía lo que le mandaba su tía.

El chiquitín, que no sentía gran afecto por su progenitor, se aprendió perfectamente la lección.

Cuando entraron en casa, Bernardo no había llegado todavía. El niño mostró, acto continuo, el regalo á la abuelita, que se ocupaba en preparar la cena, y al abuelito, que, en su sillón, dió muestras, con la mirada, del regocijo que le causaba ver á su nieto tan contento.

Clara entró en su cuarto para desnudarse y después fué á la cocina para ayudar á Doña Micaela en sus quehaceres. Al mismo tiempo que se hacía la cena, Clara contó á su madre todo cuanto ella y su hermana habían hablado; luego, como Doña Micaela preguntara sobre el vaso, hubo de referirle la historia del mismo.

Doña Micaela, mujer poco habladora, corta de genio y no muy larga de entendimiento, hizo grandes elogios de la caridad y buenos sentimientos de aquel señor.—Si fuesen así todos los ricos...—exclamaba.

Clara dejó que su madre hablase cuanto quisiera, y abstúvose de hacerle partícipe de sus sospechas; porque es lo cierto que Clara sospechaba, no sólo que aquel señor se había enamorado de Paquita, sino que ésta, si no lo estaba de él, le faltaba poco. El asunto era tan delicado, que nada quiso decir á su madre; pero ella se propuso vigilar sobre aquel estado de cosas.—Era lo único que nos faltaba—decíase la enérgica y animosa muchacha.

Dispuesta la cena, y en la duda de si Bernardo tendría á bien presentarse á cenar, hizo éste su entrada, en el estado habitual de semiborrachera.

Sus primeras palabras fueron para ponderar su puntualidad; porque, como él decía:—Cuando falto ó me retraso... hay que oir á la señora (la señora era Clara); pero cuando soy puntual, nadie dice nada.—Tiró la gorra sobre una silla, y, dejándose caer en otra, púsose á filosofar, murmurando entre dientes, acerca de las injusticias humanas.

Clara, haciendo como que no le oía, disponía la mesa. Bernardo, sin dejar de razonar, la miraba, siguiendo sus movimientos.

—Sí... calla, calla—decía—, que cuando te conviene, bien hablas... ¡Si nos conoceremos!

Bernardo, que, como ya dijimos, tenía veintiséis años, era un muchachote robusto; ancho pecho,

cuello fornido y cabeza bien proporcionada, con abundante cabellera negra. El rostro, ateniéndose á la época anterior á sus borracheras, era muy simpático, de expresión dulce. Los ojos, grandes; la boca, un poco rasgada y de labios gruesos; apenas tenía barba y el bigote no lo usaba. La índole de su oficio, su carácter formal y sus modales, en los que se notaba el roce con cierta clase de gente, hacían de él, no un señorito obrero, pero sí un obrero señorito. Tal era, en sus buenos tiempos, el retrato de Bernardo; este retrato, en aquellos días aparecía harto desdibujado á causa de la mala vida. Su rostro carecía de expresión; su mirada era apagada é incierta; el cuerpo, de regular estatura, antes erguido y gallardo, encorvábase caduco; el pelo, siempre bien peinado, había perdido toda clase de relaciones con peines y cepillos, como las manos y la cara las perdieran con el jabón; y menos mal que alguna conservaron con el agua.

Concluyó Clara de poner la mesa y fuése para la cocina, sin que Bernardo, por más tentativas que hizo, lograra escuchar el metal de su voz.

Es de advertir que siendo Clara la que peor le trataba y la que, cuando llegaba el caso, le decía todas las verdades que se le venían á la boca, era la única á quien Bernardo profesaba algún cariño y con la que solía hablar.

Cuando Clara salió del comedor, Bernardo, siguiéndola con la vista, formuló sus juicios acerca del orgullo humano; cuando creyó haber dejado bien sentadas sus conclusiones sobre este punto, volvió-

se hacia su suegro, y agitando las manos, como queriendo llamarle la atención, exclamó:

—¡Eh! abuelo..., ¿cómo va eso? Ya estará usted cansado de estar tanto tiempo así, ¿verdad?

El anciano cerró los ojos, como si así quisiera tapar sus oídos para no oir. Bernardo, sin hacer caso de la actitud del viejo, volvióle la espalda, y su estúpida mirada fué á fijarse en la mesa... y en el vaso que Clara había puesto en el sitio de Bernardito. Aquel objeto reluciente llamó de tal modo su atención, que, levantándose y aproximándose á la mesa, hubo de cogerlo. Después de mirarlo detenidamente por dentro y por fuera, con voz tarda empezó á silabear el nombre que tenía grabado: «Ber... nar... Ber... nar... di... to...»

Quedóse un momento leyendo mentalmente aquel nombre, cual si quisiera convencerse de que había leído bien, y luego exclamó:

—Anda éste... ¿Habrá *heredao?*

En aquel momento salió Clara llevando en sus manos la fuente que contenía la cena, y la puso sobre la mesa. Al ver á su cuñado con el vaso en la mano, se sintió algo turbada.

Sentados todos, y una vez que la abuela hubo colocado el babero al nieto, que entre ella y la tía tenía su sitio, ésta hizo platos.

Bernardo colocó el vaso ante su hijo, diciendo:

—Toma, tú..., y avisa á qué hora quieres el coche.

Al oir la cómica exclamación de su cuñado, Clara sintió que la risa acudía á sus labios, pero se

contuvo. Doña Micaela, azoradísima, metía las narices en el plato para que no se lo notaran.

Bernardo hizo varias alusiones aún respecto del vaso; pero viendo que no obtenía contestación alguna, hubo de preguntar francamente:

—¿Se puede saber, si no es molestia, de dónde ha venido esa alhaja?

—¿Cuál?—dijo Clara.

—¡Cuál!... Hazte de nuevas... ¿Cuál ha de ser?... ¡Esa!...

—¿Una alhaja de hojadelata?

—De hojadelata... ¡Bueno!... A ver si es que te vas á figurar que no conocemos aquí la plata...

—Lo que es á ti, me parece que ya se te ha olvidado cómo es.

—Ya... ¡Si no te dedicaras á limpiarme los bolsillos!

—¿Quién?... ¿Yo?... ¡Vamos, tú sueñas, hombre!

—Puede.

Doña Micaela, que en cuanto oía á su hija discutir con Bernardo, se ponía á temblar, no cesaba de tirarle de la falda, por debajo de la mesa.

—Ese vaso es de hojadelata, ó de metal, ¡yo qué sé!, y nos ha caído esta tarde en una rifa.

—Hay que ver, qué suerte... ¡Y con nombre y todo!

—El nombre lo ponen según lo pide el agraciado... Pues mira tú, que vaya una cosa... Para el trabajo que les cuesta ponerlo... Vamos, pues no tienes pocas ganas de conversación... ¡Y yo que no tengo ninguna!

—Es raro... ¡siempre te pasa lo mismo! A ver si es que te has puesto de mal humor porque te ha caído el vaso... ¡Mira que hay personas con suerte!

—¿Qué quieres decir con eso...? ¿Te apuestas algo á que te rompo la fuente en la cabeza?

La falda de Clara estuvo á punto de ir al suelo á fuerza de tirones.

—Estése usted quieta, mamá. Se creerá éste que que yo voy á aguantarle lo que mi hermana.

Al oir nombrar á Paquita, la poco segura cabeza de Bernardo empezó á maquinar: la figura de su mujer, el señor aquel que había salido en su defensa y el vaso, pasaban alternativamente ante sus ojos, sin que su desmayado pensamiento pudiera fijar relación alguna entre ellos. Su cara se ensombreció, adquiriendo un aspecto brutal, y no volvió á despegar los labios en toda la cena.

Cuando acabaron, quedóse solo, ante la mesa, liando trabajosamente un pitillo que, tras de largos esfuerzos, logró encender. Doña Micaela y su hija entregáronse, primeramente, á la operación de acostar á Don Antonio, que ya había cenado antes de llegar Clara, y á Bernardito; después, á diversos quehaceres de la casa.

Algunas veces, las dos mujeres cruzaban entre ellas palabras que no oía Bernardo.

—Este hombre no tiene remedio —decía la madre refiriéndose á su yerno.

—No es eso lo malo: lo malo es que no lo tengamos nosotras.

—¡Pobre Bernardito!

—¡Pobre Paca!

Bernardo, con ceño adusto, las observaba sin conseguir adivinar lo que decían.

Terminadas las ocupaciones á que se había entregado, Clara, con un gran montón de ropa blanca, fué á ocupar su sitio ante la mesa, y se puso á coser.

El borrachín, liando otro pitillo, lo encendió con la colilla del primero, y la tiró al suelo. Clara, cuya pulcritud era extremada, al sentirla caer, hizo un movimiento de impaciencia. Con la cabeza inclinada sobre la costura, no se daba cuenta de la actitud del borrachín. Este no separaba la vista de su cuñada; sus ojos, al fijarse en su blanca y robusta nuca, despedían fosforescencias extrañas. La respiración lenta, tranquila y acompasada de la muchacha, hacía que las turgencias del seno se dibujasen bajo la blanca chambra, cuya tela, finísima ya por el uso, dejaba asimismo transparentar las finas líneas de los brazos.

Acosada la joven por el calor, desabrochó dos botones de la chambra y dobló las puntas de ésta hacia dentro, dejando ver el nacimiento de la garganta y el soberbio arranque del pecho.

La mirada de Bernardo pasó rápidamente á escrutar los nuevos horizontes que ante él se descubrían

Poco acostumbrado á contemplar encantos como los que su cuñada dejaba ver en aquel momento, experimentaba sensaciones que para él eran inexplicables.

Largo rato permaneció en aquella actitud, que por momentos excitaba sus nervios.

Por fortuna, Clara, dejando la prenda que repasaba, sobre la mesa, se encaminó hacia la alcoba de Bernardito, que era la suya. Bernardo, dando un formidable resoplido y mascullando palabras ininteligibles, se levantó también, y, con paso inseguro, se dirigió á su cuarto.

VIII

Si la noche del domingo fué mala para Paquita, mucho peor fué el día del lunes.

Sentada ante el costurero, en el obrador, cosía sin dar tregua á la cansada mano. No levantar cabeza representaba para Paquita no tener que sufrir las burlonas miradas de sus compañeras, ni tener que alternar en sus bromas y murmuraciones; y esto, dado el angustioso estado de su ánimo, érale de absoluta necesidad.

Desde la noche anterior, su decaído espíritu batallaba entre los mandatos de su conciencia y lo que ella consideraba una obligación; es decir, entre ir á enterarse personalmente del estado de Alfredo, lo cual sería la más bella manifestación de su gratitud, ó limitarse á saber por la portera el curso de su dolencia.

Por si esto era poco, la maestra había anunciado á las oficialas más modernas, y entre ellas estaba Paquita, que á causa de la falta de trabajo, por lo adelantado de la estación, se veía obligada á prescindir de ellas. Esto era demasiado para aquel corazón de niña en cuerpo de mujer. La pobre joven sentíase desfallecer. El cuadro de su casa, en la

que faltaría la modesta ayuda de su parte de jornal, presentábase ante ella con vivos colores, aumentando su aflicción. En todo pensaba Paca, mientras trabajaba; en todo, menos en ella misma, que, sin duda alguna, era la más directamente amenazada.

Cosía, pues, como si tuviese los minutos contados para dar término á su labor. La aguja entraba y salía de la tela con rapidez prodigiosa; al atravesarla, parecía atravesar también las delicadas carnes de la modistilla, á juzgar por sus frecuentes estremecimientos.

Las compañeras, que acogieron la noticia de la falta de trabajo, con bromas y chanzonetas, sin que faltara alguna que se alegrara, porque así tenía más tiempo para hablar con el novio, miraban á Paquita, bien ajena de la curiosidad que despertaba, y se guiñaban los ojos unas á otras, para reirse después con gran algazara. Pero Paca de nada se daba cuenta; cosía, cosía con ira, con *ensañamiento,* y temía que llegara la hora de terminar; esa era la hora en que debía dirigirse á casa de Alfredo; porque Paquita, en su fuero interno, así lo había decidido. Lo arrostraría todo..., todo menos ser ingrata con aquel hombre que sólo bondades había tenido para ella. Por su exaltada imaginación cruzaron con rapidez cinematográfica los recuerdos que de él tenía: la concesión de un plazo ilimitado para el pago de los atrasados alquileres; el regalo, á su hijo, del vaso de plata, y, sobre todo, la valiente y generosa defensa que de ella hiciera en la glorieta de Bilbao; defensa sin la cual sabe Dios lo que hubiese pasa-

do. No, no era posible dudar; y Paquita, ahogando los gritos de su corazón y desoyendo los reproches de su conciencia, estaba decidida á cumplir como buena. Después de todo, el ir á preguntar, no entrando en la casa, ¿era un acto reprochable?

Al finalizar la jornada recibió unas cuantas monedas, importe de dos días de jornal; despidióse de la maestra y salió á la calle. Con decisión, como quien no quiere dar lugar á que dudas y vacilaciones entorpezcan la ejecución de un plan, se encaminó á casa de Alfredo. Cuando llegó al portal, el corazón le palpitaba con violencia inusitada.

El portero no opuso ningún reparo al paso de la modistilla.

Al apoyar el dedo en el botón del timbre, Paquita no pudo menos de recordar su primera visita á aquella casa. Sentía temor y, á la par, tenía que confesarse ella misma, que un bienestar, una alegría inexplicable se confundía con su creciente zozobra.

Julián abrió la puerta, como la vez primera.

Paquita, con voz temblona, oculto el rubor por la semiobscuridad que en el descansillo reinaba, preguntó por el estado del herido.

El ayuda de cámara, que recordaba perfectamente á Paquita, respondió:

—El señor sigue bien. Ha dado orden de que cuando viniera usted, le rogáramos que tuviese la bondad de pasar.

«Me esperaba», fué el primer pensamiento de la modistilla; pensamiento que sirvió de acicate, por el

pronto, á la alegría que, sin darse cuenta, la dominaba.

Paca no supo qué responder á tal demanda. Maquinalmente, impulsada por una fuerza irresistible, penetró en el recibimiento.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento; voy á pasar recado.

Paca no se movió del sitio en que se encontraba; sus ojos, como en otra ocasión, no dejaron de mirar al suelo.

La puerta del despacho se abrió y Julián reapareció en el recibimiento.

—El señor me manda preguntar á usted, que si no tiene inconveniente en pasar á la alcoba.

Paquita respondió con una sonrisa afirmativa.

El despacho comunicaba con un gabinete, y éste, con la anteriormente citada habitación. La voz de Alfredo resonó en el fondo de ésta, al llegar Paca, guiada por Julián. El sonido de aquella voz devolvió á la joven el sentido de vida, tan desmayado en ella. Procurando dar á su rostro un aspecto agradable, penetró resueltamente en el dormitorio. Julián, después de acercar una silla á la cama, se retiró.

En el centro de la estancia, en una magnífica cama de madera, recostado en un montón de almohadones, estaba Alfredo. Tenía la cabeza vendada y el brazo derecho en cabestrillo. Al entrar Paquita, quedóse mirándola fijamente.

—Dios se lo pague á usted—dijo con voz débil.

—¿El qué?

—El haber venido.

—No ha debido sorprenderle mi visita, puesto *que tenía tomadas sus medidas*.

—Es cierto. Esperaba que vendría usted, lo tenía por seguro... y, sin embargo, dudaba. He pasado horas muy crueles...

—¡Qué tontuna!—respondió Paquita sentándose en la silla que Julián había colocado á los pies del lecho.

—Sí, es verdad; es una tontuna, una chiquillada; pero... ¡qué quiere usted!... á los treinta y seis años me encuentro con la sorpresa de que soy un chico...

—Un chico... mal educado, voluntarioso...

—Muchas gracias.

Paquita, al oir la respuesta de Alfredo, recobrando algo de dominio sobre sí misma, se echó á reir con franca alegría, dejando que Alfredo se extasiara al contemplar la blancura de sus dientes y el rojo vivo de su boca.

—Veo que tiene usted gana de bromas—dijo Paca. serenándose—; eso indica que se encuentra bien.

—No sé si me encuentro bien ó mal; no he tenido tiempo de pensar en mi estado. Es verdad que el brazo me duele un poco, y que por efecto de la pérdida de sangre me encuentro bastante débil; pero este mismo estado me es propicio para entregarme á las ideas que llenan mi pensamiento.

—¡Ideas malas!

—¡Buenas!

—¡No!

—¡Sí!

—Como usted quiera.

—Alguna vez había de ser así—murmuró Alfredo devorándola con la mirada.

Paquita, dándose cuenta de ello y deseando que la conversación no tomara cierto giro, exclamó cortando el diálogo:

—¿Quién le cuida á usted?

—Julián, la doncella... la cocinera... el médico... ¿Le parece á usted poca gente?

—Pero en un trance así, la familia... una mujer... ¿Usted no tiene familia?

—Tengo un tío en Alcalá...

—Un tío en Alcalá lo tiene todo el mundo—respondió Paquita haciendo resonar nuevamente su deliciosa risa.

—Perdone usted; mi tío es de carne y hueso. Tengo un tío y una prima.

—Ya salió la prima.

—¿Quién es tan desgraciado en la vida, que no tiene una prima?

—Ahora me explico que esté usted tan solo; no han tenido tiempo de venir.

—No... ni vendrán.

—¿Está usted mal con ellos?

—Ellos son los que están mal conmigo. Mi tío se empeñó en casarme con su hija, y como yo no quise, se enfadaron y se fueron á vivir á una posesión que tienen en Alcalá.

—¿Es guapa su prima?

—¿Guapa? Para darle á usted una remota idea de su belleza, le diré que el origen de las almendras garrapiñadas, tan famosas en aquella ciudad, data

de la presencia de mi prima en dicho punto: un confitero se inspiró en su cara para inventar los famosos confites.

Nueva explosión de la juvenil risa de Paquita.

—¿De modo que está usted solo, completamente solo en el mundo?

—Solo, no; hay un ángel que á todas horas me acompaña.

—Vaya... déjese de pensar en las musarañas.

—Si viera usted, Paquita, cuánto bien me hace con su compañía... ese ser invisible é impalpable.

—Eso es la debilidad que tiene usted en la cabeza, que le hace ver visiones.

—No le consiento que llame visión á mi dulce compañera.

—¡Mujer tenía que ser!

—No es mujer: ya he dicho que es un ángel.

Paquita empezaba á sentir un calor abrasador en su rostro. Por suerte suya, Julián se presentó en la alcoba llevando en una bandeja una taza de caldo y una copa de jerez. Al verle, Alfredo exclamó de mal talante:

—No he llamado.

—Señorito, es la hora de tomar alimento; el médico ha recomendado mucho la puntualidad...

—No faltaba más—añadió Paca.

—Bien... bien...; deja eso ahí, en la mesilla.

—Señor...

—Que lo dejes, te digo.

Obedeció Julián, y, después de preguntar á su amo si deseaba algo, salió de la habitación.

—Su criado debe quererle mucho.

—Sí... mucho.

—Qué pensará de mí.

—Ya se librará muy mucho de pensar nada que no sea bueno.

—Vamos, siéntese usted para tomar el caldo—dijo Paquita al mismo tiempo que se aproximaba á la mesilla de noche, donde Julián había puesto la bandeja.—Está usted muy débil; la conversación le perjudica y yo voy á retirarme en cuanto se tome esto.

Paquita, de pie junto á la cabecera del lecho, con la bandeja en la mano, esperaba á que Alfredo cogiese la taza.

—Vamos...—exclamó cariñosamente, dando larga extensión á esta palabra.

Alfredo, apoyándose en el brazo izquierdo, se incorporó un poco.

—Está muy caliente—dijo.

—No está caliente, no; está para tomarse.

—Pruébelo, verá como se engaña. ¡Lo veo yo humear!

Paquita cogió un poco de caldo con la cucharilla y la llevó á sus divinos labios. Alfredo, sonriendo, dijo:

—Ahora es cuando está para tomarse.

—¡Qué chiquillada!—replicó la modista poniéndose muy encendida.—Ande, ande... que se está haciendo muy tarde.

—¿Cómo quiere usted que coja la taza, si estoy apoyado en el brazo sano?

—Llamaré.

—¿Para eso?

—Vamos..., que es usted un enfermo... que ya... ya...

Paquita cogió la taza y la acercó á los labios del paciente; éste, clavando sus ojos en el rostro de la joven, bebió á pequeños sorbos.

Paca se sentía sofocada.

—Su mano tiembla, Paquita.

—Bueno; deje usted mi mano en paz, y termine pronto.

—¡Qué poco cariñosa es usted!

—Más de lo que debo.

—Tenga usted en cuenta que si me veo en este estado es por haberla defendido.

—¡Ay, lo que daría yo por que estuviese bueno y sano!... Vamos: el jerez, y á dormir.

Alfredo se recostó en los almohadones, con visibles pruebas de cansacio.

—¿Se siente usted mal?—preguntó Paquita con interés.—¿Quiere que llame?

—No, no..., no es nada; un poco de mareo.

—Yo tengo la culpa: tanto charlar...

—No, usted no; usted me ha hecho mucho bien con su visita.

—Procure dormir... Adiós.

—¿Se va?

—Naturalmente. Obedezca á los que le cuidan..., y perdómeme, ya que por mi culpa está usted así... Yo no olvidaré nunca que gracias á su generoso auxilio no me vi maltratada.

—Sufrir por usted... ¡Qué alegría!

En el reloj del despacho sonaron las nueve.

—¡Las nueve!—dijo Paquita.

—¿Cuándo va usted á volver?

—No lo sé—respondió Paca, después de breve vacilación.

—Mañana.

—Es muy pronto.

—¡Es muy tarde! Mañana—volvió á repetir Alfredo con tono suplicante, al mismo tiempo que, cogiendo una mano de la joven, la oprimía dulcemente.

—Bien, sí..., mañana; pero suelte, puede entrar el criado... ¡Por Dios, Alfredo!...

—Hasta mañana. ¿Vendrá?

—¡Vendré!

Alfredo, oprimiendo con un movimiento nervioso la mano que tenía entre las suyas, la llevó á sus labios y estampó en ella un apasionado beso. Paquita, estremeciéndose de pies á cabeza, la retiró con un brusco tirón. Llamó él con el timbre, y Julián se presentó.

—Acompaña á la señora.

IX

Substanciosos, y para todos los gustos, fueron los comentarios que se hicieron en la cocina, no bien Julián recibió la orden de su señor de retirarse á cenar. Su entrada en dicho lugar fué recibida por Anita, la doncella, y Generosa, la cocinera, con grandes muestras de satisfacción. ¡Por fin iban á saber! Hora y media de curiosidad es, para la mujer, carga que la pone en condiciones de estallar como una bomba. Hasta entonces todo había sido conjeturas... malas, pero nada más que conjeturas: era preciso saber, tener perfecto conocimiento del asunto, para no errar el sitio donde debiera clavarse el diente. Por esto las dos mujeres no pudieron ocultar su alegría al ver entrar al viejo ayuda de cámara.

La primera en hablar fué Anita, muchacha de unos veinte años, bastante bonita, un mucho presumida y no poco descarada.

—¿Se ha marchado ya?—preguntó.

—Te importará gran cosa saberlo—respondió cachazudamente Julián.

—Ya empieza usted como siempre—agregó la cocinera, que conservaba, en habla y maneras, la chulería de los barrios donde se había criado.

—Calla, mujer... ¡No he visto un hombre más poco amigo de enterarle á una de nada!...

—¿Quién es?

—Una mujer.

—Miren qué gracioso—refunfuñó Generosa.

—Si tanto os interesa saber quién es, podéis ir á preguntárselo á ella; yo no sé más sino que es una mujer; mejor dicho, una señora.

—No ponga usted motes—dijo desdeñosamente la doncella.

—Ahí va... *Cuidao* con los coches—agregó la cocinera—. A cualquier trapo le llaman camisa.

—Y no solamente es una señora, sino que lo parece; cosa, ésta, indispensable para serlo del todo.

—Las apariencias engañan—replicó desdeñosamente Anita.

—*Pa* mí que usted tiene cataratas—gruñó Generosa.

—Tendré todo lo que os dé la gana; pero sacad la cena, que tengo que irme á cuidar al señorito.

Preparada la mesa, Generosa puso en ella la cena. Las dos mujeres, valga la frase, que no habían visto satisfecha su curiosidad, volvieron á insistir con el mismo encarnizamiento que moscas á reluciente calva.

—Diga usted, Julián...: ésa será la... púa que el señorito se metió á defender, y por la cual se ve en la cama con los huesos rotos; ¿verdad?—preguntó la cocinera.

—Claro, mujer —respondió precipitadamente

Anita.— ¿Quién querías que fuese? ¡Qué suerte tienen algunas!

—Más que tú, con seguridad—mascullò, con la boca llena, Julián.

—¡Bueno!... A ver si es que se va usted á creer que le tengo envidia.

—*Pué* que Julián se la tenga al marido.

Las dos sirvientas lanzaron sendas carcajadas.

—No he pensado nunca en casarme... porque siempre me ha gustado vivir tranquilo; pero, si alguna vez lo hubiese hecho, habría elegido una mujer que, en el aspecto, se pareciese á ésa: en la cara lleva retratada la bondad.

—Vamos... ¡y que tenga una que oir esto!

—Sea usted mujer *honrá*. ¿Qué se adelanta?

—Que venga una... cualquiera—añadió muy sofocada Anita—; porque, ya ve usted lo que será una mujer que viene á ver á un hombre, siendo casada—, y que se la pasen á una por las narices, como una alhaja: eso es lo que se adelanta con la honradez.

—¡Hija!... así son los hombres. Luego, si les sucede una desgracia, se quejan.

—Lo que pasa, es que ya podía el señorito tener en cuenta que en su casa hay mujeres solteras, y no darnos estos ejemplos.

Aquí llegó á su fin la paciencia de Julián que, con muy mal talante, expresó su opinión sobre la libertad en que cada uno estaba de largarse cuando le pareciese conveniente á otra parte; porque, en lo tocante al señorito, hacía lo que le daba la gana,

como todo el que está en su casa, y lo que hacía bien hecho estaba. Este fué el punto final de la conversación.

Los comentarios nada piadosos de las dos mujeres llegaron á su colmo cuando, al día siguiente, el señorito mandó que se limpiase en el despacho y en el gabinete como si él no estuviera enfermo; que se abriese y ventilaran bien las habitaciones, según costumbre; que se avisara á la tienda de flores de la calle de Alcalá para que mandasen claveles y rosas en abundancia, y que estas flores se colocaran en el despacho, en el gabinete y... hasta en la misma alcoba. «¡Señor, hasta en la misma alcoba! ¡Aquello era el acabose! ¿Qué tal sería la muy... para que el señorito mandase poner un gran manojo de rosas sobre la mesilla de noche? ¡Ciego tenía que estar el que no viera una cosa tan clara!»

«¡Y que no le había dado poco fuerte al señorito! Con la cabeza rota y un brazo en cabestrillo, ¡aun tenía humor para pensar en esas cosas! ¡¡Qué hombres!! ¿Y ella? ¡Buena estaba ella también! No tener conciencia del estado en que él se hallaba... Pero, sí... sí: en seguida iba á dejar la muy pécora que se le escapara. Con cuatro arrumacos, sabe Dios los dineros que le estaría sacando... ¡Y sea usted mujer honrada, para ganar treinta pesetas al mes, trabajando como una burra, y no ser más que una triste doncella... de servicio! ¡Bueno estaba el mundo... bueno... bueno!»

Paquita, muy á pesar suyo, pasó gran parte de aquella noche pensando en Alfredo. Sentíase segura de sí misma, es cierto; pero comprendía que Alfredo ganaba cada vez más terreno en su corazón; en éste ya no quedaba ni rastro del único, del verdadero dueño: de Bernardo. Con amargas lágrimas hubo de confesárselo Paquita. Semejante situación érale insostenible. Su dignidad, su pudor se revelaban contra aquella traidora intromisión en su desdichada vida. «¿Quien era Alfredo? ¿Qué derecho tenía para cruzarse así en su camino?»

Estas y otras muchas preguntas hacíase Paquita, sin acertar á darse respuesta alguna, aunque todas ellas fuesen bien fáciles de contestar.

¿Quién era Alfredo? Un hombre joven, de buena presencia, rico, sano, de rostro afable, de mirada bondadosa, de voz insinuante y finas maneras, de exquisita galantería y absoluta corrección.

En lo moral, era un hombre candoroso, á pesar de su gran experiencia de la vida. En su corazón sano, exento de rencores y de amarguras, había siempre un sentimiento de indulgencia para los defectos de los hombres; en cuanto á las mujeres, diríase que no se resignaba á creer en su índole pérfida é interesada. Alfredo, al hablar con una mujer por primera vez, hacíalo siempre con la ingenuidad y confianza de los primeros años, y sólo cuando, en el transcurso de la conversación, iba descubriendo en aquella mujer los mismos defectos que en las demás, tornábase de niño en hombre; de candoroso en experimentado.

La que supiese mantenerle en el primer estado, sin despertar su suspicacia, haría brotar en su corazón el amor más grande que mujer alguna pudiera inspirar.

¿Por qué se interponía en su camino? Porque esa mujer era Paquita. Ella era la que había sabido encender en el pecho de Alfredo aquel bello sentimiento.

A esta idea, Paquita se rebelaba con ardor, con ira... Una mujer casada debe ser sagrada para todo el mundo; poner tropiezos en su camino para que caiga, es un crimen horrible... ¡Ah!, pero ella estaba segura de sí misma. Iba á casa de Alfredo, porque la gratitud no es cosa prohibida á una mujer honrada; pero en cuanto se restableciese, dejaría de verle. Comprendía que su corazón llevaba la peor parte en aquella contienda; pero ella sabría sobreponerse y hacerle comprender cuál era su deber. El pequeño Bernardito se aparecía ante sus ojos tendiéndole las manitas y suplicándole que no amase á nadie sino á él.

Aquella mañana madrugó más de lo acostumbrado; anhelaba respirar el aire fresco del amanecer. Asomada en la ventana, respirando el aroma de los claveles, dejó que su mirada vagara por el espacio infinito. La brisa matinal, acariciando su tersa frente, causábale un bienestar inefable, y parecía arrancar de ella los traidores pensamientos que le abrumaban.

Despeinada, á medio vestir, dejando ver, con descuido, la blancura de su pecho, Paca estaba be-

llísima. Su aniñado rostro, que aún no perdiera los juveniles arreboles, al adquirir aquel tinte de amargura que desde algún tiempo lo ensombrecía, habíase tornado soñadoramente interesante. Al salir de la cama, reparadas las fuerzas y aquietado el espíritu, estaba aún más bella que al acostarse...

La idea de que el trabajo faltaba, y era preciso buscarlo, acudió bruscamente al pensamiento de la joven. Dando un profundo suspiro, se retiró de la ventana para entregarse al arreglo de las habitaciones, primero, y, después, al de su persona. Terminado éste, dispúsose á almorzar sobriamente una onza de chocolate crudo y un poco de pan. Mientras sus pequeños y blanquísimos dientes mordían con ahinco de ratón, maduraba su plan y hacía mentalmente el itinerario que pensaba seguir para recorrer obradores; al final iría á esperar á su hermana á la salida del suyo, para ver si sabía de algo.

Recorridos por Paquita todos aquellos talleres donde más probabilidades tenía de encontrar trabajo, sufrió la decepción de no hallarlo en ninguno: en todos sobraba gente. Madrid, en verano, se queda desierto. A excepción de cuatro personas cuerdas, que prefieren pasar por cursis á entramparse, y de todos aquellos que ni aun este recurso tienen para irse de veraneo, los demás se ausentan..., aunque no tengan ganas.

Clara tampoco había obtenido mejor resultado en sus gestiones; gracias que ella, por ser muy antigua, continuase en su taller, que si no... ¡á morir por Dios!

La buena y cariñosa hermana tuvo que agotar todo el repertorio de sus francas exclamaciones para demostrar á Paquita que no debía apurarse. Ellos, que en lo estrecho vivían, se estrecharían más, y asunto concluído.

—Cuando se te acaben esos cuartos que tienes, me avisas..., pero me avisas, ¿entiendes? A ver si, por no decírmelo, te vas á pasar sin comer. ¡Como yo supiese que tal hacías, ibas á saber quién es tu hermana!

Cuando Paca regresó á su casa, la señora Gertrudis, caladas las gafas, cosía en el portal, sentada en una silla baja; en otra, un poco más alta, tenía los menesteres propios de la labor. Al ver llegar á su inquilina, subióse las antiparras á la frente y quitó de la silla-costurero todo cuanto en ella había, para que se sentase. Paca así lo hizo. Con el pañuelo se limpió el ligero sudor que humedecía su rostro.

—¿Has encontrado algo?—preguntó la portera con maternal interés.

—Buenas razones, y pare usted de contar.

—Bueno; pues no te apures: Dios aprieta, pero no ahoga.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verás—dijo la señora Gertrudis, dando muestras de gran satisfacción—: esta mañana, con motivo de las obras, tuve que subir á casa de Doña Teresa, la del principal, y hablando... hablando, ¡mira tú lo que son las cosas!, me preguntó si conocía alguna modista que fuese económica, para que les

arreglara unos trajecillos á las niñas. Como comprenderás, lo que ella tardó en decírmelo es lo que yo tardé en contestarle que en la misma casa vivías tú. Esta tarde he quedado en subir contigo, para que te lleves la obra.

—Muchas gracias, señora Gertrudis.

Al hablar así, el pensamiento de Paca parecía estar muy lejos de ella y ocuparse en cosas muy distintas á los vestidos de aquellas niñas.

No se le escapó á la portera la poca alegría con que fuera recibida su noticia, y por ello se sintió ofendida; pero abstúvose de manifestarlo, limitándose á mascullar algunos reproches y lamentaciones contra tan fría acogida.

—A las cuatro será buena hora, ¿verdad?—preguntó Paquita, súbitamente, levantándose de la silla.

—Sí... á esa hora he quedado en que subiríamos.

—Pues, hasta luego... y muchas gracias—contestó Paca, lanzándose escaleras arriba, sin aguardar respuesta.

La modistilla, no bien entró en su casa, deseosa de refrescar el abrasado cuerpo, se despojó de las ropas hasta quedar en camisa. No se crea que todo era en ella modestia y economía; nada de eso: Paquita era propietaria de un gran barreño, de una soberbia esponja y de un frasco que, si en otros tiempos contenía jarabe, entonces guardaba un real de agua de colonia.

Estos objetos salieron á relucir de los distintos lugares en que estaban guardados. Paquita llenó el

barreño de agua de la tinaja, echó en ella la esponja y puso sobre una silla, una toalla y el citado frasco. Sola, sin cuidado alguno acerca de su persona, se quitó la camisa y se metió en el agua.

La esponja, chorreando, corrió por todo aquel delicado cuerpo, de carnes duras y sonrosadas, produciéndole tiritones y estremecimientos que le obligaban á contraerse para soportar la impresión. Terminada la operación, que fué larga, secóse lentamente con la toalla, y después se friccionó con la colonia.

Ya vestida, sintiendo el bienestar y el frescor incomparables del aseo corporal, dispúsose á condimentar el almuerzo.

A medida que avanzaba el día, el pensamiento de Paca iba fijándose en la promesa que había hecho de ir á visitar á Alfredo.

A las cuatro se hizo cargo de la costura que le confiara la señora del principal. La ofendida portera hubo de desarrugar el entrecejo al ver la alegría de la muchacha y al oir sus frases de agradecimiento. Aquella costura resolvía, por el pronto, al pavoroso problema planteado el día antes con la falta de trabajo en el obrador.

La linda modista pensó empezar al instante el arreglo de los vestidos; pero recapacitando que tendría que suspenderlo en seguida para ir á casa de Alfredo, decidió dejarlo para cuando regresara.

X

Paquita sufrió la primera sorpresa al abrir Julián la puerta. El ayuda de cámara, tan serio y estirado el día antes, acogióla esta vez con semblante afable; y al saludo de la joven respondió con un «pase usted, señora», que hubo de chocarle grandemente. En aquel «pase usted, señora», había, á la par que respeto, familiaridad, cariño... algo que ella no acertaba á explicarse. La actitud del criado parecía ser la de aquel que reconoce autoridad, influencia, predominio en otra persona.

«No, pues ella no tenía autoridad ni influencia alguna en aquella casa, á la que sólo la gratitud encaminaba sus pasos. ¿Por qué le llamaba señora? Ella no estaba *hecha* á oirse llamar así; aquel ceremonioso trato causábale gran inquiedud y desconfianza. En su oficio, cuando iba á una casa rica, como aquélla, á probar algún vestido, los criados decían «la modista», y las señoras, «Paca ó Paquita». Es verdad que el día anterior, Alfredo había dicho al criado: «Acompaña á la señora»; pero esto era natural; no tenía otro medio de nombrarla. Haber dicho «acompaña á Paquita... á esta joven» ú otro cualquier término, hubiera sido tomarse una confianza que no tenía, ni mucho menos.

La segunda sorpresa, la experimentó al entrar en el despacho.

«Cuantas flores —pensó—. ¿Por qué será esto?»

Cuando Julián, desde la puerta del gabinete, indicó á Paquita que podía pasar, ésta hizo la misma observación en aquella pieza, y luego en la alcoba.

Alfredo, incorporado, apoyándose en el brazo sano, esperaba con ansiedad la entrada de la joven. Cuando ésta hizo su aparición, aquél tendió su mano izquierda para estrechar la de ella que ó él no entendía ni jota en asunto de manos femeniles, ó era más pequeña, más fina... mejor formada que el día anterior.

Junto á la cabecera de la cama había una silla; en ella se sentó Paquita.

La emoción entorpecía las lenguas que no acertaban á romper el silencio. Alfredo fué el primero en hablar.

—Dudaba de su palabra; creí que no vendría.

—Las aragonesas no faltamos nunca á lo que prometemos.

—¿Es usted aragonesa? Loado sea Dios...: ahora me explico muchas cosas.

—Para eso, no creo que haga falta ser aragonesa—respondió Paquita, dándose cuenta de que Alfredo se refería á su actitud en las primeras conversaciones que con ella había tenido—. ¿Y cómo se encuentra usted?— añadió en seguida, sin dar lugar á la respuesta.

—En este momento, en la gloria.

—¡Vaya por Dios! ¿Ya empezamos?

—No fuera malo llegar al principio...

—¿No le duele á usted el brazo?... ¿Ni la frente?

—No me duele nada absolutamente. En su presencia, no parece sino que males y calamidades cesen, para dar lugar á un bienestar incomparable.

—Vaya... vaya... ya se nota que aun está usted muy débil y que la cabeza no rige.

—No es mi cabeza, es mi corazón el que habla. Al sentirla á usted tan cerca, parece que quiere saltar del pecho para ir á ponerse á sus pies.

—¡Huy!... ¡cómo está usted, hijo mío!

Paquita, sin advertirlo, empezaba á usar de frases familiares en su conversación.

—No tome usted á broma mis palabras; usted no sabe lo que sufro, Paquita.

—¿Y cómo quiere que las tome, si no es á broma?

—En serio.

Paca suspiró de un modo imperceptible. Rehaciéndose, como si á ella misma le causara alarma su decaimiento, levantó graciosamente la cabeza y preguntó:

—¿Le ha recetado el médico que llene de flores estas habitaciones?

—No ha sido el médico.

—¿Pues quién?

—¡El corazón! El ha sido el que me ha dicho: llena de flores estas habitaciones tan tristonas; las tienes muy bien amuebladas, pero están sombrías...; no hay en ellas nada que dé la sensación de la vida, de la alegría. Ese ser invisible que en tus largas ho-

ras de soledad te acompaña... y cuida de ti, ama mucho las flores; siémbralas á su paso, para que su dulce perfume, acariciándole los sentidos, despierte en ellos el anhelo de gratas emociones.

—¡Tiene usted un corazón muy hablador!—respondió Paquita haciendo esfuerzos sobrehumanos para aparecer tranquila.

—Tengo un corazón que empieza á sentir la soledad en que vive.

—Pues vaya un inconveniente: cásese. No tiene usted perdón de Dios: siendo joven y rico, ya debía haber hecho la felicidad de alguna mujer.

—La he buscado con afán...

—¿Y no la encontró?

—No.

—Será usted muy exigente. Ustedes los ricos, para casarse, no piensan más que en el dinero.

—No somos nosotros solamente...

—¿Son ellas?

—Tal vez.

—Búsquela entre las pobres.

—También lo hice en ese medio.

—¿Y tampoco encontró ninguna?

—Sí.

—¿Sí? Pues á la iglesia, á la iglesia con ella.

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Ella no puede casarse.

—Lo está ya...

—Sí.

—¡Habiendo tantas solteras! Los hombres siem-

pre van tras lo imposible — dijo Paca con intención—. Si es casada, su deber es dejarla, no perseguirla, no despertar en ella sentimientos que podrían hacerla desgraciada... ¡Cuántas otras podrá encontrar!

— Como ella, no hay ninguna — replicó Alfredo con vehemencia poco acostumbrada.

Paquita se puso densamente pálida, y sus labios temblaron ligeramente. Alfredo, con el mismo fuego que pusiera en sus primeras palabras, continuó diciendo:

—Ella es tal, que cautiva, que atrae, que sujeta con cadenas, á la suya, la voluntad de los demás. Ella es hermosa sobre toda ponderación, ella es buena...

— ¡Oh, por Dios! — dijo Paquita levantándose bruscamente, al ver que Alfredo, inclinándose en el lecho, trataba de cogerle una mano.

Retirándose algunos pasos, y vuelta de espaldas, la modistilla pasóse ambas manos por la frente.

Hubo un momento de silencio. Alfredo, recostándose en los almohadones, cerró los ojos. Paquita, inquieta por aquel mutismo, volvióse hacia el lecho, y viendo á Alfredo en aquella forma, se aproximó precipitadamente.

—¿Qué tiene usted? ¿Se siente mal? — preguntó con inquietud.

Alfredo, con un movimiento de cabeza, dijo que no; con la mirada, rogó á la joven que se sentase nuevamente.

Tras de breve pausa, que sirvió para que los espíritus se aquietasen, Alfredo dijo:

—Quisiera hacer á usted una pregunta.

—¿Cuál?

—Más que una pregunta, es un ruego. Conozco, á grandes rasgos, su historia... ¿Quiere usted referírmela por completo?

—Vaya una cosa—replicó Paquita cobrando ánimos—. Yo no tengo historia digna de mención.

—Refiérame su vida...

—Mi vida no tiene nada de particular.

—No importa; para mí sí lo tendrá: cuéntemela.

—Pero, ¿qué le voy á contar, hombre de Dios?

—Tenga usted presente que estoy malo..., y que á los enfermos hay que tratarlos con mucho cariño.

—No está usted mal enfermo, no... Bueno; pues le contaré que vivíamos en Zaragoza, donde mi padre estaba colocado de cobrador en una Casa de seguros; que mi hermana Clara y yo aprendimos el oficio de modistas; que á mi padre lo trasladaron á Madrid, á la Casa central; que vinimos todos; que aquí las dos hermanas entramos como oficialas en un taller, para ayudar con los jornales á la casa, como hacíamos en Zaragoza; que dentro de nuestra vida modesta, vivíamos felices y contentos, porque, en mi casa, el mayor bien que siempre hemos tenido es el cariño que nos profesamos..., y... nada más. ¿Ve usted qué historia más interesante?

—¿Cómo se casó usted?

—Como las demás...

—Me lo figuro; no es eso lo que pregunto; ya me entiende...

—Pues, ¿cómo me había de casar? Mi marido vivía cerca de nosotros; solíamos encontrarnos con frecuencia; empezó á hacerme el amor... Supongo que no le hará falta saber las cosas que me decía para hacerme el amor... Él era simpático, muy agradable..., y...

—Se declaró á usted.

—Se declaró.

—Y usted le dijo que... sí.

—Le dije que sí.

—Y se enamoró perdidamente...

—Tanto como enamorarme, no. En mi casa veían con mucho gusto aquellas relaciones; él era simpático...

—Y agradable, sí; ya me lo ha dicho usted antes.

—¿Le molesta?

—Para qué repetir las cosas.

—Bueno; pues entonces le diré que era honrado, trabajador, y que no carecía de educación y buenas costumbres.

—Jamás vi un portento semejante: simpático, agradable, honrado, trabajador, bien educado, con buenas costumbres... ¡Siga..., siga usted!

Paquita se sonrió al oir el tono de contrariedad de Alfredo, y continuó de este modo:

—Mis padres decían que ni buscado con candil, se podría encontrar un marido mejor para mí: obrero como yo: su oficio, electricista; un oficio fino, como el mío; su educación compatible con la nues-

tra... Total: que viendo yo que mi casamiento era un bien para todos, y habiéndole tomado algún cariño á mi novio, como creo que ya he dicho...

—Es igual.

—... pues, nos casamos.

—En mala hora.

—Tal vez. Mi marido fué un modelo de maridos... hasta que, no sé cómo, cayó en el vicio de la bebida... Lo demás, ya lo sabe usted. Hice cuanto pude por llevarlo al buen camino; jamás me quejé de su conducta brutal; y pensando que lo que el uno dejaba de hacer, debía hacerlo el otro, volví al taller, que mi marido me obligó á dejar cuando nos casamos, y trabajé para ganar, no lo que él ganaba, que era un gran jornal, sino una miseria. Mi padre fué acometido de la enfermedad que le tiene postrado, y también dejó de ganar. Mi hermana y yo arreciamos en el trabajo cuanto pudimos... Muchas desgracias pesaban sobre nosotros; pero aun éramos felices, porque estábamos juntos... Hoy, ni eso...

—Es usted admirable.

—Soy lo que se debe ser...

—No, Paquita; es usted una mujer superior á las demás.

—Cuántas habrá que valgan más que yo.

El relato que, con sencillez suma, sin efectismos de ninguna clase, acababa de hacer la joven modista, concluyó de inflamar el corazón de Alfredo. Comenzó á idealizar la figura de aquella mujer, elevándola hasta las nubes. Sin cesar descubría en ella nuevos encantos, tanto materiales como morales.

—Ya sabe usted mi historia.

—Y á propósito: ¿cómo ha venido usted hoy tan temprano? ¿Y el taller?

—¿El taller?—dijo Paquita con un tono indefinible—. El taller..., el taller..., ¡se acabó! En esta época del año es muy corriente...

—¿Es decir, que está usted sin trabajo?

—Sí. Es decir, sin trabajo completamente, no: tengo algunas cosillas particulares.

Alfredo se revolvió en la cama con inquietud; en su cerebro parecía librarse una lucha cruenta.

Paquita, al observarlo, preguntó con curiosidad:

—¿Qué le sucede á usted?

—¡Qué quiere que me suceda! En este momento me dan asco mis riquezas.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me sirven para nada.

—¡Que no le sirven para nada?

—Para nada — replicó Alfredo con creciente malhumor.

—Pero ¿á qué viene eso ahora?

—¿A qué viene? A que yo no puedo consentir que usted, tan buena, tan abnegada, pase privaciones... miseria. Paquita, yo se lo ruego: déjeme proceder con arreglo á mis sentimientos...

—¿Quién se lo impide?

—Usted, que con sus locas teorías cree que una mujer casada no puede recibir merced alguna de ningún hombre que no sea su marido.

—¿A eso le llama usted locas teorías?

—Sí; porque hay casos en que esas teorías no deben tenerse en cuenta.

—En éste, sí; hasta la fecha nada me hace falta; tengo algún dinero, y el trabajo que me han dado me proporcionará más.

—¿Y cuando eso falte?

—Cuando eso falte... pues... No, no tenga usted cuidado, no faltará.

Inútiles fueron los ruegos, las súplicas de Alfredo, para que, al menos como anticipo, aceptara alguna cantidad. Paca fué irreductible en este punto.

Cuando se hallaban empeñados en tal discusión, se presentó Julián, á pedir permiso al señor para servirle el chocolate.

Concedido aquél, no por Alfredo, sino por Paquita, retiróse el ayuda de cámara para volver á los pocos momentos con una bandeja en la que llevaba el chocolate, un vaso de leche, etc.

Ayudado por Julián y Paca, Alfredo se sentó en la cama. Cogió ella uno de los almohadones y lo puso sobre las rodillas del enfermo; después, tomando la bandeja de manos del ayuda de cámara, la puso, procurando sentarla bien, sobre el almohadón.

—Así está mejor —dijo.— El chocolate estará clarito, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió Julián.

Amo y criado miraban con afecto creciente á aquella encantadora criatura en cuyos actos se destacaban siempre la naturalidad y la sencillez más admirables.

Cuando quedaron solos Paca y Alfredo, éste,

mojando un bizcocho en el chocolate se lo ofreció á la joven, que, al pronto, no quiso aceptar.

—Va usted á manchar la ropa.

—Usted tendrá la culpa.

Paquita, cogiendo el bizcocho, mordió la parte empapada, é inocentemente, devolvió el resto á Alfredo.

—Manjar delicioso el que voy á llevar á mi boca —dijo él, hundiendo el resto del bizcocho en el chocolate y comiéndoselo con fruición.

Paquita, honrada en sus ideas como en sus actos, al darse cuenta de aquella nimia intimidad, se puso roja como una amapola.

La luz empezaba á faltar en la habitación. Ni uno ni otro se dieron cuenta de que anochecía.

Cuando Julián retiró la bandeja, con todos los menesteres, Paquita ayudó á Alfredo á recostarse y arregló el embozo de la cama. Contemplábala él embelesado. Amor, respeto, admiración y un algo de deseo, eran los sentimientos que, mezclados, agitaban su corazón.

—¿Quiere usted hacer el favor de dar luz en el gabinete? —dijo Alfredo.

Paquita, al oirle, sufrió un gran sobresalto.

—¿Luz?—replicó con espanto.

—Anochece... y apenas nos vemos las caras.

—¡Ya de noche... y yo aquí! Pero ¿cuántas horas hace que he venido?

—¿Horas? ¡Minutos! Acaba usted de llegar.

Paquita se dispuso á marchar. Alfredo, como la tarde anterior, retúvola por la mano, tratando de

arrancarle la promesa de volver al día siguiente. Larga fué la porfía; pero, al fin, venció Alfredo, bien que para ello tuviese que sacar el cristo de su enfermedad, añadiendo que si no iba, se dejaría morir de hambre.

Paquita, pues, ofreció volver. En el paseo encendían los faroles. Paca, al salir, llevaba en sus manos un manojo de rosas...

XI

La casa había quedado libre de andamios y trabajadores. Los inquilinos entregábanse con verdadero ardor á la meritoria tarea de limpiar sus respectivas moradas.

Por todos cuantos huecos daban á la calle, patios y escalera, veíanse mujeres sucias, desgreñadas ó, á lo sumo, cubierta la cabeza con un pañuelo, esgrimiendo zorros, escobas, etc.

Paquita era de las que con mayor ardor se hallaba entregada á tan laudable tarea. Desde por la mañana temprano no cesaba de barrer, sacudir y fregar.

La colmena desprendíase de la costra de cal que durante treinta días fuera acumulándose lentamente sobre ella.

La portera, en unión de otra mujer, vieja también, aunque no tanto como ella, entendíaselas con la escalera y el portal.

La habitación de Paca empezaba á brillar como el oro. Las paredes habían sido estucadas: la joven se había opuesto terminantemente á que fuesen empapeladas, mucho más con el papel de treinta céntimos el rollo que quería emplear el administrador;

el papel cría chinches... y bastantes tenía ya la casa. Este reproche hizo bramar á Don Anselmo: —«¡No pagar el alquiler, y atreverse á decir que la casa tenía chinches!... ¡Buena estaría la limpieza de la inquilina!»

¡Pobre Paquita!... Limpia era como la que más; no había motivo para abrumarla con tal acusación. ¡A ver quién era el guapo que encontraba uno solo de aquellos repugnantes insectos en su cama!... Pero ¿qué podía su refinada pulcritud contra los infinitos agujeros y grietas de las viejas paredes? Por eso pidió que le estucasen la habitación. El suelo, embaldosado de nuevo, era objeto, en aquel momento, de los cuidados de Paca, que, con jabón y arena, amenazaba deslustrarlo, á fuerza de restregar con estropajo.

Concluída la nunca bastante ponderada tarea de limpiar la casa; cuando la luz, al reflejarse en suelo y paredes, hería la vista, la muchacha, dándose por satisfecha, entregóse á la del aseo de su persona. Cual si toda la porquería se hubiese acumulado sobre su cuerpo, lo restregó con la esponja, sin piedad. Tres veces cambió el agua del barreño y, aun así, cuando pasaba las manos por su rosada y fresca piel, no la encontraba bastante suave.

Un mes habían durado las obras; el término de ellas coincidía con el restablecimiento de Alfredo; aunque, si á investigar se fuese, tal vez se averiguara que no fueron sus dolencias, sino su voluntad, la que había retrasado el alta del médico. La completa curación era la señal del término de las visitas

de Paquita; así se lo había hecho saber la joven, y no dudaba que lo cumpliría. ¡Que no era terca la niña!

Ni un solo día había dejado de ir á casa de Alfredo. Protestaba, en su interior, de tales visitas...; pero iba... Aquellas visitas habían llegado á constituir para la modistilla una obligación tan grata que, no sin cierto pesar, veía llegar su término. Procuraba sobreponerse al disgusto que ello le producía, y se esforzaba en demostrarse ella misma que, lejos de entristecerse, debía estar contenta; pero... hay cosas que no tienen demostración posible.

Grande, aunque respetuosa, era la confianza que entre ambos se había establecido en aquel tiempo. Más de una vez se había visto Paca sorprendida por inocentes y delicados obsequios, que no había podido rechazar. Un día, al llegar á su casa, se encontró con que á la señora Gertrudis le habían regalado un hermoso rosal, y como no tenía balcón ni ventana donde ponerlo... pues se lo regaló á ella.

Bien comprendía Paca de dónde venía aquel obsequio; pero el *muy pillastre* lo hacía de una manera que no quedaba más remedio que admitirlo.

Cuando ella le hablaba del asunto, él, poniéndose la mano sobre el corazón, juraba que nada tenía que ver en semejante cosa.

En aquellas entrevistas, si unas veces parecían dos enamorados, otras podía juzgárseles como enemigos irreconciliables. En el primer caso, Alfredo sentíase feliz y esperanzado..., hasta que alguna negativa rotunda, ó alguna frase seca, escueta...,

convincente, de la muchacha, daba al traste con sus ilusiones; en el segundo, desesperado, aseguraba que, *para eso,* valía más que no fuese á verle. No verla..., no hablarla..., no sentirla, era preferible mil veces. Paca, asintiendo á tales ideas, decía que era verdad, que no debía volver..., y que no volvería. Entonces él suplicaba con acento de contrición, hasta que obtenía de la joven la promesa de ir al siguiente día. Ante aquella concesión afirmaba, gozoso, que el verla, el oirla, el sentirla, era la única dicha de que disfrutaba en la vida.

Peligroso era el juego para Paca, que, atenta sólo á su honrado sentir, creíase segura, y no se daba cuenta de que, de concesión en concesión, iba perdiendo terreno. Alfredo, ciego, como todo buen enamorado, no obstante su experiencia, no se percataba de los alarmantes progresos que su causa hacía en el corazón de Paquita; no sólo no se daba cuenta, sino que la consideraba perdida completamente.

La modistilla, aquella tarde, al llegar la hora acostumbrada de ir á casa de Alfredo, se vistió más despacio que de costumbre; sin advertirlo, ponía mayor cuidado en el atavío de su persona: sus manos pasaron y repasaron veinte veces por el peinado, por la falda, por la blusa; su graciosa cabeza volvióse repetidas veces á uno y otro lado, ante el pequeño espejo.

Dado el vistobueno al atavío, salió á la calle, procurando dar á su semblante una expresión de contento que no sentía.

Las seis y media eran cuando llamaba en casa de Alfredo. Al abrir Julián la puerta de la escalera, aquél abría la del despacho. Paca, satisfecha, avanzó en línea recta hacia él.

Vestía Alfredo traje de americana. Estaba intranquilo. Después de las naturales frases de saludo, la situación se presentó violenta. El principio de aquella entrevista, que debía ser la última, era difícil. La conversación, tan fácil de entablar en otras ocasiones, *no salía;* ninguno de los dos se resolvía á empezarla, no por falta de materia, sino por temor.

Paquita, procurando dar á sus palabras la mayor naturalidad posible, fué la que rompió el silencio:

—Al fin, después de haber hecho una buena acción, después de haber sufrido, por mi culpa, tantos días, está usted restablecido y en condiciones de echarse á la calle, según veo... Quizás he llegado á detenerle...

Alfredo, que paseaba por el despacho, detúvose ante Paca, mirándola fijamente.

—No es humano, no es caritativo burlarse de los que sufren. Decir que ha venido usted á detenerme es hacer escarnio de mi desesperación; y en cuanto al traje, usted comprenderá que lo mismo sirve para salir á la calle que para estarse en casa... que para tirarse de cabeza á un pozo: ninguna de las tres cosas es natural hacerlas desnudo.

Paca, siguiendo con dulce mirada á Alfredo, que había reanudado sus paseos, respondió:

—Enteramente parece que tiene usted veinte

años, en vez de treinta y seis... ¿No son treinta y seis?

—Sí, señora: treinta y seis... No veo la relación que pueda existir entre los años que tengo y lo que me pasa—replicó Alfredo con admiración.

—Pero... ¿qué es lo que le pasa á usted? Venga acá, siéntese á mi lado y deje los paseos para luego... ¡Tiempo tendrá usted de pasear!

—Sí, seguramente que tendré tiempo de pasear... y de tomar el fresco... y de tirarme por el viaducto—dijo Alfredo sentándose en el soberbio diván en que estaba ella.

—Vamos á ver: ¿qué le he hecho yo para que me reciba con ese aire tan fosco, tan huraño?

—¿Qué me ha hecho usted? Meterse aquí, aquí dentro, en el corazón... ¿Le parece poco? ¿Por qué vino usted á verme? ¿Por qué no pagó religiosamente sus alquileres, como es deber de todo buen inquilino?... No, no ponga usted esa cara de asombro; demasiado sabe el sentido en que se lo digo; demasiado sabe que todo cuanto yo tengo sería suyo, si lo quisiese. Si usted no hubiera venido á verme, yo no la habría conocido, y seguiría siendo, relativamente, dichoso. Cuando no la conocía á usted, no sabía lo que era el amor...

—¡Yo tampoco... y no me quejo!

—Es muy bonito meterse en el corazón de un hombre, hacer picadillo con él y luego abandonarlo.

—Usted lo ha querido.

—Lo ha querido Dios... el Destino... el demonio... ¡yo qué sé!

—Me acusa de haberme metido en su corazón... ¡Dios y yo sabemos lo que he sufrido por ello!

—Usted no ha sufrido, no sufre... porque no lo tiene.

—Quizá tenga más que usted. Si no tuviese corazón, ¿hubiera yo venido aquí todos estos días? Mientras encontré algo que disculpara mi mal proceder, ¿no he venido, siendo casada, á verle á usted, que es soltero? ¿Se hace esto no teniendo corazón?

—Pero entonces... ¡no me vuelva usted loco!... entonces usted me ama... y si me ama, ¿por qué no decírmelo? ¿Por qué no darme ese consuelo, esa alegría? ¡Por qué hacerme desgraciado!

—Si no diciéndoselo, usted mismo confiesa que es desgraciado, ¿qué no sería si se lo dijese... siendo un imposible ese amor? Saber que somos amados por una persona á la que no se puede... ¡no se debe! corresponder... ¡es horrible!

Paquita inclinó la cabeza con abatimiento. Alfredo, no encontrando argumentos que oponer á la aplastante dialéctica de la joven, calló unos instantes; después, con vehemencia extremada, exclamó:

—Todo eso es hablar con la elocuencia de un orador de fama, no con la sinceridad de un corazón enamorado. Invirtiendo los términos, ahora le puedo decir yo, que, en vez de veintitrés años, parece que tiene usted cincuenta.

Paquita, al oir la ironía de Alfredo, sonrojóse vivamente, y con amargo tono, respondió:

—Cierto... tiene usted razón; pero es que todo eso que yo pienso, hace tiempo, no lo digo solamen-

te para que usted lo oiga, sino porque necesito escuchármelo yo también.

—Usted tiene derecho á ser feliz.

—Tengo derecho...; pero hay algo que me lo impide.

—No será su marido, ciertamente.

—¡No lo sé!

—Abofeteada, insultada, salió usted de su casa. ¿Qué ha hecho su marido para recuperarla? ¿Comprendió su error, acaso, y trató de enmendarlo?

—¡No!

—Entonces, ¿qué es lo que le impide ser feliz?

—Mi hijo, mis padres, mi hermana... ¡yo misma! Yo, que si ahora soy para ellos el amor de los amores, la niña mimada, entonces sería su vergüenza.

—Para todos tiene usted amor, menos para mí.

A la boca de la modistilla acudieron en tropel miles de palabras que salieron disparadas de su corazón; pero, con heroico esfuerzo, calló.

Alfredo, apoyando la cabeza en sus manos, ocultó la cara. Paquita le miraba compasivamente. Largo rato permanecieron callados.

Paca, apoyando suavemente una de sus manos en el hombro de Alfredo, díjole con voz temblorosa y emocionada, interrumpiendo el silencio:

—Vamos, Alfredo, sea usted generoso... No es usted solo el que sufre... ¡yo se lo juro, si es que esto le ha de hacer algún bien!... Piense que ésta es la última vez que nos vemos...

Al oir Alfredo aquellas palabras, antes que ella pudiese evitarlo, la cogió entre sus brazos y la opri-

mió con fuerza, con frenesí contra su pecho. Paquita, al querer esquivar las caricias de Alfredo, tropezó con la cabeza en una pequeña columna que junto al diván estaba; un precioso búcaro colocado sobre la misma, cayó, derramando sus flores sobre la joven.

—La última no, no será: removeré cielo y tierra para encontrarla; la buscaré dondequiera que se esconda, y arrollaré á quienquiera que la guarde: en usted está mi vida, y yo no quiero... ¡no quiero morir!

Y al mismo tiempo, con el rostro encendido y los ojos inyectados, oprimía á la joven entre sus brazos, como si alguien pretendiera robársela; su boca buscaba la de ella con febril ansiedad, y, al fin, sus labios se posaron sobre los de la infeliz Paquita, que, al sentirse besada, dió un grito.

Paquita, sobrecogida por la brusca é inesperada exaltación de Alfredo; aterrorizada ante el peligro, sintiéndose ahogada, sin fuerzas para desprenderse de aquellos brazos, que como cadenas la sujetaban, pugnaba por apartar su cara de la de Alfredo. La sangre, despedida con violencia por el corazón, daba fuertes latigazos en sus sienes; sus ojos se nublaban, sus sentidos se desvanecían, haciéndole perder la consciencia del ser.

—Alfredo... Alfredo...—sollozó la desdichada.

Y sintiéndose arrastrada por él, agotadas sus débiles fuerzas, cayó desfallecida sobre el diván...

....

....

En la obscuridad que reinaba en el recibimiento, á causa de estar cerradas las persianas del despacho, una silueta de mujer, enderezándose, se despegó de la puerta de éste, y con grandes precauciones, para no ser sentida, se deslizó por el pasillo.

Generosa se ocupaba en secar vajilla, cuando Anita, la misteriosa silueta, entró precipitadamente en la cocina, y acercándose á su gordinflona compañera, dijo algo en su oído.

La cocinera, abriendo ojos y boca cuanto dieron de sí: aquéllos poco, ésta mucho, exclamó:

—¡Es posible!

—¡Lo han visto estos ojos, que se ha de comer la tierra!

—Vamos, que también tú... ¡Pero, hay que ver!

—Si eso era sabido... Para que venga luego el señor Julián poniéndose moños y metiéndonos á *la señora* por las narices... La *señora* está ahora llorando á lágrima viva, sentada en una silla.

—¡Comedias! ¡Después del burro muerto!...

—Para sacar más...

—¡Figúrate tú!

—Y que tenga una que ver ciertas cosas...

—Lo que es á ti... parece que te gusta verlas.

Cuán ajena estaba la inconsolable Paquita de que su honra estaba ya en *boca de las gentes*.

XII

Inútiles eran las tiernas y apasionadas razones de Alfredo. Paca, acurrucada en una silla, en el último rincón del despacho, lloraba desconsoladamente.

—Paquita, por Dios, esto es horrible—decía él, hondamente impresionado.

—Horrible, sí, horrible—repetía ésta como un eco.

—Es preciso que tome usted algún calmante...

Paquita decía que no con la cabeza, mientras ocultaba la cara en el pañuelo.

Poco á poco fueron calmándose sus nervios y agotándose su llanto; una laxitud extrema se apoderó de su cuerpo, que parecía no poder sostenerse sobre la silla. Un profundo suspiro ensanchó su acongojado pecho, dando espacio al corazón para funcionar con más libertad.

Paca cayó en un estado de inercia parecido á la muerte; su mirada, fija en un punto del despacho, daba á sus ojos la expresión de la locura.

En vano se esforzaba Alfredo en aducir razones que disculparan á uno y á otro: Paca no respondía á nada; parecía, en la expresión, una cataléptica; en la carencia absoluta de voluntad, una hinoptizada.

Alfredo, ante aquel dolor inconsolable, sentíase verdaderamente impresionado. ¿Qué mujer era aquella que así se resistía á una pasión? ¿Qué grandeza de alma era la suya, que, vencida ya, así se rebelaba contra su caída?

Parado ante la joven, contemplándola con ternura infinita, sentía crecer su amor por ella hasta la sublimidad.

El timbre de la escalera, sonando intensamente, hizo estremecerse á ambos. A los pocos momentos, Julián, dando un ligero golpecito en la puerta del despacho, preguntó si se podía pasar.

Paquita, con el mayor espanto pintado en su rostro, pareció revivir.

Alfredo se dirigió precipitadamente hacia la puerta; haberse negado hubiera sido dar lugar á la sospecha.

—¿Qué hay? —preguntó, sin dejar pasar á Julián.

—Es el electricista que viene á componer la luz del despacho.

—Que espere —replicó Alfredo, cerrando la puerta.

Volvió junto á Paca; ésta se limpiaba los ojos con el pañuelo.

—No es posible que nadie la vea á usted salir así; pase al gabinete, y ahí puede usted permanecer hasta que se tranquilice.

—No, no; en la calle, en la calle es donde debo estar.

—¿Va usted á salir tan sofocada?

—Ya estoy tranquila.

Paca arregló su descompuesto traje; pasó las manos por el pelo, colocándose bien el velo y, nerviosamente, dióse aire con el abanico.

— ¿Volverá usted? — preguntó temerosamente Alfredo.

—¡Jamás!

—¡Paquita!...

—Déjeme, déjeme usted salir —contestó ella encaminándose hacia la puerta.

—No, por ahí no: en la antesala hay un operario. Entre usted en el gabinete, mientras yo mando á Julián que le haga pasar al despacho; después, por la puerta de escape de la alcoba, podremos salir al pasillo. Despedir al obrero sería llamar la atención, mucho más cuanto que ha sido llamado con urgencia.

Hecho todo conforme al plan de Alfredo, salieron al recibimiento.

Abierta la puerta de la escalera, Paca salió al descansillo. Aun intentó Alfredo obtener una promesa, por pequeña y lejana que fuese; pero, repentinamente, sus palabras viéronse cortadas por un inesperado suceso: la puerta del despacho se había abierto, y un hombre apareció en ella; Paca, al verle, dió un pequeño grito y huyó presurosa. El hombre habíase quedado mirando á la mujer, medio oculta por Alfredo. Sorprendido éste por aquel grito, volvióse rápidamente y vió al electricista, cuya aparición era debida á la necesidad que tenía de una escalera, para cumplir su cometido.

Al instante reconoció Alfredo, en el electricis-

ta, al marido de Paca; éste, por su parte, al ver de frente á Alfredo, también le reconoció como el defensor de su mujer..., de su mujer, que, no podía jurarlo, apenas había podido verla; pero, ó mucho se equivocaba, ó era la que acababa de ver salir.

Julián acudía en aquel momento. Alfredo, aparentando no haber reconocido á Bernardo, se alejó por el pasillo, pensando en aquella rara coincidencia. A juzgar por el grito de Paca y la actitud tranquila del electricista, era indudable que si ella le había reconocido á él, él á ella, no. Esta idea le tranquilizó por completo.

Bernardo, en cuyo cerebro de plomo las ideas se movían con pesadez abrumadora, y cuyo pensamiento, ciertamente, no tenía la celeridad del rayo, quedó largo tiempo sin darse cuenta de lo sucedido. En medio del despacho, desenrollando lentamente varios metros de flexible, pugnaba por explicarse lo ocurrido. «Él había oído el grito que aquella mujer había dado; pero ¡bah! esto no tenía importancia; lo que sí la tenía, era que si aquella mujer no era Paca..., le faltaba muy poco. La cara no había podido vérsela bien; pero el aire, la estatura, el color del pelo, todo, en fin, lo que había visto..., *era de ella*. Y... ¿á qué santo iba á estar allí su mujer? Él sabía perfectamente que el señor aquel era soltero... ¡Soltero!... El caso era que el tal señor fué quien salió en defensa de Paca en la glorieta de Bilbao... ¡También era casualidad!»

Subido en la escalera, facilitada por Julián, empezó á quitar el flexible que debía reemplazar. A

cada momento suspendía el trabajo, para entregarse á nuevas reflexiones.

«De que aquel señorito era el defensor de Paca, estaba cierto; lo que no sabía es si aquella mujer era ella...; y no sabiendo esto, ¿qué le importaba lo demás? Mira, tú: quién fuera como él, para poder hacer lo mismo. Bueno; pero, ¿y si era Paca la que él había visto salir?»

Este era el atolladero, el círculo vicioso de que Bernardo no sabía salir.

«Si aquella mujer era la suya; si siendo la suya iba á casa de un soltero, y si ese soltero era el hombre que la había librado de los golpes, ¿á qué iba allí? Pero ¿era Paca ó no era Paca? ¡Recoles! ¿quién le sacaría á él de aquella duda?»

Bernardo, dando un violento tirón del flexible, lo arrancó en una gran longitud; volvió á tirar con ira, para arrancarlo del todo; pero el flexible resistió, y nuestro hombre tuvo que descender de la escalera para volver á subir, después de haberla cambiado de lugar.

Irritado por su falta de luces para poner en claro si aquella mujer era ó no la suya, pronto acabó de descomponerse. El constante estado de alcoholismo que le dominaba, tenía tan excitados, de continuo, sus nervios, que á la menor contrariedad se ponía furioso; y una vez en ese estado, optó, para salir de dudas, por afirmarse que aquella mujer era Paca.

«Después de todo, ¿no era una cosa natural? ¿Qué se puede esperar de una mujer que abandona á su marido? ¡Nada, hombre, nada!»

Su dormida conciencia, dando un bostezo, hízole recordar, aunque muy confusamente, una bofetada y una palabrota, no recordaba cuál...; pero, ¿era eso motivo para que una mujer casada huyera del hogar? ¡Bah! Amigos tenía él, casados, que les propinaban sendas palizas á sus mujeres, y no por eso se iban ellas de casa; al contrario, había alguna que cada vez estaba más enamorada de su marido. Pero, ¡es claro!, como allí lo que pasaba era que la Paca y la Clara, sobre todo ésta, que era quien aconsejaba á su hermana, tenían malas inclinaciones, pues... ¡naturalmente!... con el primer pretexto... *pues*... á correrla y á darse buena vida, aunque el honor sufriese. Y si no, á ver, que le dijeran á él de dónde había salido aquel vaso de plata; que le explicaran el que un señorón se metiese á defender á una obrera cuyo marido, en uso de un perfecto derecho, le iba á propinar un par de golpes bien dados... ¿Estaba clara la cosa? ¡Ya lo creo! El era el primero en reconocer que su inteligencia no era muy despejada; pero, ¿para qué estaba la lógica? Por su mediación, hasta los más brutos llegan á dar con la verdad de las cosas; y él se explicaba entonces perfectamente que aquella mujer era Paca, y que el *tío aquel* era su amante. Sin embargo, como él era hombre sensato, aunque malas lenguas afirmaran lo contrario, no quería proceder de ligero.

Julián, viendo que la obra duraba más de lo natural, llegó á poner fin á los soliloquios de Bernardo.

El electricista, distraído de sus ideas, al tener

que atender á lo que el ayuda de cámara le decía, olvidó por completo sus filosofías y apretó en el trabajo, mucho más cuanto que Julián, comprendiendo que se las había con un *peneque,* no se ausentó ya del despacho hasta que la reparación estuvo terminada.

Cobrado el importe de la misma, Bernardo, enrollando el flexible sobrante y colgándoselo de un hombro, salió á la calle.

Una vez en el paseo, volvióse á contemplar la casa; anduvo algunos pasos, y volvió al mudo examen del edificio, como si antes se olvidase de observar algún detalle. Su imaginación, vuelta al acostumbrado estado de reposo, nada le inspiraba.

De sus anteriores ideas, sólo había quedado un fondo de rencor, de encono, de odio, que no tenía un objeto determinado. El rostro de Bernardo había cambiado su expresión de inocente estupidez en otra delatora de sus bajas y ruines pasiones. Sentía deseos de coger á una persona entre sus manos y destrozarla...; pero no podía determinar cuál fuese esa persona, ni cuál el motivo del odio que le impulsara.

Ante sus ojos gesticulaban varias sombras: Paca, su hermana Clara, el *señorón* aquel, Bernardito, Don Antonio y su mujer; todos estos personajes tiraban al aire un vaso de plata y brincaban para cogerlo, dando alegres risotadas; pero no podía asegurar si era alguno de estos seres el que él deseaba triturar con sus manazas. Cualquier incidente callejero que surgía á su paso, le distraía

hasta el punto de hacerle olvidar á aquellos fantasmas que ante él gesticulaban burlonamente.

Entregada la cuenta y el flexible en la tienda donde había recibido el encargo, Bernardo se dirigió hacia su casa; pero al llegar á la esquina de la calle, metióse en la taberna que ya conocemos y pidió un jarro de vino. Allí encontró á un camarada, que pronto le hizo dúo, y le propuso un tute.

El camarada pidió otro jarro de vino y empezaron la partida.

Bernardo, que ya sólo con oler el vino se emborrachaba, pronto empezó á desbarrar. Los reyes se le figuraban el *señorón* del paseo de la Castellana; las sotas, unas tenían la cara de Paca, otras, la de Clara; los caballos se le antojaban de cartón, y Bernardito, quien cabalgaba en ellos. La suerte no le fué favorable: el contrario ganaba un juego tras otro, lo que para Bernardo era lo mismo que tenerle que pagar el jarro de vino.

A su juicio, la culpa de tan mala suerte la tenían su mujer y su cuñada: si él no estuviese preocupado con los *asuntos de familia,* en seguida iba á ganar un juego siquiera el panoli aquel, que no sabía ni tener las cartas en las manos.

Clara, sobre todo, era la que más culpa tenía. ¡Y que él la respetase tanto, y aun que la quisiera...! Y es que, por el solo hecho de ser tan guapetona, y de tener aquel cuerpo... y aquellos ojazos... y aquellos aires de perdonavidas, se creía que todo el mundo tenía que aguantarla.

En esto no dejaba de tener razón nuestro hom-

bre. Clara, un poco más alta y más gruesa que su hermana, era tan parecida á ella, que resultaba, por decirlo así, una ampliación de Paquita. El mismo color de pelo, la misma nariz ligeramente aguileña, los ojos grandes y claros... Solamente se diferenciaban en la expresión del semblante. El de Clara, como decía Bernardo, tenía una expresión de desdén que le daba aires de perdonavidas... Por lo demás, tan bellos sentimientos atesoraban la una como la otra hermana.

Dejando correr su pensamiento por el camino de la belleza de su cuñada, olvidándose de los *asuntos de familia*, empezó á enumerarse mentalmente los encantos de Clara, extrañándose de que, siendo tantos, no hubiera reparado antes en ellos.

Fija su mente en tales ideas, cuando perdió los pocos juegos que restaban de la partida, negóse á tomar la revancha, y apurando el resto del jarro, que era poco, se levantó pesadamente y dirigióse al chico del mostrador, diciéndole: «—Oye tú, Aniceto... apunta dos cuartillos.» Después salió de la taberna.

Bernardo, que nunca tenía prisa por llegar á su casa, sentía entonces el aguijón del deseo que sus ideas, fijas, con la obstinación del beodo, en la figura de su cuñada, le sugerían.

¡Cuán ajena estaba Clara de la tormenta que sobre ella se cernía!

Sentada ante la camilla, dedicábase á mondar patatas, manjar el más corriente en aquella casa, para la cena.

Preocupada, cada vez más, con la sospecha de que su hermana se hubiese enamorado de su casero, daba vueltas y más vueltas en el magín á las consecuencias que tal suceso pudiera acarrear: «¡Aquello sería una verdadera desdicha!»

Que aquel señor estaba enamorado de Paca, no tenía duda para Clara: sus bondades, el regalito del vaso... todo, en suma, se lo decía bien claro; pero sí la tenía en lo referente al sentir de su hermana: esto es lo que la traía á mal traer.

Bien comprendía ella que Paca estaba en las mejores condiciones para enamorarse... para hacer una locura: estar pasando mil apuros y privaciones y verse asediada por un hombre como aquél... era tener la tentación constantemente ante los ojos... pero... «¡vamos!... que eso no podía ser.

XIII

Bernardo entró en su casa sin necesidad de tener que llamar: la puerta, debido á la alta temperatura que reinaba, estaba siempre abierta.

Don Antonio, en su sillón, parecía un ser sin vida. Su mirada estaba fija en el suelo, cual si en las rayas de los ladrillos quisiera adivinar el porvenir, como las gitanas lo hacen en las de la mano.

Doña Micaela había salido, con el niño, á comprar el pan para la cena.

Clara, á causa del excesivo calor, tenía algo descuidada su chambrilla y, al inclinar la cabeza, dejaba ver níveas blancuras, que en aquellos momentos resultaban muy peligrosas.

Al entrar, Bernardo dió las buenas noches con voz avinada; Clara respondió secamente, sin dejar su tarea; Don Antonio siguió estudiando.

Bernardo tiró la gorra sobre una silla; miró algunos instantes al paralítico, y luego fué á sentarse cerca de Clara; ésta retiró un poco su silla y se dió prisa para terminar, cuanto antes, el mondado de las patatas.

—A ver si es que tengo sarna—gruñó Bernardo al advertir el movimiento de retirada de su cuñada.

—No tendrás sarna, pero lo que es vino en el cuerpo... ¡Vaya una peste!

—Los hombres bebemos vino.

—Los sinvergüenzas, querrás decir.

—¿No podías emplear otra palabra un poco más fina?

—Bueno... Bueno... ¿Vas á venir ahora á darme la murga...? ¡Para músicas está el tiempo!

—Lo que tú tienes son muchos humos.

—Los que me da la gana. ¿Me los compras tú?

—No te los compro, pero... los pago.

—Pues ya sabes el remedio: lo que no conviene, se deja.

Los ojos del borracho devoraban á Clara; aprovechando sus movimientos de cabeza, profundizaban en la desnudez que dejaba ver la chambra. Su cara se congestionaba rápidamente, y un temblor nervioso agitaba sus manos.

De improviso, antes que Clara pudiese evitarlo, Bernardo, levantándose, se lanzó sobre la joven y la cogió con sus nervudos brazos. Ella dió un grito, que hizo levantar la vista al paralítico.

La lucha se entabló ruda, brutal... grosera; la frágil chambrilla, desgarrada, dejó al descubierto el seno de Clara; ésta, al sentir el áspero contacto de las manos de Bernardo en sus finas y delicadas carnes, rugiendo iracunda, con una vigorosa sacudida, logró desasirse, y corrió hacia su alcoba para guarecerse en ella; pero, saltando como un tigre, volvió él á sujetarla, antes de que lo lograra.

Nuevamente se empeñó la lucha; Bernardo es-

taba amoratado; sus ojos parecían querer saltar de las órbitas, para no contemplar aquel horrible cuadro.

Clara, haciendo un llamamiento supremo á sus casi agotadas fuerzas, resistió á Bernardo, que, con bríos impropios de su estado, pugnaba por arrastrarla hacia el mismo lugar en que ella quiso guarecerse antes.

La heroica aragonesa, que ni por un momento pensara en pedir socorro, despeinada y medio desnuda, con un esfuerzo desesperado logró llevar á Bernardo hasta el centro de la habitación. Allí, sintiéndose caer, apoyó una mano en la camilla; la mano cayó sobre un objeto alargado y duro: era el mango del cuchillo que, momentos antes, empleara para mondar las patatas. Empuñándolo con fuerza, levantó el brazo y, con rabia, con desesperación, lo dejó caer con violencia sobre la espalda de su adversario. Este lanzó una grosera blasfemia y cayó al suelo.

Clara, centelleante la mirada y anhelosa la respiración, quedó contemplando á su enemigo. La hoja del cuchillo estaba manchada de sangre.

En aquel momento hicieron su aparición la abuela y el nieto, los cuales quedaron aterrados en el umbral de la puerta.

Los ojos del paralítico, con ansiedad inenarrable, miraban á unos y á otros.

Al ver á su madre, Clara, arrojando al suelo el ensangrentado cuchillo, exclamó:

—¡No sé si lo he matado!

Arrebujándose en los restos de sus ropas, huyó, después, hacia su alcoba.

Bernardito, muerto de miedo, echó á correr tras de su tía.

Doña Micaela, consternada por lo que había visto, y lo que veía; esto es: Bernardo en el suelo echando sangre, que teñía el suelo, tomó pronto su decisión, que fué, lo primero, cerrar la puerta, y lo segundo, tratar de incorporar al herido; esto no pudo lograrlo ni aun poniendo él de su parte cuanto pudo.

El azoramiento de la pobre señora llegó á tal extremo, que ya no supo qué hacerse.

Por último, y no sin haberlo dudado mucho, fuése en derechura á la alcoba en que se había refugiado su hija, para demandarle auxilio. La intrépida muchacha, después de substituir sus destrozadas ropas, se había sentado en la cama y parecía abismada en negras reflexiones.

La madre, con mucho mimo, porque conocía el temple de su hija, acercóse á ella, y pasándole un brazo alrededor del cuello, y besándola en la frente, dijole así:

—Clarita, hija mía... que Bernardo echa mucha sangre...

—¡Déjelo usted que se muera! Yo iré á la cárcel, pero ustedes quedarán tranquilos.

—¿Qué tranquilidad íbamos á tener si eso sucediese? Ven, ayúdame á llevarlo á su cama.

—¿Yo? Demasiado bueno es el suelo para él.

—Sí... si tienes razón—replicó Doña Micaela;

declarándose ya impotente para contener el llanto que afluía á sus ojos—; pero es preciso que esto quede entre nosotros. Si lo que tiene no es mucho, como espero, á Dios gracias, le hablaremos al médico que asiste á tu padre, que es tan bueno, y nadie sabrá lo ocurrido... ¡Tanta gente como hay en esta casa!... ¡Y que cada uno pensaría lo que le diese la gana!... Seguramente que todo se podrá arreglar bien, porque la herida de Bernardo no debe ser de importancia...

—¡Sentiré no haberlo matado!

—Por Dios... no digas eso. Ven, ayúdame á llevarlo hasta su cuarto, para que yo le desnude y vea si la herida es grande ó no.

—Por grande que sea, no será tanto como su infamia.

Tanto rogó y suplicó la bondadosa madre, que, al fin, Clara salió con ella al comedor.

Estaba pálida como la cera, pero serena, tranquila. La tirantez de sus nervios no le permitió sufrir impresión alguna al ver á su cuñado, incorporado, en el suelo, y éste lleno de sangre.

Medio arrastrando, porque ni aun entre las dos reunían fuerzas bastantes para sostener el pesado cuerpo del herido, lleváronle hasta su cuarto, echándolo sobre la cama, boca abajo, para que, una vez desnudo, se pudiera examinar bien la importancia de la herida. Por fortuna, la salida de la sangre había cesado casi por completo.

La mirada del paralítico fué siguiendo á las dos mujeres, mientras conducían á Bernardo; después

volvió al intrincado estudio de lo que decir pudiesen las rayas de los ladrillos.

«¿Se pondría él bueno alguna vez? ¿Sería Dios tan cruel, que, viejo y todo, no le devolviese el uso de sus facultades corporales, para poder arrojar á aquel miserable de su casa? ¿Y Paquita? Todos le decían que estaba bien, que no sufriese por ella; pero ¡vaya usted á saber lo que estaría pasando la pobrecilla. No podía estar bien, no, sin ver á su padre; como él no podía pasar sin verla á ella, á su niña chiquita, alegría de todos los de la casa. Pero, aunque quisiese venir, él no la dejaría... ¡qué horror!...: hacer venir á la nena para que el canalla de su marido la abofetease... ¿Sería grave la herida? No quería él que así fuese, porque, como el hecho no había tenido testigos, sería difícil probar que Clara había obrado en defensa propia, en defensa de su honra... ¡Ah! qué hija más valiente, más arrojada... ¡Bendijérala Dios mil veces...! ¡Qué orgulloso estaba de ella!»

Cuando hubieron echado á Bernardo sobre la cama, Clara salió de la habitación dejando á Doña Micaela el cuidado de desnudarle. Acercóse á su padre, y, acariciando sus blancos cabellos, le besó repetidas veces.

Oprimiendo la cabeza del anciano contra su pecho, parecía, en su mutismo, querer dejar que el corazón le dijese mil ternezas; y el corazón de Clara se las decía: el viejo sentía en su oído el precipitado palpitar de aquél.

Al cabo, Doña Micaela salió para decir á su hija

que buscase unas vendas que debían estar en la cómoda, y que la herida era pequeña...

Así era, en efecto: las agotadas fuerzas de la muchacha, al herir, no pudieron hacer profundizar el cuchillo.

La anciana, una vez que su hija hubo buscado las vendas, lavó cuidadosamente la herida; puso sobre ella unos paños humedecidos, y la vendó fuertemente. Roció después con agua el rostro de Bernardo, y éste pareció reanimarse lo suficiente para que su suegra, ayudada por él mismo, pudiese acabar de desnudarle y meterlo en la cama.

Realizada esta operación, Clara, á ruegos de su madre, fuése en busca del médico, que no muy lejos de allí vivía.

Entretanto, y mientras limpiaba la sangre, la buena señora dióse á pensar en la forma que habría de emplear para contarle al médico lo ocurrido.

Era el tal un viejecito, excelente persona que, en muchas ocasiones, lejos de cobrar sus visitas, aun le costaban el dinero.

«Si yo receto una medicina que ha de salvar al enfermo, y en la casa no hay dinero para comprarla —decía—, ¿voy á dejar morir al paciente? ¿Me quieren ustedes decir á mí qué voy á hacer?»

Don Moisés, que éste era su nombre, en el tiempo que llevaba visitando á Don Antonio, había tomado gran afecto á Paquita y á Clara, por su laboriosidad y bondad incomparables. Era seguro que él no opondría reparo alguno á que aquello quedara en la familia; pero, de todos modos, la anciana se

sentía bañada en sudor, al pensar en el trance por que tenía que pasar.

La idea de que á su hijita pudiese sucederle algo, la trastornaba. Antes que consentirlo, diría que había sido ella, ella misma, la que había herido á su yerno.

Cuanto más tiempo pasaba, mayor era su sobresalto; y este sobresalto llegó á su colmo cuando sintió que Bernardo empezaba á quejarse de un modo alarmante. La desdichada creyó morir.

En la escalera resonaron pisadas; Doña Micaela, sintiendo que se acercaban á la puerta, corrió á abrirla.

—Pase usted, Don Moisés, pase usted...

—Vamos á ver, señora, vamos á ver qué ha sido eso—replicó el doctor, aparentando calma, pero, en realidad, preocupado por lo que ser pudiese.—«Aquella chiquilla podía haber apretado demasiado y...»

—Verá usted, señor doctor—dijo Doña Micaela haciendo acopio de energía para dar principio al relato.

—No se moleste usted, mamá: Don Moisés está enterado ya de todo.

—¿Se lo has contado tú?—preguntó inocentemente la madre.

—Mientras veníamos.

—¡Has tenido valor!

—Claro: sabía que á usted le iba á faltar...

Doña Micaela, libre de aquel peso abrumador, echóse á llorar á moco tendido.

—Vamos, señora, no se apure usted así... Este diablillo... Por supuesto, que ha hecho bien ¿eh? eso es aparte... Bernardo, por lo que se ve, está dejado de la mano de Dios... Pero... no nos entretengamos y entremos á ver á ese hombre: esto es ahora lo principal.

Saludó el doctor, al pasar, al paralítico, que contestó con la mirada, y, seguido de Doña Micaela, entró en la alcoba de Bernardo.

Reconocida minuciosamente la herida, Don Moisés se tranquilizó completamente: todo era cuestión de unos cuantos días de cama. Hizo la cura en debida forma, y, una vez colocado el vendaje, salieron al comedor.

—Lo primero que hay que hacer—dijo el bondadoso doctor—es traer un poco de amoníaco para despejar su cerebro, que es una barrica de alcohol. De hora en hora le darán ustedes una poción que voy á recetar, si me quieren facilitar un poco de papel y una pluma..., y nada más, por ahora. No se apure usted, Clarita... El ruido ha sido más que las nueces; puede usted dormir tranquila, casi satisfecha: ocho ó diez días de cama, sin beber vino, le serán muy provechosos á su cuñado.

Extendida la receta, el doctor, encarándose con Don Antonio, muy afectuoso, le habló de esta forma:

—Hay que curarle, no hay más remedio: hace usted falta en esta casa...

La mirada del paralítico expresó una alegría infantil.

—Lo espero, lo espero—añadió el doctor.—Por lo pronto, no se preocupe de nada; lo ocurrido no tiene importancia, afortunadamente.

Inútil nos parece decir que el único que cenó aquella noche fué Bernardito: lo sucedido no creyó que era obstáculo para llenar la tripilla.

Poco encariñado con su padre, á causa del despego con que éste le trataba, fuera del susto que le causó el ver á su tía con el cuchillo en la mano, ninguna emoción alteró el perfecto funcionamiento de su estómago; y aun tuvo arrestos para protestar de que no le hubiesen puesto en la mesa su vaso de plata.

Clara, *que no estaba para bromas,* al oirle, hubo de exclamar con muy mal talante:

—Te morirás por beber una noche en otro vaso.

Esto no quita para que la tía se levantase, y cogiendo el vaso de encima de la cómoda, que, como ya hemos dicho, hacía las veces de aparador, se lo pusiera al chico delante, dando un fuerte golpe.

Aquel procedimiento fué lo suficiente para que Bernardito no pensara en rechistar; solamente, con gran disimulo, cogió el vaso y lo miró por todas partes, para ver si había sufrido algún desperfecto.

La tía, que, no obstante sus preocupaciones, le observaba, no pudo por menos de decirle, sonriendo:

—Sí, míralo, míralo á ver si le falta algún pedazo.

El niño, al verse descubierto, dejó el vaso rápidamente sobre la mesa, y arremetió con gran ardor á las patatas que ante sí tenía.

XIV

Aterrada por la inesperada aparición de su marido, que fué para Paca algo así como la visible manifestación del desagrado de Dios por el pecado cometido, huyó por el paseo en dirección á su casa. Temiendo verse perseguida por Bernardo, volaba, más que corría, por la calle de Génova.

Las gentes que encontraba á su paso manifestaban de diversas maneras la curiosidad que en ellas despertaba la enloquecida marcha de la joven. Deteníanse unos á mirarla; guiñábanse otros maliciosamente los ojos; encogíanse, los menos, de hombros, como diciendo: «allá ella». No faltó quien, á pesar de su aire poco tranquilizador, se acercase, para decirle que su cara, hecha un ascua, era el prototipo de las caras bonitas.

Como una tromba penetró Paca en su casa. Cerrada la puerta, se dejó caer sobre la cama y rompió á llorar amargamente.

Más de una hora permaneció en aquel doloroso estado. Al cabo, el llanto vióse entrecortado por largos suspiros, y á poco cesó por completo. La reflexión sucedió á las lágrimas.

Largamente hubo de pensar en aquella incom-

prensible aparición. «Apenas cometido el delito, Dios le hacía patente la enormidad del mismo. Ella había deshonrado el nombre de su marido, y, para acrecentar su vergüenza, Dios le ponía delante al esposo ultrajado. ¿Con qué derecho se había de mostrar ofendida por la conducta de éste, si la suya era mil veces peor? Ya no podría levantar su orgullosa cabeza ante él... ni ante nadie. Cuando momentos antes iba por la calle, todo el mundo le conocía en la cara su delito; todos se sonreían burlonamente al pasar... ¡todos se consideraban con derecho á decirle algo! Ella misma se despreciaba; ella misma se daba horror. Ya no era la Paquita de antes; ya no era la mujer honrada, la hija digna, la madre sin tacha... Ya no podía hablar con las gentes de bien; tendría que huir de ellas como una apestada. ¿Cómo se atrevería á coger en brazos á su hijo? ¿Cómo podría manchar su inocente boca con sus impuros besos?»

Paca creyó volverse loca. Lúgubres ideas acudieron en tropel á su pensamiento. El llanto brotó nuevamente de sus abrasados ojos.

Su pensamiento, tímidamente primero, con energía después, empezó á reprocharle sus visitas á Alfredo, haciéndole comprender lo improcedentes que habían sido.

Pero, ¿és que en su modo de proceder hubo el menor pensamiento impuro? ¿No fué la gratitud la que la llevó á la casa de aquel hombre? Una voz interna respondió á Paquita que la gratitud es el primer paso hacia el amor, y que, por lo tanto, hay

que tener mucho cuidado del modo como se exprese ésta.

La pobre modistilla sintió aumentar su desconsuelo al ver que nada podía replicar á esto, porque, muy á su pesar, hubo de reconocer que lo que ella creía ser gratitud no era sino amor: ella amaba con toda su alma á Alfredo, y no hallaba manera de oponerse á tal pasión.

Paquita se estremeció horrorizada. Amaba, sí, era cierto, no lo podía negar; amaba como no podía haberse figurado nunca que se pudiese amar; pero ella era una mujer honrada, lo era, sí, á pesar de su caída: fué poseída, pero ella no se había entregado.

Este nuevo período de exaltación dió al traste con sus escasas energías. Sentíase aniquilada, calenturienta. Bebió un gran vaso de agua creyendo calmar así el fuego que la devoraba, y se acostó. Su quebrantado cuerpo hallábase incapaz de sostenerse en pie.

Procuró dormir, y no pudo. Si en algunos momentos se quedaba traspuesta, el menor ruido haçíala incorporarse sobresaltada: en conciencia, celoso centinela, no dejaba acercarse al sueño.

La débil claridad del nuevo día penetró suavemente por la ventana de la buhardilla. El misterioso crepúsculo matutino parecía ser la divina y consoladora caricia de Dios, sobre el alma atribulada de la joven.

La negrura de la noche, que hasta entonces la envolviera, dejábala, al extinguirse, en el pleno goce de sus facultades mentales. Su semblante, marchito

por el sufrimiento, aparecía completamente transformado. Amarga desesperación se reflejaba en él.

Sentada sobre la cama, los brazos inertes, extendidos á los lados, las manos cogiendo puñados de ropa, Paquita se abismaba en tristes reflexiones. En su cabecita agitábanse ideas encontradas: las que partían de su corazón enamorado y las que, impetuosas, brotaban de su conciencia:—«No era posible permanecer en la buhardilla: aquellas paredes parecían recordarle su falta. Permanecer allí, en una habitación, que no pagaba, propiedad de *él*, era lo mismo que consentir en ser la amante de aquel hombre.»

Una oleada de sangre afluyó al pálido rostro de Paquita.

«Nunca, nunca sería ella su amante... ¡Antes se mataría! ¡Oh. Dios!—decía la infeliz—, ¿por qué me abandonaste? Tú, que siempre has sido mi amparo, ¿por qué has consentido mi afrenta?... ¿Por qué no me diste la muerte?...»

Paca se sentía agobiada, aplastada por su desgracia.

«¡Abandonar aquella morada que, desde meses antes, diera abrigo á su desgracia! Aquellas paredes eran algo suyo, muy suyo; algo así como si ellas fuesen un ser querido que, amorosamente, hubiera consolado sus penas y enjugado sus lágrimas... ¿Adónde iría? ¿Dónde encontraría un nuevo albergue? La pobreza, terrible cadena que ata de pies y manos á la mayor parte de la Humanidad, sujetábala á ella sin piedad. Y, sin embargo, era preciso,

era necesario, absolutamente necesario, romperla y huir de allí inmediatamente.»

En el abatido semblante de la modista apareció súbitamente el resplandor de la alegría que produce una idea salvadora. Paca se acordó de una compañera que tuvo en el último obrador en que había trabajado.

Esta compañera, llamada Luciana, y Paca, se habían tomado tan grande afecto, que entre ellas no hubo secretos, y por lo tanto, una y otra se contaron sus desdichas.

Luciana vivía en aquel mismo barrio, no muy lejos de Paca, en un pisito de seis duros... ¡entonces aún los había!..., en compañía de su padre, oficial tercero de Hacienda, jubilado, con los cuatro quintos, desde hacía un año. Luciana prefería, siempre que le era posible, trabajar por su cuenta en casa; pero, cuando ello no era posible, recurría á los obradores. En una de estas ocasiones había conocido á Paquita. Con la jubilación y lo que ella ganaba, vivían, sin salirse del tiesto, según frase de Luciana, pero sin deber un céntimo á nadie.

La amiga de Paca hubiera sido feliz completamente si, como todo el mundo, no hubiese tenido su cruz correspondiente; y era ésta, la incorregible afición de Don Lorenzo, su padre, á la literatura. Desde su juventud escribía dramas y comedias, que no logró ver representadas, no porque careciesen de mérito, él al menos así lo afirmaba, sino por falta de alguien que le empujase.

Luciana, viendo sufrir á su padre, sufría tam-

bién... y no encontraba remedio para la tal enfermedad: el virus de la literatura, cuando germina, no hay manera de extirparlo.

Pensar en su amiga y vestirse precipitadamente, todo fué uno para Paquita.

Todos los días, al levantarse, lo primero que hacía era visitar sus flores, pero aquella mañana se olvidó de ellas.

Las diez serían cuando salió á la calle. En el corto camino que tenía que recorrer, no cesó de pensar en las probabilidades de éxito que podría tener su proyecto. «¿Qué diría Clara, cuando lo supiese?» Aquella nueva idea fué á aumentar la tortura moral que sufría.

«Dos días faltaban para ver á su hermana. ¿Cómo explicarle aquella repentina determinación?»

Considerándose impotente para resolver á un tiempo tantos conflictos, así morales como materiales, Paca resolvió no pensar, por el momento, en otra cosa que en el acto que iba á realizar: pedir hospitalidad á Luciana, bien que pagando lo que fuese justo. Tenía algún dinerillo, y esperanzas de que unos arreglos llevasen otros; así, pues, tenía para pagar unos días, mientras buscaba donde meterse, en caso de que no pudiera permanecer allí indeterminadamente.

«¿Sería tan desdichada que no quisieran ampararla? No; Luciana era muy buena, y el padre, según decía la hija, era un pedazo de pan.»

Al pensar que su demanda pudiera ser rechazada, Paquita sintió su rostro abrasado por el calor de

la vergüenza; pero siguió su camino con decisión, pensando que mayor habría de sentirla al seguir viviendo en la calle de Luchana. Subió las escaleras de casa de su amiga con rapidez; tiró del llamador y esperó.

A los pocos momentos, una voz de timbre agradable preguntó: —«¿Quién?» —Luciana abrió la puerta. Al ver á su amiga lanzó una exclamación de alegre sorpresa.

Ante la cariñosa acogida que su amiga le dispensaba, Paca se sintió revivir. En su angustiosa situación, los besos de Luciana, eran la vida que volvía.

Penetraron en la salita, que servía de taller, cogidas por la cintura.

—Papá... papá...—llamó Luciana—; ven, mira, aquí está mi amiguita, de la que tantas veces hemos hablado.

Un hombre muy alto, delgado, de bigote militar y pelo cano, embutido en un angosto pantalón á rayas, y en una americana estrecha y raída, apareció en la puerta del gabinete contiguo. Su semblante enjuto, sus ojos hundidos, de mirar vago y triste, la escualidez de su interminable cuerpo, que, al sentarse, dejaba que las rodillas se señalasen bajo los pantalones como afiladas agujas, le daban un aspecto quijotesco y simpático.

Con voz campanuda y reposada saludó á la recién llegada.

—¿De modo que usted es Paquita?—dijo después.

—Sí, señor... Paquita...

—Bien... bien... Por Luciana conozco sus des-

gracias de usted... Ella la quiere mucho... Es lástima, tan joven, que se vea en esa situación... ¡Ah, la vida es una delicia!... ¡Qué vida!... Creo que no debía usted haber dejado su casa... No, si sé lo que me va á decir..., si lo sé, ¡ya lo creo que lo sé!... Yo en su lugar hubiese hecho lo mismo... pero...

—Pues entonces, papá, bien hecho está—interrumpió con alegre risa Luciana.—¿Y qué es lo que te trae por aquí?—dijo después, dando otro giro á la conversación.

Paca sintió que una mano de hierro le apretaba la garganta hasta el punto de no poder hablar. Ella, para quien la mentira era un obstáculo insuperable, tenía que hacerlo en aquel momento para no declarar las verdaderas causas de su determinación: esto hubiera sido superior á sus fuerzas. Sufriendo una gran congoja, con entrecortada frase, hizo su petición de hospitalidad, alegando para ello mil falsos motivos.

Luciana acogió la demanda de su amiguita con verdadera alegría. Don Lorenzo creyó que su deber era oponer algunos reparos, á causa de la condición de casada de la demandante; pero, por último, tuvo que darse á partido, y aceptar con júbilo todo lo que Luciana quiso. Después de todo, ¿no era Paquita un bellísimo drama que se le venía á las manos cuando menos podía esperarlo? Cuando presentara aquella obra, no podrían decirle que era inverosímil: asunto más real no podría encontrarse. ¿No sería aquélla la que le sacara de la obscuridad? Mientras las dos muchachas hablaban, él

planeaba el drama, que sería estupendo. El solito se venía á las manos á fuerza de ser lógico y claro el asunto. El primero y segundo acto... ¡ya los tenía! ¿Cuál sería el tercero? Su imaginación se lo dictaba, pero no quería que en aquella obra hubiese nada hijo de la fantasía: la realidad tenía que imperar en él, y para ello era preciso esperar á que se diese por sí mismo. «¡Qué felicidad, tener junto á él á la protagonista! Poder estudiar á fondo su idiosincrasia; analizar minuciosamente su espíritu, penetrar en lo más recóndito de su alma, observar, adivinar hasta los menores impulsos de su corazón... ¡Así, así es como se deben escribir las obras, si ellas han de salir maestras! ¡Y aquélla lo sería!»

Acordado el traslado de Paca, dispúsose con entusiasmo que se hiciese aquella misma tarde.

Al salir de casa de Luciana, la modistilla, inconscientemente, miró al cielo, y sus labios se movieron murmurando palabras de gratitud...

Cuando la buena señora Gertrudis vió al mozo que iba por el baúl y la cama de Paca—los otros trebejos se irían llevando en viajes sucesivos—, creyó que le daba un soponcio. No hubo manera de hacerle comprender que Paquita se mudaba, y razón tenía en no creerlo, por no poder pagar:—«¿No tenía el consentimiento del dueño?»

Muchas veces tuvo que prometer la joven á la vieja portera que iría á verla, que no la olvidaría... Cuando llegó el momento de entregar la llave, una y otra vertieron lágrimas suficientes para llenar el cauce de un río.

Muy naturales eran aquellas muestras de dolor por la marcha de la joven: Paquita había llegado á ser una verdadera hija para la señora Gertrudis. Nadie como ella había podido apreciar la hermosura de su corazón de niña y su valor ante la desgracia... ¡Y era tan buena... tan buena...!

XV

Bernardito, que siempre salía con su tía á la calle, observaba una conducta *seria é irreprochable,* aquella tarde se puso verdaderamente insoportable. ¡Y qué ocasión la que había ido á elegir!

La tía Clara iba de un humor de todos los diablos, preocupada con la noticia de la mudanza de Paca. Por más suposiciones que hacía, por más conjeturas que formaba, no podía encontrar un indicio que la llevase á deducir, con fundamento, la causa de aquel cambio de domicilio. «¿Sería ésta el amor que Paca había inspirado á su casero? Que este amor existía, no tenía duda alguna; pero ¿en qué forma podía haber influído para obligar á su hermana á tomar aquella determinación?» Esto, como ya hemos dicho, preocupaba mucho á Clara, y de ahí que la ocasión elegida por el niño para ponerse chinche, fuese de las peores.

El, que, por lo general, era callado, dió en hablar más que un sacamuelas; su curiosidad, comedida en todas ocasiones, desbordóse de tal manera, que no había objeto ni persona que no le diese motivo para formular una pregunta, y si ésta era contestada, una discusión.

Turbadas, por esta causa, á cada paso, las preocupaciones de la tía, el humor de ésta iba empeorando de un modo alarmante.

—Tía, ¿por qué van los soldados de gala?

—Porque les da la gana.

—¿Los soldados se ponen de gala cuando les da la gana?

—Niño... es que es el santo de no sé quién... de la reina.

—Oye... ¿la reina es la mujer del rey?

—Sí...

—¿Y por qué es la mujer del rey?

—Porque... ¿Pero es que me vas tú á mí á marear? Pues dí que parece que has comido lengua... Anda de prisa... no te pares... ¡Mira, Bernardito, que te voy á dar unos azotes como para ti solo!

Callaba el niño, ante la perspectiva de los azotes, que en la tía no eran vana amenaza, y, á los pocos momentos, volvía á la carga, asegurando que, cuando fuese grande, quería ser cochero. Enfurruñábase nuevamente la tía, discutían, callaban, cogíalo de la mano, llevándole á remolque, y, por último, juraba que no volvía á salir á la calle con su sobrino, aunque la hiciesen migas.

En esta forma llegaron á la calle de Luchana. Clara, temiendo que su hermana no le dijese la verdad, quería hablar antes con la señora Gertrudis.

La portera, después de besar á tía y sobrino más que á imagen milagrera, y de enterarse minuciosamente de la salud de los abuelos, entre lágri-

mas, hipos, suspiros y lamentaciones, refirió á Clara todo lo ocurrido.

—Ya ves tú—decía al concluir—que esto está fuera de sentido; que no tiene explicación posible... Después de decirle el amo que no se apurase, que ya pagaría cuando pudiera, que él no tenía prisa.... ¡Si hasta, bien mirado, es un desprecio, un desaire! ¿No te parece? Y así lo tomó el señorito. Aquel mismo día, por la tarde, fuí á decirle lo ocurrido y había que ver la cara que se le puso, que yo creí que me le daba algo. Blanco, blanco como el papel se quedó... No acertaba ni á hablar... Y ¿sabes lo que me dijo? Pues que echara la llave á la buhardilla, que no se alquilaba á nadie.

Claro está que la señora Gertrudis se guardó muy bien, como había hecho en otras ocasiones, de decir nada de la *inclinación* del señorito hacia Paquita; pero no necesitó de esto Clara para comprender que no iba descaminada al pensar que el amor había sido la causa del traslado de su hermana. Faltábale solamente saber lo que había pasado y la parte que en ello hubiese representado Paca.

Al despedirse de la anciana para encaminarse al nuevo domicilio de su hermana, se suscitó el más serio altercado que en toda la tarde habían sostenido tía y sobrino: éste no quería andar ni á tres tirones: quería subir á ver á mamá, que tendría caramelos. De nada sirvió que la tía le dijese que mamá ya no vivía allí, que se había mudado á otra casa: Bernardito se sentó en el suelo y dijo que ni Cristo había pasado de la cruz, ni él pasaba de la calle de

Luchana. El momento de la anunciada azotaina llegó para desdicha del joven rebelde, que, no obstante las amparadoras manos de la portera, recibió unos cuantos azotes que hicieron brotar las lágrimas de sus ojos.

Clara, que adoraba á su sobrino, más dolorida de los golpes que él mismo, lo cogió en brazos y secándole las lágrimas echó á andar, al mismo tiempo que decía con la misma seriedad que si hablase con una persona mayor:

—¡Si te lo estaba diciendo; si te lo estaba anunciando!... ¡No has querido hacerme caso... y ahí está!

—¡Yo quiero ir con mamá!...

—¿No estás oyendo que vamos á verla?

—¡Yo quiero ver á mamá!...—repetía el niño con desesperante terquedad.

Clara tomó la determinación más propia del momento, la de no hacerle caso, y siguió caminando. Al llegar á la casa lo dejó en el suelo, y, llevándole de la mano, penetró en el portal. Confirmadas las señas por la portera, Clara subió hasta el tercero derecha.

Bernardito, dudando hasta el último momento de que fuesen á ver á mamá, abstúvose de llamarla, según tenía por costumbre.

Atenta Paca á las pisadas que sentía en la escalera, antes de que su hermana llamase, abrió la puerta.

¿Para qué relatar la escena de mutuas caricias entre madre é hijo? Estas fueron, por parte de ella, apasionadas como nunca; revestían ese calor con

que se manifiesta el cariño á una persona á quien se ha ofendido sin razón.

—¿Estás sola?—preguntó Clara, observando que ningún ruido se escuchaba en el interior del piso.

—Sí. Hace un momento se han marchado Luciana y su padre.

Claro es que lo primero que Paca tuvo que hacer, fué explicar á su hermana quiénes eran aquellos personajes, ya que nunca le había hablado de su nueva amistad.

Padre é hija, modelos de discreción, habíanse ausentado con el pretexto de ir á dar un paseo, creyendo que así, las dos hermanas, estarían con más libertad para hablar de sus asuntos. «En otra ocasión conocerían á Clara; y acaso regresaran antes de que se marchase, cuando ya hubieran hablado cuanto hubiesen querido.»

Clara, cuyo carácter, al igual que el de Paca, se avenía muy mal con el disimulo, abordó resueltamente la cuestión.

—No me engañes, Paca—dijo con acento solemne—: díme la verdad... ¡mira que soy tu hermana!

—¿A qué viene eso? ¿Por qué me miras así?

—Porque quiero leer en tus ojos, para ver si me engañas.

—¡Qué tontería!

—¿Por qué te has marchado de la calle de Luchana?

—Porque ya estaba yo como sobre ascuas en aquella casa, con aquel atraso que no podía pagar. Además...

—Además... ¡qué!...

—Que llegué á comprender que tú tenías razón... que todas aquellas amabilidades de mi casero eran muy sospechosas y que enteramente parecía que Alfredo quería hacerme el amor.

—Alfredo... y, ¿dices así, con esa naturalidad, Alfredo?

—Mujer, entre nosotras, qué de particular tiene.

—¡Ay, Paca... tú me engañas!

—¿Que yo te engaño?

—Sí, me engañas.

—¿Por qué?

—Porque dices que comprendiste que... *Alfredo* te hacía el amor...

—¡Claro!

—... pero no me dices que también comprendiste que tú estabas enamorada de él; que lo estás.

Las palabras de Clara, fueron como una bomba que estallase á los pies de Paca.

La confesión dolorosa, cruel, de la falta, estuvo á punto de salir de su boca; pero se contuvo: hacer aquella confesión en presencia de su hijo, aunque éste, por ser un niño, no pudiera comprender las palabras de su madre, era superior á sus fuerzas. Aquella criatura, creciendo ante sus ojos, hacíase hombre que, con acento severo, le reprocharía su conducta y la rechazaría á ella...

Paca, pues, se defendió tan heroicamente, que Clara, si bien lo leía en el rostro de su hermana, no pudo arrancarle una confesión clara y terminante de su amor.

—Sea lo que sea, creo que has hecho bien en marcharte de allí; has debido hacerlo antes... Es más: debes ir pensando en volver con nosotros.

—¿Volver al lado de mi marido? ¡Nunca, nunca...!

Aquí juzgó oportuno Clara hacer saber á Paquita que Bernardo estaba herido, en la cama, y así lo hizo, aunque ocultando el verdadero motivo de la herida.

Paca no sufrió gran emoción al oir el relato; no podía sufrirla...: su corazón estaba muerto para aquel hombre, que no había dado un solo paso para hacerse perdonar... ¡Su corazón era ya de otro!

No se le escapó á Clara el poco ó ningún efecto que la noticia causaba en su hermana, y esto le produjo honda impresión. No era posible dudar de que Paca estaba enamorada *del otro*. Las consecuencias que ello podría acarrear pasaron rápidamente por su imaginación, y la intrépida muchacha tuvo miedo. Paquita se sentía violenta ante su hermana: la mirada de ésta era la de un severo juez que trata de penetrar, hasta lo más recóndito, en el pensamiento de un criminal. A cada momento se levantaba, con el más fútil pretexto, para librarse de tal suplicio: jugaba con el niño, bebía agua... íba y venía á su cuarto, á la cocina... y, por último, volvíase á sentar.

Don Lorenzo y Luciana llegaron en su ayuda. Paquita respiró con avidez al oir la campanilla.

La conversación se generalizó entre los cuatro personajes en forma cordial y cariñosa. A los pocos momentos de empezada ésta, tanto el padre como

la hija, trataban ya á Clara como si la conociesen de toda la vida.

Luciana se indignó cuando supo que Paca no le había dado galletas, de las que había en el aparador, á Bernardito, y se apresuró á remediar la falta.

—¡Qué falta de confianza, mujer—decía muy seria la joven—; sabiendo que todo lo que hay en la casa es tuyo!

Hasta las ocho se prolongó la agradable conversación; á esa hora se despidieron. Clara salió contentísima por la clase de personas con quienes estaba su hermana; muy disgustada por el descubrimiento que había hecho del amor de Paquita. Aquel nuevo aspecto del asunto complicaba la vida de todos de una manera que no había podido prever.

Ni por casualidad pensó que su hermana hubiese podido faltar á sus deberes de mujer honrada; pero, ¿y si eso llegaba á suceder? No era de esperar tal cosa, pero...

Clara, que en la vida de taller había adquirido más picardía y experiencia de la vida que su hermana, no podía dejar de oponer aquel «pero» á las seguridades que se daba. Tantas cosas había oído contar á sus compañeras de obrador, que no se sentía tranquila. Desde luego, acordó, en su fuero interno, no decir nada á su madre; pero también se propuso, á pesar de las recientes negativas de Paca, que ésta volviese á casa. La empresa tenía muchas dificultades, mas era necesario intentarla.—«No se daba ella á partido tan fácilmente... Si el amor al marido no existía, quedaba el amor al hijo.»

Cuando llegó á su casa, Doña Micaela la recibió con gran misterio.

—¿Qué pasa, mamá?—preguntó la joven con curiosidad.

—¡Tú qué sabes, hija mía, tú qué sabes!

—Si no me lo dice usted, claro que no lo puedo saber.

Doña Micaela, acercándose mucho á su hija y mirando con recelo hacia la alcoba en que estaba Bernardo, dijo, con mucho sigilo:

—Bernardo, desde que saliste, ha preguntado ¡tres veces! por ti.

—¿Por mí?

—Y por el niño... ¡Asómbrate!

—Y á mí, ¿á qué santo me llama?

—¡Ay, hija mía de mi alma, si Dios quisiera que este hombre volviese á la realidad!

Desde que, tres días antes, lo metieran en la cama, Bernardo no había visto ni hablado, y esto poco, más que á su suegra: Clara no había vuelto á entrar en la habitación. Si en la casa no hubiese habido otra persona que ella para cuidarle, se habría muerto sin remisión.

Privado en absoluto del vino, había ido recobrando, poco á poco, la lucidez de los sentidos. En aquellos tres días de aislamiento, su cerebro había vuelto al uso de las facultades que perdiera. Las ideas, libres de la modorra alcohólica que las tuviera inactivas, volvían á rebullir; y, como las raicillas de la planta, por entre la tierra, así empezaban á deslizarse, siguiendo las sinuosidades de la inteli-

gencia de Bernardo. Su conciencia, con formidable bostezo, empezó á dar señales de vida.

A solas consigo mismo, su memoria hacíale recordar, muy vagamente, lo ocurrido con Clara. Algo le habló también el corazón, algo le dijeron sus sentimientos; pero sus palabras, cual las que pronuncia el niño que rompe á hablar, eran aún ininteligibles. Aquel lenguaje era demasiado incipiente para que los mal despiertos sentidos del herido pudieran descifrarlo.

Es verdad que se encontraba muy solo; pero no acertaba á explicarse las causas de aquella soledad; echaba algo de menos, y no sabía decir lo que era.

Abismado en sus nacientes ideas, repetimos, no hablaba más que lo indispensable, limitándose á tomar lo que Doña Micaela le daba, sin hacer objeción alguna.

La escena ocurrida con Clara, días antes, fué tomando vigor en su cerebro. Sintió deseos de ver á su cuñada... y aquel día la llamó: Clara no estaba en casa. Preguntó por el niño: el niño había salido con la tía. Bernardo preguntó dos veces más, y como Doña Micaela le respondiese que aun no habían regresado, resolvió esperar pacientemente, sin hacer más preguntas.

Cuando, á cosa de las ocho y media, sintió en el comedor la voz del niño y de su tía, se incorporó sobre un brazo, y escuchó atentamente. Hablaban en voz baja... Al cesar el murmullo de la conversación, con voz tranquila, llamó:

—¡Clara!

XVI

Madre é hija, al oirle, enmudecieron, quedando suspensas. Bernardo, viendo que nadie le respondía, repitió la llamada.

—¿Estás viendo como te llama?—dijo Doña Micaela.—Anda..., entra...

—¿Yo? ¡No será eso verdad!—respondió Clara, encaminándose á su cuarto para cambiar de traje.

Doña Micaela, tras de un momento de confusión horrible, en que su apocado espíritu no sabía qué partido tomar, entró en la alcoba de su yerno.

—¿No ha venido Clara?—preguntó éste con afán.

—Sí... ya ha venido con el niño.

—¿Y por qué no me contesta?

Doña Micaela, viéndose en el tremendo conflicto de no saber qué responder, optó por no decir nada.

—Dígale usted que entre, que quiero verla.

Quedóse mirando la buena señora á su yerno así, como si quisiera decir—«te creerás que no hay más que mandarla entrar para que lo haga, ¿verdad?»—; después salió al comedor, á tiempo que Clara lo hacía de su cuarto.

Con la garganta seca y la lengua pegada al pa-

ladar, la madre se dirigió á la hija, y le habló así:

—Clarita..., hija mía, Bernardo dice que entres, que quiere verte.

—Yo no quiero verle á él.

—Mujer, sé condescendiente; hazlo por mí... ¡Quién sabe lo que te querrá decir..., quién sabe si Dios le habrá tocado en el corazón!...

—No se haga usted ilusiones, mamá... ¡No entro, no entro... y no entro! ¿No dice usted que llamaba también al niño?

—Antes, sí; ahora no ha dicho nada.

—Pues si no necesita ver á su hijo, menos necesitará verme á mí.

Bernardo, que desde la cama oía el rumor de la conversación, aunque ésta era sostenida en voz no muy alta, volvió á llamar á su cuñada, primero, y después al niño.

—Anda, hijo, anda; entra á ver á tu padre...

Cogióle Doña Micaela de la mano y entró con él en la alcoba.

Bernardito no iba de muy buen grado que digamos. La abuelita le acercó á la cabecera de la cama; su padre le acarició y le besó.

No obstante el afecto con que el padre le hablaba, el pequeño procuraba desasirse.

—Díle á la tía que venga—murmuró Bernardo, dejando que el niño echara á correr.

Salió el pequeño de estampía, seguido de la abuela, y no paró hasta la cocina, lugar donde se encontraba Clara.

—Tía, dice papá, que vayas.

—¿También tú? Pues dí que no le ha entrado á tu padre poco fuerte.

Acudió la abuela en apoyo del nieto, pero todo fué inútil: Clara se negó obstinadamente á entrar en el cuarto de su cuñado.

Resignada la madre, púsose á preparar una taza de caldo que debía tomar el herido.

Sentada en la silla de cocina, Clara había subido sobre las rodillas á su sobrino, y hacíale saltar sobre ellas.

Preparado el alimento, Doña Micaela se dirigió á la alcoba de Bernado. Enfriando el contenido de la taza con la cuchara, se acercó á la cama.

—Toma esto ahora... y ten paciencia: ya sabes el genio de Clara... Luego entrará...

Doña Micaela estuvo á punto de dejar caer la taza al oir la respuesta de Bernardo:

—No tomaré nada mientras ella no entre.

—Pero...

—Le dice usted á Clara que no volveré á tomar nada mientras ella no me lo traiga.

La buena señora se quedó algunos instantes con la taza en una mano y la cuchara en la otra, sin saber qué partido tomar. El conflicto que se planteaba era verdaderamente espantoso: obligar á Clara á lo que Bernardo deseaba era igual que pretender que un toro gateara por un árbol; y que el herido estuviese sin tomar alimento, era imposible... ¿Qué hacer en aquel trance, demasiado complejo para su apocada inteligencia? Muchas cosas quería ella decir á su yerno, pero no sabía cómo ni de qué

manera hacerlo. Persuadida de que no sabría convencer á Bernardo, salió de la alcoba pensando de qué manera persuadiría á Clara. Cierto que sobre ésta influía mucho el cariño que profesaba á su madre; pero era el caso tan excepcional, que dudaba mucho de poder resolver el conflicto por este lado.

Clara seguía jugando con el niño, cuando Doña Micaela, revelando en su arrugado semblante toda la confusión que sufría su espíritu, entró en la cocina.

—¿Qué le pasa á usted, mamá?—preguntó Clara, comprendiendo que algo grave le sucedía.

—¡Que no quiere tomar el caldo!

—¡Ah!... ¡Déjelo usted, será que no tenga ganas!

Doña Micaela contestó con un movimiento negativo de cabeza.

—¿Que no?

—No. Dice que ya que no quieres entrar, él no vuelve á tomar alimento mientras que tú no se lo lleves.

—¡Pues para rato tiene entonces!

La pobre abuela, al oir la resolución con que Clara había pronunciado aquellas palabras, no se sintió con ánimos para discutir.

Dispuesta la cena, sentáronse ante la mesa. Ni la madre ni la hija hablaron una sola palabra. Al único que se oía, alguna que otra vez, era al niño. Don Antonio los contemplaba con amor.

Terminada la modesta colación, la abuela, inquieta por el tiempo que llevaba Bernardo sin tomar el caldo, volvió á insistir con Clara, apelando para

ello á todos los consejos y reflexiones que creyó más pertinentes:—«Bernardo, en los días que llevaba de cama, parecía cambiar gradualmente y volver á su primitivo ser, bueno y honrado. La mejor prueba era que, al cabo del tiempo, volvía á ocuparse del hijo. ¿Que ni siquiera había nombrado á Paquita? Todo no podía ser á la vez. Aun no se hallaba completamente despejado aquel cerebro. Pero ella, Clara, que tan buena era, debía poner de su parte todo lo posible para ver si la casa recobraba la tranquilidad perdida... Bastante les quedaría con la enfermedad del pobre papá.»

Clara, aunque seguía negándose, parecía vacilar.

—Hazlo por nosotros, Clarita; yo te lo ruego... Quizás dependa de ti el que Bernardo siga por el buen camino; que tu pobre hermana vuelva á casa, con sus padres, con su hijo, contigo...

—¿Y quiere usted que después de lo ocurrido doble yo la cabeza y vaya todavía á pedirle perdón?

—No, hija mía, no es que vayas á pedirle perdón... es que tú, como eres buena, debes sacrificarte... Cuando con tanto empeño quiere verte...

La pobre madre, al decir esto, rompió á llorar con gran desconsuelo.

—Bueno..., bueno; déjese usted ahora de lloriqueos; no faltaba más que eso—dijo la muchacha demostrando en su acento que estaba vencida.

Clara, en efecto, se levantó de su asiento y fuése en derechura del cuarto de su cuñado. Desde la puerta, con una mano apoyada en el quicio de la misma, exclamó agriamente:

—¡Aquí está Clara!... ¡Qué hay con tanta Clara!

Bernardo, que no esperaba ni mucho menos la aparición de su cuñada, incorporóse bruscamente en el lecho y se quedó mirándola.

—Gracias á Dios, mujer—dijo después.

—Qué es lo que te ocurre; despacha, porque no estoy para perder el tiempo.

—Entra..., entra... que no te como.

—No, si ya lo sé... Y tú también sabes que á mí no me comes con tanta facilidad.

Al oir Doña Micaela el tono con que hablaba su hija, sintió que las piernas se le doblaban.

—¿A qué viene ahora eso de no querer tomar nada, si yo no te lo traigo?—siguió diciendo la muchacha.— Cualquiera diría que no puedes vivir sin mí.

—Mira, Clara, no quiero que me hables en ese tono.

—No, si todavía tendré que pedirte perdón.

—No eres tú quien tiene que pedirlo. Aunque te tomaste la justicia por tu mano, y, por lo tanto, como quien dice, yo he pagado mi deuda... Pero... hazme el favor de entrar; ven, siéntate aquí...

—Anda, mujer, entra—dijo Doña Micaela por lo bajo, al mismo tiempo que empujaba suavemente á su hija.

—Vamos... ¡que tiene esto que ver!—exclamó Clara entrando en la alcoba y sentándose en una silla, próxima á la cabecera de la cama.

Bernardo se quedó mirándola breves momentos. En su cara se reflejaba una gran alegría. Clara, ner-

viosa, inquieta, habíase sentado de manera que casi quedaba de espaldas á su cuñado.

Bernardo, no sin cierto temor, empezó á hablar:

—Clara..., tú sabes muy bien que yo no estaba en mi juicio... ¡Perdóname!

La joven no respondió.

—En estos días de cama he pensado mucho, he reflexionado... Yo he sido malo para vosotras; pero vosotras no habéis sido buenas para mí.

Al oir esto, la joven se levantó, con aire decidido, para marcharse; pero él, cogiéndola por la falda, la detuvo.

—Siéntate y escucha... Alguna vez he de hablar yo; no has de ser tú siempre. Digo que no habéis sido buenas para mí, no porque no lo seais, sino porque no habéis querido comprender que yo no estaba en lo que me hacía.

—¿Te hemos mandado nosotras que te emborracharas?, ¿que dejaras el trabajo?, ¿que abandonaras á tu mujer y á tu hijo?

—Escucha: á mí se me ocurren muchas cosas, que cuando voy á decirlas se escapan, y no sé..., no sé expresarlas; pero sí puedo decirte que lo que siento es bueno..., ¡muy bueno!...

—Lo que tú sientes es no haber acabado con todos nosotros.

—No lo creas. Si supieras lo que yo estoy pasando...; si supieras, en estos días que nadie más que tu madre ha entrado aquí, qué solo me he encontrado...

—Más debías estar.

—Oye: díme que me perdonas.

—¿Y qué adelantamos con que yo te perdone? —dijo Clara, sintiendo desvanecerse su rencor ante el sincero tono de arrepentimiento de su cuñado.

—Que tú me ayudes á alcanzar otro perdón.

La joven sintió que la alegría estremecíala de pies á cabeza.

—Díme que me perdonas...

Después de un momento de silencio, Clara respondió, haciendo grandes esfuerzos para ocultar su alegría.

—Bueno..., bueno...; sí, te perdono.

—No me lo digas así, mujer; vuélvete para que yo vea la cara con que lo dices. Mira que no sabes lo que yo te quiero... ¡Yo mismo no lo sabía hasta que me he visto abandonado por ti! Si fueses una hermana, no te querría más.

La muchacha, volviéndose bruscamente en la silla, quedó de frente á Bernardo.

—Bueno; pero mírame... Así...

—Vamos, vamos..., déjame en paz. Voy á decirle á mamá que te traiga el caldo.

—Si no lo traes tú, no lo tomo.

—Pero es que te has propuesto...

—Hacer las paces contigo.

—Hasta que salgas á la calle y cojas la primera...

—No me volveré á emborrachar jamás.

Clara se levantó y quedó mirando á su cuñado con fijeza.

—Me lo dices..., ó me lo cuentas.

—Te lo juro.

—Bueno: pues que sea enhorabuena.

—Te es indiferente.

—No; ni mucho menos; pero como no te creo...

—Ya lo verás.

—Ya lo veremos.

—¿Quieres traerme el caldo? Tengo hambre.

Clara vaciló un segundo, y después salió de la alcoba, para volver, á poco, con el alimento pedido.

—Vamos..., ¡aquí está el caldo!

En dos sorbos se lo echó al coleto Bernardo; lo que fué lo mismo que echar una gota de agua en el mar. Cuando hubo terminado, Clara hizo ademán de retirarse; pero él la retuvo, haciendo que se sentase.

—¡Ya estoy sentada!

—Yo quiero borrar lo pasado de tal manera que no quede nada, y quiero que tú, que eres tan buena...

—Gracias.

— ... quiero que tú me ayudes.

—Para ser bueno no te hace falte la ayuda de nadie.

—Para ser bueno, no; pero para lo que yo quiero, y sin lo cual creo que no podré serlo del todo, sí.

—¿Y qué es ello?

—Clara..., ¿dónde está Paca?

—¿Dónde? En sitio donde no puedas encontrarla.

—Quién sabe. El otro día me pareció verla salir de una casa de gente rica.

—¡Tú sueñas!—replicó Clara poniéndose suma-

mente pálida, al pensar que aquella casa podía ser la de Alfredo. Tentaciones tuvo de preguntar á su cuñado, para salir de dudas; pero no se atrevió por no despertar sospechas.

—Sí; yo creo que en aquel momento soñaba; por lo menos no estaba en mi cabal juicio.

—¡Ay, el vino..., el vino!...

—Pero tú sabes dónde está: dímelo.

—¿Para qué? ¿Para que vayas á vapulearla como quisiste hacer en la glorieta de Bilbao? ¡Qué bonito, pegar á una mujer!

—¡Te lo ha contado!

—Como tú te lo callaste.

—Bueno, no importa: ya no soy aquél. Quiero que me digas en dónde está..., porque quiero que vuelva á casa.

—Lo dudo.

—Yo se lo pediré de tal modo, que no podrá negarse... ¿Dónde está?

—Mientras ella no consienta, no puedo decírtelo; y aunque ella consienta, yo no te lo diré hasta que no esté muy segura de tu arrepentimiento. No creas que es con ella sola con quien tienes que entenderte. Si fuesen otras las causas de lo que pasa en esta casa, yo no me metería en nada; pero siendo por lo que es, sí.

—¿Qué prueba quieres de mi arrepentimiento?

—No eres tú, sino el tiempo, quien ha de darla.

—Es que yo no puedo vivir sin mi Paca. Al recobrar la razón, no sabes qué vacío noto en la casa... Si ella no vuelve, creo que reincidiré...

—¡Tú verás lo que haces!

—Díselo tú... ¡Díle que vuelva!

Clara se sintió verdaderamente conmovida al escuchar á su cuñado. En su alma bullían encontradas ideas: «Bernardo reclamaba la presencia de Paca; ésta juraba que no volvería junto á su marido. Bernardo parecía amar más que nunca á su mujer; en el corazón de Paca había fundamento para sospechar que se operaba una crisis peligrosísima y poco favorable para Bernardo.»

Clara se sintió consternada ante tales ideas. Nada prometió á Bernardo; pero dulcificando su tono, le prometió que si se portaba bien, la tendría, á ella, á su lado, para tratar de conseguir el regreso de Paquita.

Bernardo durmió aquella noche más tranquilo; Clara, por el contrario, se levantó para ir á trabajar, sin haber pegado los ojos. Él pudo ya definir sus sentimientos y descifrar lo que su corazón le hablaba; ella sentíase más y más confundida. «¿Qué pasaría? ¿Aquella obstinada negativa de Paca, era resultado de la repulsión que su marido le causaba, ó era efecto de un amor culpable?»

La joven no sabía qué pensar. Lo único que sabía decirse era que, si Bernardo volvía al buen camino, Paca debía perdonar y volver á casa. Después de todo, en el fondo, tenía razón: borracho como estaba siempre, ¿cómo responder de sus actos?

La situación, pues, lejos de aclararse con el arrepentimiento de Bernardo, se complicaba de un modo inesperado.

Doña Micaela, en cambio, veíalo todo tan de color de rosa, que aquella noche durmió como en brazos de los ángeles. *Aquello tomaba un buen cariz.* En sueños vió volver á casa á Paquita, á su hija adorada; trabajador y formal á Bernardo, curado á su esposo... ¡Cuánto tiempo hacía que la infeliz no dormía con la tranquilidad y el sosiego que aquella noche! Es lo que ella decía: «La resignación es una virtud que tarde ó temprano alcanza su premio». Y el premio que ella ambicionaba era el de ver á los suyos contentos y dichosos...

XVII

Bernardo, completamente restablecido, era, en su nueva vida, admiración de propios y extraños. Nadie hubiera podido esperar en él un cambio tan radical en sus costumbres. Desde el primer día que salió á la calle, causó en la familia una verdadera estupefacción verle volver á casa completamente sereno. Como quiera que fuese un excelente oficial, en su oficio, pronto encontró trabajo, que regularizó y metodizó su vida de una manera absoluta.

El puntual ingreso de lo que abonaba á Doña Micaela, fué un respiro para ésta y para Paquita, que ya pudo guardar para sí lo que ganaba. Aquello era la paz tras de la guerra, el bienestar tras de la escasez. La misma Clara, dando al olvido lo pasado, sentía renacer el cariño que siempre tuvo á su cuñado. Volvió á tratarle con afecto y á cuidar de él como en otros tiempos. Para que la transformación de Bernardo fuese completa, éste volvió á ser el hombre aseado y cuidadoso de su persona, que siempre había sido. Su cara recobraba, por días, el color sano y saludable que siempre tuviera; su mirada, al perder la expresión estúpida de la borra-

chera, volvía á ser viva é inteligente. Unicamente notábase en él una cierta seriedad, una preocupación que le hacían poco hablador y un tanto taciturno. A pesar de esto, cuando le hablaban, siempre contestaba con amabilidad y cortesía. Bernardito íbale perdiendo el miedo paulatinamente, y con frecuencia se le veía á caballo sobre las rodillas de su padre, que, sin extremos ni exageraciones, le besaba y acariciaba. Hasta el mismo paralítico parecía haber dulcificado su modo de mirar, y ya no era tan aplicado en el estudio de las rayas de los ladrillos; entonces ya no pensaba en otra cosa que en el regreso de Paquita: ya no era un imposible.

Un día, Bernardo volvió á instar á Clara para que le dijese dónde estaba Paca. Quería verla, tenerla nuevamente á su lado; sólo le faltaba ella para ser feliz completamente.

Clara, indecisa aún, no porque dudara ya de la conducta de su cuñado, sino por verdadero temor de afrontar la situación con Paca, díjole que tuviese paciencia; que desde luego podía contar con ella, pero que su hermana estaba muy dura...

El, resignándose, no volvió á insistir y esperó. Al principio sostuvo consigo mismo agrios altercados. El *señor aquel* no se apartaba de su imaginación; perduraba en ella con obstinación desesperante. Aquella mujer que tan rápidamente viera desaparecer en la casa del paseo de la Castellana, unas veces tomaba la forma de Paquita; otras, adelgazando ó engordando, creciendo, cambiando el tono del color del pelo, desfigurábase de tal for-

ma, que Bernardo la desconocía. No, no era ella la que él había visto.

Poco á poco, tales ideas se fueron desvaneciendo y la duda dejó el paso franco á la fe: Paquita era honrada, era buena: dudar de ella era un crimen, una infamia.

Con frecuencia observaba Clara, en las comidas, que Bernardo fijaba con insistencia su mirada en el vasito de plata del niño; pero, como nada decía, ella callaba también.

Doña Micaela dió el golpe de gracia á la indecisión de su hija, diciéndole que si no hablaba con Paca sobre la vuelta de ésta al hogar, ella misma iría á hacerle comprender que su actitud ya no tenía razón de ser.

Aprovechando que en aquella semana había un día de fiesta intermedio, Clara pensó en ir á ver á su hermana y plantearle la cuestión.

Llegó el día prefijado, y la joven se dispuso á poner en práctica su proyecto. Empezó á vestir al niño, para llevárselo con ella, según costumbre; pero el padre hizo saber su determinación de convidarle al teatro.—«Hacía tanto tiempo que no salía con él, que tenía verdaderos deseos de hacerlo.»

Al oir lo del teatro, el pequeño empezó á palmotear y se abrazó á su padre, para que la tía no tuviese duda del agrado con que había acogido la noticia.

Clara no sabía qué hacer, ni qué decir. Bernardo, comprendiendo lo que pensaba, se apresuró á tranquilizarla:

—Puedes estar sin cuidado..., que va con su padre.

Clara recobró al momento la confianza. No tenía por qué temer, no: el miedo que repentinamente la sobrecogiese, de que su cuñado pudiera hacer una trastada, no tenía razón de ser.

Juntos salieron los tres, y juntos fueron hasta Antón Martín. Al despedirse, Bernardo preguntó á su cuñada si iba á ver á Paquita. Como aquélla diera una respuesta afirmativa, él le dijo:

—Suplícale que vuelva pronto á casa...

Clara no respondió. Inclinóse para besar al niño, y se despidió de Bernardo.

Preocupadísima llegó á casa de su hermana. Don Lorenzo había salido. Luciana se retiró discretamente á otra habitación.

Paca conocía la reciente transformación de su marido, pero ignoraba el vehemente deseo que tenía de que ella regresara á su lado, así es que, cuando supo aquella tarde lo que se proyectaba, sufrió una violentísima emoción... No era ya solamente la repulsión que su marido le inspiraba, era el recuerdo de la falta por ella cometida, que de acusadora trocábala en acusada; era el amor grande, verdadero, que sentía por Alfredo; amor que constituía un verdadero obstáculo para la reconciliación de ambos esposos. Paquita sintió miedo ante la idea de volver á casa de sus padres.

Apremiaba Clara para que diera una razón que justificase la negativa; respondía Paca que demasiado conocía las causas.

—No digas eso, Paca: si en aquel entonces yo te di la razón, reconociendo que tenías motivos más que sobrados para separarte de tu marido, ahora te la quito, ahora te digo que no tienes motivo ninguno... Si Dios perdona al que se arrepiente, ¿no puedes perdonar tú? ¿O es que vas á ser más que Él?

—Bernardo tardará poco en volver á las andadas—argumentó Paca, viéndose acorralada.

—Yo te digo que no... ¡Si estaré segura de ello, cuando le he dado palabra de llevarte á casa!

—¿Tú has dado esa palabra?

—Yo, sí... ¿Por qué no? ¿Es que un hombre que se arrepiente de sus faltas; que se ve que no come, ni duerme pensando en ti; que si antes te quería como uno, ahora te quiere diez; que cuando te mienta, parece que nombra á la Virgen Santísima, no merece que se le dé esa palabra? ¿Y nuestros padres, no representan nada para ti? ¿Y tu hijo, Paca, no piensas en él?

Al llegar Clara á este punto de la arenga, Paquita no pudo ya contener el llanto que hacía tiempo pugnaba por brotar de sus ojos.

Suspendió Clara su discurso, y atenta sólo al sufrimiento de su hermana, prodigó á ésta toda clase de consuelos.

—Parece mentira que tengas tan poca confianza con tu hermana—continuó diciendo, cuando Paca se hubo serenado un poco.—A ti te ocurre algo... grave... ¿Por qué no me lo confías? ¿Qué tienes ahí guardado en tu corazón, que tanto afán pones

en ocultarlo? ¿Tú no quieres decírmelo? Pues te lo voy á decir yo: Paca... ¡tú estás enamorada de ese Alfredo, como tú dices, á quien en mal hora encontraste en tu camino. Ya sabes que hace tiempo lo vengo sospechando; ya sabes que, en cierta ocasión, te dije que me parecía muy preciso que, cuanto antes, volvieses á casa.

Paca, no sabiendo cómo ocultar su rubor, inclinaba la cabeza sobre el pecho y nada respondía. Su respiración era agitada é irregular; con frecuencia tenía que hacer grandes esfuerzos para contener los sollozos. En su interior sostenía una lucha espantosa: sentía necesidad de desahogar su corazón, confiando á Clara sus pesares, su desesperación... ¡su deshonra!; pero cuando iba á hablar, la vergüenza atenazaba su lengua y sellaba sus labios... ¡Pobre corazón el de la modistilla!...

—Mira que con tu silencio vas á dar lugar á que piense que lo que te sucede es mucho peor de lo que yo me figuro...

Aquellas palabras hicieron en Paca el efecto de una sacudida eléctrica. Aspiró con fuerza para llenar de aire sus angustiados pulmones; irguió el caído busto con decisión, y cruzando, en actitud desesperada, sus manos, exclamó:

—¡Y no te equivocarías!

—¡Qué dices, Paca, qué dices!—gritó sin poderse contener Clara, cogiendo con ambas manos los brazos de su hermana y sacudiéndola nerviosamente.

—¡Calla... pueden oir!

Luciana, que, como ya hemos dicho, se había retirado á otra habitación, sobrecogióse al oir el grito; pero, como nada volviese á escuchar, no hizo caso.

Silenciosas lágrimas caían de los ojos de Paca. La confesión de su hermana había dejado anonadada á Clara.

—Vamos, Paca..., explícate, ¡por Dios! Sin duda padecemos un error... y yo doy á tus palabras mayor alcance del que tienen... ¡No puede ser otra cosa!...

—No les das mayor alcance, por desgracia: quizás te quedas corta.

—Habla, habla ya de una vez.

Paquita, con ademán dolorosamente tranquilo, empezó el relato de sus desdichas, á partir del día en que conoció á Alfredo. Clara escuchaba con atención.

«No podía negarse que las circunstancias habían coadyuvado de una manera fatal á la desgracia de Paquita. Aquel encuentro en la glorieta de Bilbao; aquella coincidencia de ser Alfredo quien saliera en su defensa; el accidente sufrido por éste... todo, en una palabra, parecía haber estado dispuesto para contribuir á su infelicidad. Ella, aun enamorada, había hecho todo lo posible para evitar el peligro; ella, que amaba con todas las fuerzas de su alma, sobreponía su deber al amor insensato que se había adueñado de su corazón.» Así pensaba Clara mientras Paca hacía su expiatorio relato. Algo había, sin embargo, en aquella confesión para lo que no

hallaba disculpa, y así se lo expresó á su hermana, cuando ésta llegó al final.

—Y tú, ¿por qué seguiste visitando á ese hombre?

—No lo sé... ¡No lo sé!...

—¡Qué hombres!... ¡Huy!...—decía la intrépida Clara.—¡Si había que!... Y que me digan á mí que cómo no tengo novio... ¡Con lo que está una viendo... es para animarse!

Paca, á su vez, preguntó si Bernardo la reconoció el día que se encontraron en casa de Alfredo, y al oir que dudaba, sintió un relativo bienestar.

—Al menos, ahora supongo que ya no verás á ese hombre—dijo Clara volviendo al asunto.

—Hablar, no hablo con él; verle, ni una sola vez salgo á la calle que no le encuentre por estos alrededores. Al principio faltó unos días, pero después...

—¿Y se acerca á ti?

—Lo intenta, pero no se lo permito.

—¡Qué imprudente! Ahora comprenderás que es de absoluta necesidad que vuelvas á casa.

—¡Nunca! Ahora menos que antes... ¿Cómo me atrevería á ponerme delante de mi marido?

—¿Cómo te atreverías? Pues atreviéndote.

—Eso sería una infamia que yo no puedo cometer: engañar así á Bernardo...

—Pues qué vas á hacer, ¿confesárselo?

Paca quedó pensativa un momento, después dijo:

—No puedo volver á casa, de ninguna manera. Volver, confesando mi falta, es imposible; con el engaño, sería infame.

—Y no volver es dar lugar á que Bernardo sospeche algo: tu negativa rotunda le haría pensar... la verdad: que estás enamorada de otro.

—¡Calla! ¡Yo no estoy enamorada de nadie!

—Más de lo que tú te figuras. Es un crimen engañar á Bernardo, mucho más ahora que está volviéndose un hombre incomparable, por lo bueno; pero ese engaño es necesario. Con ser tan grave, tan irreparable tu falta, aun pueden ocurrir cosas peores, queriendo como quieres á ese hombre; y eso sólo se puede evitar volviendo á casa. Es preciso que no te vea, para que se canse y te deje en paz. Hoy espera Bernardo el anuncio de tu vuelta; hoy, por lo menos, aunque no le diga cuándo, le diré que vuelves.

—No, no digas nada—replicó Paca con viveza.

Clara se quedó mirando á su hermana sin acertar á definir la actitud de ésta.

—¡Qué piensas, Paca!

—¡No lo sé... no lo sé!... Déjame, déjame... Estoy loca... desesperada... No sé lo que pienso hacer..., pero volver á casa, nunca..., ¡nunca!

—Pero... ¿es que tú no quieres ya á tu marido?

Paca dudó un momento antes de contestar; después, con firmeza, con resolución, exclamó:

—¡¡No!!

—Paca... ¡no digas eso! Es tu marido, es el padre de tu hijo.

—Calla, que puede oirte Luciana...

Aun permaneció Clara largo rato tratando de convencer á su hermana; pero todo fué inútil. Paca,

resistiendo á toda clase de razonamientos, permaneció aferrada á su negativa.

Llegó el momento de separarse. Con el fin de poder hablar con tranquilidad, quedaron convenidas en que el domingo próximo se verían en el Retiro.

Clara salió de casa de su hermana con el ánimo deprimido. La vida sufría para ella una mutación rápida, que le dejaba entrever aspectos de la misma no presentidos.

Temía el momento de llegar á su casa, y, sobre todo, el momento de ver á Bernardo: pensaba que éste le leería en la cara la falta de Paca. ¿Qué diría cuando le preguntara el resultado de la visita?

Mientras caminaba hacia la calle de Zurita, torturaba su imaginación para encontrar un modo de obligar á su hermana á que revocara su decisión. Ah, esto lo conseguiría á cualquier precio. No habían de pasar muchos días sin que lo lograra. Aunque Paca le había asegurado que nada tenía que temer de ella, no se fiaba: aquel hombre, persiguiéndola constantemente, era un peligro gravísimo; y en asuntos en que el corazón se halla interesado, no es posible hacer caso de palabras.

XVIII

La vida, siempre amable, risueña y complaciente para Alfredo, habíasele tornado agria, hosca y huraña; la dulce y cariñosa madre se había vuelto madrasta.

Desde el día en que la señora Gertrudis, creyendo agradar, acudiese solícita á participarle la mudanza de la modistilla, Alfredo había sufrido una transformación profunda en su idiosincrasia. El hombre de mundo, siempre afable y cortés, era entonces un temperamento susceptible y vidrioso, que á duras penas se mantenía dentro de la corrección inherente á un hombre de su condición.

La noticia de la huída de Paca, que no de otra manera calificaba aquella su repentina determinación, fué para él un golpe mortal. Haciendo un llamamiento supremo á su voluntad, para no dejar traslucir siquiera la emoción que le embargaba, se limitó á ordenar á la señora Gertrudis que le llevase la llave de la habitación, y que se abstuviese de poner en el portal el consabido cartelito: «*Se alquila una buhardilla.*»

A partir de aquel momento, fué otro hombre completamente distinto.

No dudaba de la actitud de Paquita: tan inesperada mudanza, bien claro le decía que nada debía esperar. Aquel alejamiento era la protesta, el grito de indignación de un alma ultrajada; el revivir arrogante y fiero de un honor atropellado. Sí, esa era la verdad: á pesar de su victoria, no había adelantado ni un paso en la conquista de la mujer; lejos de acercarla, la alejaba..., ¡quizás para siempre!... ¡Para siempre! Preciso es enamorarse, para poder comprender el valor de ciertas palabras.

En lucha abierta consigo mismo; tratando de sobreponer la templanza á la pasión, la razón á la violencia, Alfredo resolvió el abandono total de su empeño amoroso. Paquita no sería nunca suya: ella lo había dicho..., ¡ella tenía razón! No era su proceder el de la mujer artera, cuya estrategia tiende al mayor lucro: su proceder era el de la mujer honrada; y la estrategia de esta mujer es invencible.

Paquita, la mujer por él soñada la tarde aquella que, sentado en un banco del Retiro, estuvo viendo jugar á los niños de rubias cabecitas, de bocas frescas y rientes, de sonrosadas mejillas; la que su imaginación dibujara, confusamente, sobre el azul del infinito; la que su corazón deseaba, se perdía, para él, en la trágica y constante evolución de la vida.

Resignóse, en apariencia, á su desgracia; pero la transformación de su carácter se hizo más patente.

El primer síntoma grave de la enfermedad que empezó á devorarle fué la inconstancia de sus ideas. Resuelto á marcharse de Madrid, como primera me-

dida para ponerse en cura, una mañana dió orden á Julián de prepararle el equipaje; pero por la tarde mandó deshacerlo. La persona que un día le era agradable, al siguiente le irritaba de tal manera, que huía de ella como del demonio. Si salía en coche á dar un paseo, y daba orden de ir á la Moncloa, al llegar á la estación del Norte, cambiaba de propósito y mandaba al cochero dirigirse, por las rondas, al Retiro; y no era raro que al llegar á éste, encontrase más agradable un paseo por la Castellana.

Su cerebro era un caos en el que las ideas se declaraban en la más abierta anarquía. Cuando iba al Círculo, al llegar, preguntábase, extrañado, el porqué de haber ido allí, y acto continuo se alejaba, irritado consigo mismo.

Impotente ya para ocultar la violencia de sus pasiones, un día estuvo á punto de tener un duelo con el mejor de sus amigos, por un motivo insignificante. Los compañeros de Círculo empezaron á fijarse en el cambio que se había operado en su carácter, y pronto se susurró que la causa debía ser el amor.

Al verse descubierto, huyó de las gentes y de todos cuantos lugares frecuentaba. La soledad le asustaba, y la soledad le atraía: asustábale, entenebreciendo su ánimo, el silencio de su casa; sentía un bienestar indecible en el campo. Ibase en su coche hasta sitios lejanos de la población, y allí, apeándose, daba largos paseos. Este era el segundo síntoma inconfundible de la enfermedad de amor

que padecía. ¿Estar enamorado y no apetecer el paseo por el campo? ¡Imposible! ¿Sentir el corazón traspasado por las flechas del niño, y no ir á revolcarse por el *verde césped?* ¿á hacerle la pascua á los árboles en sus respectivas cortezas? ¡Esa no cuela!

«¿Por qué sus heridas y fracturas habían sanado?» Este era su más pertinaz pensamiento.—«Si no hubiesen curado, aun iría ella á verle.»

Sumergido en el grato recuerdo de aquellos días, que, por haber sido tan felices, era de esperar que no volviesen, parecía olvidar el amargor de los actuales. El despertar era harto doloroso y cruel; su corazón se rebelaba contra la negra realidad que le envolvía...

¡Quién hubiera oído á la doncella y á la cocinera de Alfredo hacer comentarios sobre el cambio que había dado el señorito! ¡Qué derroche de paciencia el que tenía que hacer Julián, para poder oir con calma á las dos pécoras! Si no llegaron á las manos más de una vez los tres sirvientes, debido fué á la prudencia del ayuda de cámara. ¡Cuántas veces miró *con amor* los respectivos moños de las endemoniadas compañeras!... ¡Había donde agarrar!

«*Los amores de Paco*
me tienen loca;
yo me muero por Paco.»
....

cantaba Anita con frecuencia, al arreglar una habitación, sobre todo si Julián estaba cerca.

«Y por una morena chulapa
me encuentro perdío...»

gruñía, que no hemos de ofender á las que cantan, la gordinflona cocinera.

Julián tragaba saliva y callaba... por no hablar; pero más la tragaba aún durante las comidas, al oir diálogos como el siguiente:

—¿Se ha fijado usted, Generosa, qué delgado se está quedando el señorito?

—*Espirituao.*

—¿Y todo por qué?

—Ya ves tú: por *ná.*

—Eso que usted dice: por nada; porque si no las hubiese con más mérito...

—Y luego dicen que si las mujeres somos así *ú asao*... Ahí los tienes á ellos, como falderillos, detrás de la que menos vale.

—Si es que son más asquerosos...

—Cuidado con la lengua—tenía que decir Julián, interviniendo en el diálogo.

—¿Es que no se va á poder hablar?—preguntaba Generosa, dejando el tenedor y poniéndose en jarras.

—¡La verdad!—agregaba Anita haciendo gestos despectivos.—Le digo á usted, Generosa, que tengo unas ganas de dejar de ser doncella...

—¡Cosa más fácil!—replicaba el ayuda de cámara con sorna.

—Bueno: á ver si es que lo va usted á tomar por donde quema... Se creerá usted que todas so-

mos iguales... Pues está usted equivocado, hijo mío... Quiero decir que tengo ganas de dejar de servir, para no aguantar ciertas cosas. ¿Estamos?

—Pues también eso es bien fácil.

—No tanto, para las que queremos ganarnos la vida honradamente.

—No le hagas caso Eso les pasa á todos los hombres... que no saben distinguir...

—Bueno..., bueno...—refunfuñaba Julián levantándose de la mesa, y dejando que ellas solas siguieran sacando tiras de pellejo...

Como era de esperar, llegó un momento en que Alfredo cambió por completo de modo de pensar. El amor, que no entiende de razones, volvió, con más bríos que antes, por sus fueros. Un deseo irresistible de ver á Paquita se apoderó de él. Comprendiendo que le era imposible refrenar por más tiempo su impetuosa pasión, empezó á perseguir sin tregua á la que se había enseñoreado de su albedrío. Por la señora Gertrudis supo el nuevo domicilio de Paca, y puso el sitio en regla.

Paquita, que firmemente había creído, no sin pena, fuerza es decirlo, en la retirada de Alfredo, vióse objeto de una persecución asidua, que renovó sus miedos y temores.

Lo mismo que un jovenzuelo, Alfredo se pasaba horas y más horas de centinela, esperando á que

ella saliese; pero como Paca no trabajaba en ningún taller, aquellas salidas eran rarísimas; y más raras se hicieron desde que se dió cuenta de la persecución que sufría.

Cuantas veces tenía que salir, y esto era sólo en casos de verdadera necesidad, Alfredo procuraba acercarse para hablarla; pero era de ver el gesto que ella ponía y la altivez con que cruzaba de acera, dejándole con la palabra en la boca. Ruegos, súplicas dichas en voz baja, al pasar, todo era inútil. Si él se ponía á su lado, ella, invariablemente, dando un paso atrás, atravesaba la calle.

Viendo Alfredo que aquel procedimiento no le daba resultado, tomó otro rumbo: la persecución epistolar.

Escribió la primera carta, que hizo llegar á manos de Paca por medio de la portera, convenientemente gratificada, y esperó, con el alma llena de ilusiones, la contestación. Estaba seguro de que la carta no quedaría sin respuesta: sus dulces conceptos y apasionados párrafos, en los que tan fielmente se reflejaba la desesperación que sentía, por fuerza habían de inducir á Paquita á responder algo.

Hasta tres días esperó el enamorado galán, sin resultado alguno... Entró en la portería para cerciorarse, por medio de la intermediaria, de si la carta había llegado á su destino. De esto no podía tener duda... Aquella nueva decepción le dejó aplanado; pero pronto se rehizo, y, cobrando nuevos alientos, escribió una segunda y una tercera.

La primera misiva causó á Paquita una profunda

impresión; pero ni contestó, como hemos dicho, ni varió en nada su modo de conducirse en la calle con Alfredo. Advirtió á la portera que no recibiría más cartas de aquella procedencia; pero la segunda llegó también á sus manos: la portera la había encontrado, sin saber quién la hubiese dejado, sobre su mesa de la portería. La tercera la recibió Luciana, ignorante de todo, de manos de la consabida portadora, y cuando Paca llegó de la calle, la encontró sobre su cama.

La modistilla, que se desesperaba al recibir aquellas cartas, abríalas, sin embargo, y al leer sus tiernos conceptos, sentía que el corazón le latía con dificultad. Aquel martirio era demasiado grande... ¿Cuánto no padecía la desgraciada al dejar aquellas cartas sin contestación? ¿Qué tortura no era la suya cuando, al ver á Alfredo en la calle, adivinaba el sufrimiento que le consumía?... ¡Ah, si ella fuese libre, cómo correría hacia él para decirle: no sufras más; aquí estoy, á tu lado, para siempre..., ¡para siempre!... Pero... ¡el deber!...

En aquel estado las cosas, fué cuando llegó Clara á prender la mecha que había de hacer estallar el corazón de Paquita. El anuncio del cambio de vida de su marido, lo que su hermana creyó motivo de paz y de alegría, fué para ella la gota de hiel que hizo rebosar el cáliz de su amargura. El sufrimiento llegó á su colmo. Dios la perseguía despiadadamente... El castigo de su falta era verdaderamente espantoso... No era posible dudar de que Dios le hacía sentir el peso de su justicia. ¿Cómo interpretar

si no el cambio sufrido por su marido, de una manera tan inesperada, siendo así que cuantos ruegos y súplicas había empleado ella, se estrellaron siempre contra su barbarie?

«¡Volver á su casa!... Volver al lado de un hombre que la había maltratado brutalmente..., y al que ya no amaba... Aunque le amase, ¿cómo se acercaría á él siendo una mala mujer? Una mujer que había faltado á sus deberes, que había deshonrado el nombre que le confiaran...»

Aquella noche, la del día en que la visitó su hermana, Paca no pudo dormir. Su hermoso cuerpo, febril, se retorcía entre las sábanas, cual si de epiléptico ataque se viese acometido.

Confusa, vagamente, deslizándose con rastrería de reptil, la idea de que acercarse á su marido era separarse *en absoluto* de Alfredo, cruzaba por su imaginación; pero esta idea no llegaba á dibujarse con trazos vigorosos. ¿Es que su separación, su alejamiento de Alfredo era una decisión falsa en el fondo, falta de vigor y de entereza? «No, y mil veces no. Ella no volvería á ser jamás de Alfredo...; no lo había sido nunca. En su corazón hallábase viva y palpitante la idea del deber, amase ó no á su marido. Era honrada por sí misma, no por los demás... ¡Ah, si fuese libre!»

Arrebujábase entre las ropas de la cama, ocultando la cabeza para no ver el cuadro de felicidad que su rebelde imaginación se complacía en ponerle ante los ojos, con tal fidelidad de líneas y riqueza de color, que no parecía sino que ya estuviese dis-

frutándola. Estas alucinaciones, que desde algún tiempo sufría, la aniquilaban.

Luciana, excelente muchacha, que había llegado á tomar á su amiga un cariño verdaderamente fraternal, ignorante de las torturas morales que ésta sufría, y creyendo que todo ello era debido á la marcha de los asuntos de familia, la consolaba cuanto podía.

—¿No estás contenta con nosotros? ¿No te queremos? ¿Te falta algo? Puedas pagar ó no, tú no tienes que preocuparte: de aquí no sales como no sea para volver con tu familia... Si algún día te vas, Dios lo quiera, para tu felicidad..., ¡no sabes lo que papá y yo te vamos á echar de menos! Antes vivíamos para nosotros solamente; tu presencia en esta casa nos ha hecho conocer algo muy hermoso: el amor á nuestros semejantes. Aunque te vayas..., ¡vivirás siempre aquí!

Este cariño de Luciana, este amor de verdadera hermana, lejos de consolar á Paquita, desesperábala más todavía. «Ella pagaba aquel amor, aquel afecto que padre é hija le profesaban, con la mentira más villana, con el engaño más vil. Ella no tenía valor para decirles: estáis equivocados, yo no merezco vuestro cariño; yo no soy la mujer digna y honrada que vosotros pensáis, soy... una cualquiera...»

Don Lorenzo, entretanto, escribía, sin levantar cabeza, los dos primeros actos del drama que había de inmortalizarle. Estos dos actos serían tan hermosos, que él mismo se asustaba al pensar en lo

que tendría que pasar en el tercero, para que la obra no decayese. Aquel drama sería el que le abriría de par en par las puertas de la celebridad; y esa nombradía, esa fama, que bien pronto iba á adquirir, se la debería á tan angelical criatura.

El futuro autor quería á Paca como si fuese otra Luciana; no permitía que en su presencia se hablara de la posibilidad de que llegase un día en que se viese obligada á dejarlos...

XIX

Llegó el domingo, día en que Paca y su hermana debían verse en el Retiro. Por la tarde, después de comer, Luciana, colgándose del cuello de su amiga, quiso convencerla para que por la noche fuese con ella y su padre al teatro.

Don Lorenzo, no *estaba presentado* en la puerta de ningún teatro, ni conocía á nadie que le pudiese regalar *vales;* así es que, no obstante la gran afición que tenían á este género de espectáculos, teniendo que pagarlo, dábanse pocas veces el placer de asistir á las salas de los coliseos madrileños. Aquella noche, aunque ello representaba un sacrificio enorme, querían llevar consigo á su pupila.

—Anda, tonta—decía Luciana con tono mimoso—; dame ese gusto. Si te quedas, pensando que estás aquí sola, no podré disfrutar de la función.

—¿Por qué no?

—¡Porque no!

—No seas chiquilla. ¿Cómo quieres que, en mi situación, vaya al teatro? Cuando yo y toda mi familia vivimos en un verdadero valle de lágrimas, ¿quieres que vaya á divertirme?

—Vaya un crimen...

—No es crimen; pero ¿qué iba yo á hacer allí? No sería mala gana de gastar dinero en tonto. Además, ya sabes que voy á ver á mi hermana y al niño... y vendré tarde, á la hora precisa para que vosotros os marchéis.

—Eso no—interrumpió Don Lorenzo—; por nosotros no hay prisa: le dejamos la llave á la portera; es de confianza.

—No faltaba más... ¡Con lo que tu hijo correrá esta tarde por el Retiro!

—Qué buenos sois para mí...

—Y tú, qué simple—dijo Luciana, abrazando y besando repetidas veces á Paquita.

Ni el padre ni la hija insistieron más: comprendían la razón que asistía á su protegida.

Vestida ya, Paquita se despidió de sus amables protectores.

Al salir á la calle, miró con disimulo á uno y otro lado: Alfredo no estaba por allí, ó estaba oculto en algún portal.

Dicho queda que el nuevo domicilio de la joven estaba muy próximo al antiguo; tan cercano se encontraba, que para dirigirse á la calle del Cisne, aun tuvo que atravesar una pequeña parte de la de Luchana.

Eligió aquel camino, por ser el menos concurrido á tales horas: las tres de la tarde.

Descendía rápidamente por dicha calle, cuando, á los pocos momentos, sintió que alguien, con paso más rápido que el suyo, se aproximaba á ella. El pisar era de hombre. Tuvo un presentimiento que

sobrecogió su ánimo; quiso volver la cabeza para cerciorarse, y no se atrevió. Instintivamente avivó la marcha; pero *el otro* también lo hizo, y á poco oyó la voz de Alfredo, que suplicante la llamaba:

—¡Paquita!...

Al mismo tiempo sintió que aquél la cogía por un brazo y la detenía. Paquita, ni le miró ni dijo una palabra siquiera: esperó en actitud pasiva.

—Paquita—repitió Alfredo—, si me odiase usted con toda su alma, no procedería conmigo de una manera más cruel.

Levantó ella los ojos hasta él, y los volvió á bajar sin contestar nada.

La calle estaba desierta; un silencio sepulcral reinaba en torno de ambos.

—¿Por qué no me contesta? ¿Por qué calla?

—Qué quiere usted que le diga—replicó Paca sin cambiar de actitud.

—Algo que haga renacer la esperanza en mi alma, ó que la hunda para siempre en la desesperación.

—Ni puedo decir lo primero, ni tengo valor para lo segundo. Comprendo que sufre, pero tenga presente que no es usted solo.

—¿Y por qué sufrir cuando la felicidad pasa al alcance de nuestras manos?

—La felicidad que no puede saborearse á la luz del sol... no es felicidad.

—Huyamos á países desconocidos.

—Hizo usted de mí una mala esposa... y ahora quiere hacer una mala madre...

—Para hacer la mujer más feliz de la tierra.

—Lo hubiera sido á su lado, lo confieso; pero ya... es imposible... Convénzase de ello; no aumente mis sufrimientos; tenga piedad de mí, se lo suplico...

—Y de mí, ¿quién la tiene?

—No es usted el más digno de ella...: usted es libre, rico... y puede esperar que el tiempo le haga olvidar.

—¡Olvidar!... No diga usted eso... Si yo creyese que mi corazón podía olvidar, lo estrujaría entre mis manos.

Paquita miró de un modo indefinible á Alfredo, al mismo tiempo que decía:

—Sea usted razonable, sea usted... generoso conmigo. Si es verdadero su amor—ya se lo dije otra vez—, la mayor prueba que puede darme es la de no poner obstáculos en mi camino, que hartos tiene ya.

—De flores quisiera sembrarlo.

—Esas flores se marchitarían muy pronto, Alfredo; compréndalo usted.

—Mi sufrimiento es horrible.

—El mío es mayor... ¿Lo duda?

—¡Ni á una sola de mis cartas ha contestado usted, y quiere que crea en su sufrimiento! El que padece es compasivo.

—El deber me lo impedía.

—¡Siempre el deber!

—Sí... siempre... ¡siempre!... el obstáculo insuperable.

—En su situación, no lo es.

—En mi situación lo era ya; pero, por si acaso, sepa usted que ésta empeora por momentos... dando lugar á que mi padecer llegue á su colmo.

—¿Su padecer?

—Mi padecer, sí... ¡Qué sabe usted lo que es sufrir!

—No la comprendo.

—Mi marido, mi marido, á quien yo no amo, sépalo usted de una vez, vuelve á ser el hombre más bueno del mundo, y me llama á su lado, deseoso de obtener el perdón de sus culpas.

—A buena hora.

—Todas lo son para arrepentirse.

—Pero usted no volverá á su casa; usted no hará eso...

—¿Qué alegar para no volver? Y no habiendo medio de negarse, ¿cómo soportar el remordimiento de mi culpa?

—¡Sería horrible!

—¡Horrible, pero tendrá que ser! Ya ve usted cómo tengo razón al decirle que la felicidad para mí es imposible. La vida de usted volverá á ser tranquila; la mía ya no puede ser sino un infierno en el que eternamente arderán mi corazón y mi conciencia.

—Es decir, que esto ha sido un sueño; que todo ha concluído para siempre...

—¡Para siempre!—respondió ella, sintiendo que con aquellas palabras se le escapaba el alma.—Olvídeme; es decir, olvidarme, no; guarde el recuerdo de la pobre modistilla á quien usted amparó tan bondadosamente en días de amarga tribulación;

pero olvide á la mujer que fué suya, en contra de su voluntad. Hoy me faltó el valor para no escucharle, para no hablarle; pero sepa que, aunque ello me cueste la vida, es la última vez que cruzamos la palabra. Si fuera de mi casa no supe cumplir con mi deber, al volver á ella, sabré hacerlo... Adiós, Alfredo...

Al decir esto, le tendió su pequeña mano, que él estrechó con pasión.

—No hablaremos, pero no podrá usted impedir que yo la vea.

Paquita le miró un momento de un modo suplicante; después, con un movimiento brusco é inesperado, echó á andar con paso rapidísimo.

Alfredo pudo ver que se pasaba el pañuelo por los ojos. Su primer impulso fué correr para alcanzarla, pero no se atrevió. Cuando la perdió de vista, alejóse de aquel lugar...

Por la Castellana y Recoletos, y después por la calle de Olózaga, Paca llegó jadeante, sin respiración, al Retiro; entró por la puerta de Madrid, y por el primer paseo que se encuentra á mano derecha, se dirigió al sitio señalado para reunirse con su hermana. Próxima ya á este lugar, vió á Bernardito que, corriendo como un gamo, iba á encontrarla. Paquita se detuvo é inclinóse para recibir al niño; éste, de un brinco se colgó del cuello de su madre y cruzó las piernas sobre las caderas.

En esta forma, charlando y besuqueándose de lo lindo, llegaron hasta el banco en que Clara estaba esperando.

El calor y la brega que sostenía con el niño habían hecho salir los colores á la cara de Paca, y con ellos la lozanía de su hermosura.

Calmado el entusiasmo de Bernardito y satisfecha el ansia maternal de Paquita, aquél siguió jugando, y ésta entabló animado diálogo con su hermana.

—¿Supongo que hoy vendrás dispuesta á darnos á todos una alegría?—preguntó Clara.

Paca, retorciendo las puntas de su velo, exclamó en forma que semejaba un suspiro:

—Una alegría...

—Una alegría, sí. ¿Por qué lo dudas? Si tu marido era bueno antes de su época malhadada de borracheras, ahora es un santo...

—¡Cállate, Clara, cállate!

—¿Por qué? Debía gustarte que te lo dijese. Si tú vieras el afán con que siempre me pregunta por ti: que si te he visto, que si estás bien, que si necesitas algo... Hace instalaciones por su cuenta, y no sabes lo que gana...

—Me alegro, por vosotros.

—Por nosotros... ¿Y por ti no?

—Yo no tengo ya derecho á nada, no merezco nada... ¡La vida para mí ha terminado!

—Mira, calla y no digas disparates. No hay que mirar atrás, sino adelante. Lo pasado ya no tiene remedio; lo que no es remediable es tonto pensar en ello. Tu falta nadie ha de saberla; olvidémosla nosotras también.

—¡Olvidar!... ¿Tú piensas que eso es posible? ¿Tú

crees que una falta como la mía se puede olvidar?... ¡Que la ignoren los demás, no es un remedio, cuando la propia conciencia la reprocha sin cesar!

—¡Tienes razón!... Pero también debes pensar que si el mal es grande, peor sería que Bernardo llegara á sospechar... ¿Qué sucedería entonces?

—No temo por mí, sino por todos vosotros. Por eso no quiero volver á casa.

—Eso es imposible. ¿Qué razón de fundamento puedes oponer, una vez que tu marido se arrepiente y te pide que le perdones?

—Todo lo comprendo; pero también comprendo que no sabré fingir, que la mentira es incompatible con mi modo de ser; y más difícil me será disimular cuando ello ha de ser para engañar á un hombre á quien no quiero.

—No digas eso, no lo repitas... ¡Tú estás loca!

—Loca, sí... ¡loca!

—En cuanto estés al lado de tu marido, volverá el cariño.

—Lo dudo.

—Aquí lo que sucede es que ese Alfredo, que Dios confunda, por lo que se ve, no te deja en paz.

—Ahora mismo acabo de hablar con él.

—¡Pero... Paca!...

—No te asustes. Si he hablado, ha sido para decirle que no espere nada de mí.

—¡Ah! —suspiró Clara, con gran satisfacción.—Ya ves como es de absoluta necesidad que consientas en lo que se espera de ti. Mañana, mañana mismo voy á buscarte.

—No; mañana, no.

—¿Te niegas?

—No, no me niego: iré á casa; comprendo que no tengo más remedio que volver; pero todavía no... Por Dios, Clara, no me angusties más; espera.

—No espero, no espero ni un día... Mañana, por la mañana, en vez de ir al taller, me voy á buscarte.

—Yo te juro que vuelvo con vosotros; pero déjame que me acostumbre á la idea; deja que pueda habituar mi cara al fingimiento...

Calló Paca, al observar la expresión de susto de su hermana. Pálida, demudada, se había quedado mirando, con fijeza, algo que estaba á espaldas de Paquita. Ésta, volviéndose rápidamente para averiguar la causa del estupor de Clara, ahogó un grito de espanto, y pegándose á su hermana cuanto pudo, ocultó el rostro en su hombro.

Bernardo, avanzando despacio por el paseo, se acercaba á ellas.

Impaciente por ver á su mujer, deseoso de alcanzar su perdón y de llevarla consigo, sabiendo que Clara veía á su hermana todos los domingos, aquella tarde esperó escondido á que ella saliese, y la siguió hasta verla reunirse con Paca. Indeciso todavía sobre lo que debía hacer, permaneció oculto entre los árboles, mientras las dos hermanas hablaban, hasta que, no pudiendo resistir más, se decidió á salir de su escondite para acercarse á ellas... ¡Hacía tanto tiempo que no veía á su mujer; que no oía el metal de su voz!...

Cuando llegó, quedó parado á espaldas de su esposa.

Clara le miraba, sin acertar á pronunciar palabra; Paquita ocultaba, cuanto podía, la cara. Bernardito, sin advertir la presencia de su padre, seguía jugando con el aro por los paseos próximos.

—¿Tanto miedo te causo?—dijo Bernardo con temblorosa voz.

—¿Por qué has venido?—se apresuró á replicar Clara, abrazando á su hermana.

—Porque yo no puedo vivir más tiempo así. Si me conduje mal..., ya estoy arrepentido... ¿Por qué no quiere volver Paca á mi lado?

—Pero... —dijo Clara, sin que se le ocurriese nada que añadir.

—Paca..., escúchame: yo te ofendí, yo he sido para ti, que eres la más buena de las mujeres, el peor de los hombres; pero estoy arrepentido, te lo juro por nuestro hijo: perdóname, y volvamos á ser felices...

Bernardo, al decir esto, acercóse á su mujer y trató de cogerle una mano.

—¡Déjame..., no me toques!... — exclamó Paca estremeciéndose.

Clara y Bernardo quedaron asombrados al oir aquel grito de protesta. Ni uno ni otro sabían á qué atenerse.

—Paca, por Dios, no seas así...—dijo Clara abrazándola estrechamente y tratando de descubrirle el rostro.

—Dejadme..., dejadme... ¡No me martiricéis más!

—¡Martirizarte!—exclamó Bernardo—. Martirizarte, cuando yo daría la vida por ti...

Paca se apretaba cada vez más contra su hermana, como si en ella buscase amparo. Ésta, comprendiendo que la situación se hacía muy violenta, resolvióse á ponerle fin.

—Vete, Bernardo; no has debido venir; tú no conoces bien á mi hermana: un encuentro así, de repente, después de lo pasado, tenía que producir mal efecto.

—¿No soy su marido?

—Vete, vete...

—Ya me voy...; pero antes he de oir que me perdona.

—Sí, hombre, sí...; ¡no te ha de perdonar!

—Que me lo diga ella.

—Vamos, mujer, díselo... ¡No seas así!...

Paca hizo con la cabeza repetidos movimientos afirmativos.

—Bendita seas. Ya me voy... Pero ten presente que no puedo vivir sin ti; que si no vuelves pronto á casa, ¡no sé lo que haré!

—¡No ha de volver!... Vete..., vete...—interrumpió Clara.

En aquel momento, Bernardito llegó corriendo, y al ver á su padre se abalanzó á él. Cogiéndole en brazos, y besándole cariñosamente, éste le habló así:

—Díle á mamá que vuelva pronto á casa; que todos la estamos esperando.

El niño, ya en el suelo, se quedó mirando á unos

y otros, sin comprender. Paca, al oir lo dicho por su marido, se echó á llorar amargamente. Clara hizo señas, con los ojos, á su cuñado, para que se fuese.

Mirando con amor á su esposa, Bernardo obedeció y se alejó pausadamente. La arena del paseo crujía bajo sus pies...

Algunas parejitas de enamorados empezaban á transitar por los paseos, buscando un banco oculto á las miradas indiscretas...

XX

Por cierto ha de tenerse que si la plaza de Antón Martín y las calles de Santa Isabel y Zurita no estaban engalanadas con faroles, banderas, gallardetes y guirnaldas, no era porque á Bernardo no se le hubiese ocurrido, ni mucho menos: si no lo hizo, fué porque pensó que la causa de tal regocijo no hubiera encontrado eco en los demás habitantes del barrio..., y, además, porque las autoridades no se lo habrían consentido; pero por lo que á él se refiere, no sólo eso, sino la banda del Hospicio y fuegos artificiales hubiera llevado para festejar, como era debido, la vuelta de Paquita.

Paquita volvía, era cierto; Paquita, rindiéndose á la evidencia, había consentido en reintegrarse al hogar doméstico.

Desde el momento en que Clara comunicó la fausta noticia á su cuñado, éste, quitándose la cabeza de encima de los hombros, y poniéndose en su lugar una olla de grillos, dióse á cometer todas cuantas locuras pudiesen patentizar la alegría que le dominaba.

Bernardo, efectivamente, parecía que estaba

loco. Al principio no quería creer á su cuñada: la escena del Retiro no se borraba de su imaginación, y, por lo tanto, se resistía á dar crédito á lo que le decía:—«Paca vendrá el domingo á la hora del almuerzo». Si loco se volvió desde aquel momento, el sábado empezó á desbarrar. Parecía un chico sin juicio; no es arriesgada la comparación: Bernardo, en el fondo, no era más que un chico; uno de esos chicarrones, cuyo desarrollo no guarda proporción con sus años, que parecen hombres inocentones, hombres niños.

Poco tardó en saber toda la vecindad, por su conducto, el feliz acontecimiento: «Si se enteraron de su marcha, justo era que se enterasen de su vuelta. Las paces se habían hecho, y Paca, que era un *cacho de pan,* volvía con su marido.»—Y las campanas se estaban quietas; y las gentes, esas gentes dispuestas siempre á enterarse de todo lo que no les importa, no se enteraban de lo que le ocurría á Bernardo; no saltaban, no brincaban de alegría; nada: eran una colección de asnos incapaces de comprender ciertas cosas. Pero ¡bah!, eso le tenía sin cuidado: él tenía alegría sobrada para llenar el mundo; su felicidad repercutiría bien pronto en todos los rincones de la tierra; él se bastaba y se sobraba para celebrar la vuelta de *Ella.*

El mismo sábado cobró una instalación que había hecho aquella semana: aquel dinero se invertiría íntegro *en los festejos* del domingo.

Reía feliz, Clara, viendo el contento de su cuñado. Si Paquita no amaba á su marido, era indudable

que la bondad de éste haría revivir aquel sentitimiento, dormido, sin duda, no muerto.

Bernardo dió á su cuñada el encargo de preparar un almuerzo suculento. No había que apurarse por dinero: él tenía lo que hiciese falta... y buenas manos para ganar otro tanto. Veinte veces salió aquella mañana; cada vez que volvía á casa con un paquete, se le ocurría salir por otro. Buen vino, pasteles, aceitunas, salchichón; todo lo fué llevando en diferentes viajes. El ayudó á su suegra á poner la mesa. Cogía á Bernardito, lo zarandeaba... y lo dejaba en el suelo para ir á encararse con el paralítico, diciendole:—«Vaya, que hoy tiene usted cara de alegría, abuelito»—; en seguida se metía en la cocina y abrazaba á Doña Micaela, más azorada que nunca. Más de una vez tuvo que aparentar Clara que se enfadaba, para obligarle á estarse quieto.

Todo estaba dispuesto. Las once y media sonaron en un reloj de la vecindad. Todos los corazones palpitaron con violencia... Sólo faltaba ella.

El cuadro estaba admirablemente dispuesto; la última pincelada, el rayo de luz, la nota de alegría... la daría Paquita: la hija, la hermana, la madre, la esposa deseada...

Bernardito, sugestionado por aquel ambiente extraordinario que reinaba en la casa, estaba también *fuera de quicio:* no había quien lo sujetara..., ni quien pudiese impedir que, á la media vuelta, cogiera cuantas aceitunas podía.

El tiempo pasaba; Paquita no aparecía. Bernar-

do, sintiendo desvanecerse su alegría, preguntó á su cuñada:

—¿Vendrá?

Por un momento, Clara se vió acometida del mismo temor; pero al dar la respuesta á su cuñado, diósela á sí misma:

—¡No ha de venir!

El momento fué solemne: en la escalera resonaron leves y lentas pisadas.

—¡Ahí está!—exclamó Clara.

Oir esto Bernardito y lanzarse á abrir la puerta, todo fué uno. Salió el niño á la escalera y, á poco, oyósele gritar con júbilo enloquecedor:

—Mamá... mamá...

La emoción había dejado á todos clavados en los sitios que ocupaban antes de advertir la llegada de Paca.

—Abuelita... tía... papá...; es mamá, es mamita—seguía gritando el pequeño.

Los ojos del paralítico quedaron fijos en la puerta. Bernardo, al extremo opuesto de la habitación, quedóse pálido como la cera.

Bernardito, tirando de la mano de su madre, apareció en la puerta. Doña Micaela y Clara se arrojaron sobre Paquita, y durante un buen rato las tres mujeres permanecieron estrechamente abrazadas, confundiendo sus lágrimas. De repente, Paca, separándose del grupo, corrió hacia su padre, á quien abrazó con frenética alegría.

Bernardo, con la cabeza inclinada, permanecía inmóvil... Cuando Clara llamó la atención de su

hermana, ésta, con la faz lívida, la vista baja y sintiendo que las piernas se negaban á sostenerla, se acercó á él y con voz apagada, dijo:

—Bernardo...

La palabra fué mágica: Bernardo, levantando bruscamente la cabeza, como fiera que salta sobre su presa, se apoderó de su mujer y, estrujándola materialmente entre sus brazos, la besó con frenesí, al mismo tiempo que repetía hasta lo infinito su nombre. Su exaltación, lejos de calmarse, crecía de tal modo, que Clara hubo de forcejear con él para arrancar de sus brazos á Paquita.

Conseguido esto, Bernardo, sentándose en una silla, echóse á llorar como un chiquillo.

Paca, que había recibido las apasionadas caricias de su marido sin sentir emoción alguna, parecía una estatua de mármol.

Clara, observando esta frialdad, acercóse á su hermana, y en tono de reproche, dijo:

—¡Paca!...

Ésta, mirando á su hermana, se acercó á Bernardo, y poniendo una mano sobre su hombro, con acento resignado, murmuró:

—No llores...

Al sentir el contacto de aquella mano, al oir la voz de Paca, Bernardo se levantó con el rostro radiante de alegría, y nuevamente abrazó á su mujer; pero esta vez, con ternura, con delicadeza, como si temiese hacerle daño.

Tranquilizados los ánimos, llegó el momento de sentarse á la mesa. ¿Dónde se sentaría Paquita?

Terrible conflicto: la mesa, siendo redonda, no tenía lugar preferente; y que ella fuese uno de tantos á la mesa, no podía ser, no podía admitirse. Era preciso encontrar un sitio que hiciese patente que era la festejada, la distinguida entre todos, la de todos amada.

Cuanto mayor era el entusiasmo que ponían en resolver tan difícil cuestión, más era la vergüenza que Paquita sentía. Al fin, el asunto se resolvió de plano; ella misma puso fin á dudas y discusiones: se sentaría en su antiguo sitio. *Ella* había resuelto, y, por lo tanto, no había ya lugar á discutir. Paca se sentó, pues, entre su marido y su hijo, y enfrente, Clara y su madre.

Clara era la que se ocupaba en traer y llevar los platos. En otros tiempos, Paca compartía con su hermana aquel trabajo, y en aquel día quiso seguir la costumbre; pero tales fueron las protestas *que se levantaron de todas partes,* al intentarlo, que tuvo que resignarse á representar el papel de gran señora, como ella decía.

A fuer de festejada, olvidando por un momento sus pesares, alegró su entristecido semblante y tomó parte en la conversación, bien que, tanto en sus palabras como en su risa, apuntase siempre un dejo de amargura, que en vano trataba de ocultar.

Bernardo no se daba cuenta de tales manifestaciones: en su borrachera de alegría, no se fijaba en otra cosa que en la presencia de su mujer. Clara, en cambio, no dejaba de mirar á su hermana, y, por lo tanto, de darse cuenta de la frialdad con que re-

cibía, bajo su aparente contento, los obsequios y atenciones de Bernardo. La animosa joven ocultaba el pesar que tales observaciones le causaban, y procuraba comunicar á los demás una alegría que estaba muy lejos de sentir. La ausente había vuelto, era cierto; pero la alegría de otros tiempos no volvía con ella. Paquita no era ya la mujer todo amor, todo risa: era la expresión del dolor, del sufrimiento; y este sufrir, emanando de ella, se extendía por el ambiente de la casa, envolviéndolos á todos, excepto á Bernardo, que, como ya hemos dicho, en su delirante alegría, de nada se daba cuenta. Doña Micaela, aunque no acertaba con la causa de aquel cambio de su hija, lo comprendía, lo veía bien claro: su hija no era la misma. Don Antonio también revelaba en su mirar inquieto, que algo inexplicable sucedía.

Al llegar á los postres, aclaráronse un tanto los horizontes, y la alegría brotó más natural y espontánea. Bernardo brindó con gran elocuencia, celebrando el feliz acontecimiento que se festejaba. Bernardito aplaudía..., y si dejaba de hacerlo, era para echarle la zarpa á tal ó cual pastel que viera al alcance de su mano.

Paquita, á quien Bernardo había hecho beber más de lo debido, sentíase aturdida, mareada; la cabeza le dolía, y, á ratos, su vista se extraviaba. Su cuerpo estaba allí; pero su espíritu, envuelto en negras nieblas, vagaba errante por regiones ignoradas. Sufría al ver el amor que todos le tenían... ¡No era digna de él! Estaba en su casa, y, cosa in-

explicable, sentíase extraña allí. Esforzábase en reavivar sus sentimientos, y no lo lograba; pasado el primer momento, su corazón había caído en la indiferencia; sólo su hijo, el pequeño Bernardito, hacíale palpitar violentamente: entonces era cuando únicamente Paquita volvía á su ser. Por esta razón, ella, que no era extremada en sus efusiones maternales, según ya tenemos dicho, aquel día sufrió verdaderos ataques de amor hacia el niño.

Al servir Clara el café, que nada faltó en aquel opíparo almuerzo, Bernardo tomó la palabra para exponer el programa que desde el día anterior tenía planeado: aquella tarde se irían al café y de paseo; por la noche, al teatro... ¡No había que hacer observaciones! Lo sensible, lo que él lamentaba, era que Don Antonio, por estar enfermo, y Doña Micaela, por tener que cuidarle, no pudieran acompañarles.

Paquita dijo que prefería quedarse en casa con sus padres; además, se sentía algo indispuesta .. Bernardo se quedó asombrado ante la negativa de su mujer: «¿Tanto tiempo como había estado careciendo de todo, y no quería expansionar el ánimo un poco?

Clara, comprendiendo la situación de su hermana, terció en la polémica entablada entre marido y mujer, para persuadir á aquél de que debía dejarla que se quedase: no era posible que el primer día, después de tantos meses, entrara de lleno en la vida normal... «¡Hay que dar tiempo... al tiempo!»

—Ten paciencia — le decía —; ya la tienes en casa; lo demás ello vendrá.

Bernardo no se explicaba muy bien aquella necesidad de que pasara tiempo para que su mujer volviese á ser lo que siempre había sido; pero no se atrevió á insistir... «Clara tenía razón: lo principal era que ya estaba en casa.»

Marcháronse, pues, ambos cuñados con el niño, y Paca se quedó con sus padres. Haber pretendido de Bernardo que los demás se quedasen también, como hubiera sido gusto de Clara, habría sido una temeridad que nadie se atrevió á cometer: Bernardo necesitaba llevarse á alguien de paseo y al café.

A media tarde, después de haber conversado largamente con su madre, Paca se sentó á coser, junto á la ventana. Algunas veces, deteniéndose en su labor, dirigía la vista hacia el espacio. Quedaba, entonces, en éxtasis... La figura de Alfredo cruzaba ante ella... Dando un penoso suspiro, reanudaba la costura. Por su imaginación cruzaba la visión de su vida, desde el día en que había huído de casa. Cuando algún recuerdo, más vivo, la acosaba, permaneciendo ensimismada, parecía escuchar dulces palabras que alguien susurrara en sus oídos. Al darse cuenta de que tan extrañas maneras podrían llamar la atención de su madre, entregábase de nuevo á su tarea.

Clara hubo de reir aquella tarde con su cuñado, sin ganas. La impaciencia de éste por volver á casa era tal, que, á cada paso, sacaba el reloj para ver la hora.

Pasearon por la Moncloa, estuvieron en el café... y ¡al fin! regresaron á la calle de Zurita.

Bernardo, con gran disgusto de Paca, parecía un recién casado, á juzgar por lo meloso y pegajoso que se ponía con ella. La sorpresa grande, inesperada, fué para él cuando llegó el momento de acostarse: Paca le rogó que la dejara dormir con su hermana aquella noche. Las emociones de aquel día habían sido sido tan fuertes, que se encontraba enferma. Bernardo se quedó media hora con la boca abierta y los ojos desmesuradamente abiertos: «Después de tantos meses, ella no quería... Pero, señor; ¿se habían hecho las paces ó no se habían hecho?»

Nuevamente tuvo que intervenir Clara, y con tanto acierto lo hizo, que su cuñado quedó plenamente convencido de que la conducta de Paca era la más natural del mundo. «Él debía atraerla con halagos, con cariño, para conseguir que lo olvidase todo».

Esto le pareció bien á Bernardo. «Todo era empezar al día siguiente...; porque, eso sí, al día siguiente, ni Clara, ni el mismísimo Jesucristo le convencerían de que era natural que una mujer no quisiera acostarse con su marido.»

XXI

Mes y medio había transcurrido desde que Paca se reintegrara á los suyos. En aquel tiempo, lejos de volver la alegría y la felicidad á aquella casa, la tristeza parecía haberse aposentado en ella de una manera definitiva. Paquita comunicaba á todos el desconsuelo en que vivía. La pobre Clara no cejaba en el empeño de hacer comprender á su hermana el final tan desdichado que aquello iba á tener; mas era su empeño vano: Paca se encogía de hombros, como diciendo:—«Lo comprendo, pero no lo puedo remediar: lo que me pasa es superior á mi voluntad, y los resultados, sean cuales fueren, no los podré evitar».

Paca enflaquecía por momentos: sus ojos, apagados, sin brillo, huían al interior de sus órbitas.

La preocupación se dibujaba en todos los semblantes. Hasta la infantil alegría de Bernardito, ahogada en tan doloroso ambiente, ocultábase cuanto podía. Acariciado y querido era por todos; pero en aquellas caricias había falta de calor, de alegría. Todas las bocas sonreían, pretendiendo engañar; pero todos los corazones latían oprimidos por el temor ó la duda. Entre estos últimos hallábase el

de Bernardo. Viendo que el tiempo pasaba y que no solamente su mujer no volvió á ser la dulce y alegre compañera de otros tiempos, sino que cada vez estaba más taciturna y huraña, no sabía qué pensar, ni á qué atribuir tal fenómeno. Con frecuencia se le veía ensimismado. En tales momentos, Clara sufría de un modo atroz: en cuanto veía de este modo á Bernardo, en seguida pensaba si aquella actitud sería debida á que supiera ó sospechase algo; esto hacía que á la joven se le pusiera la carne de gallina. Apelaba entonces á todos los recursos de su femenil oratoria para convencer á su hermana; ésta, ante el anuncio del peligro, parecía revivir; mostrábase más cariñosa con su marido, que entonces se llenaba de esperanzas; pero, al poco tiempo, Paca, volviendo á su habitual frialdad, desvanecíalas de nuevo.

Cegado al principio por la loca alegría que el regreso de su mujer le causase, Bernardo no se había dado cuenta de ello; pero, luego, poco á poco, fué percatándose de que Paca jamás le devolvía sus caricias; que, en sus brazos, en los legítimos momentos de posesión, no era la mujer llena de vida, de pasión, sino la estatua fría é inanimada.

No comprendía él que su falta hubiese podido herirla tan profundamente; pero, no achacando su proceder á otra causa, esforzábase en hacerle olvidar el pasado, teniendo para ella cuantas atenciones eran posibles en un hombre de su clase.

Nada de esto se ocultaba á Paquita, y no era poco lo que por ello sufría; mas no lograba intere-

sar su corazón. La falta de amor á su esposo era una capa de hielo que lo cubría; su deshonra, una muralla infranqueable.

El recuerdo de la falta cometida, perenne en su alma, avergozábala de tal manera ante su marido, que la imposibilitaba de fingir, no ya cariño, sino amabilidad. Por otra parte, mal podía serenarse su espíritu, toda vez que la causa principal de su perturbación subsistía: cuantas veces salía á la calle, cuantas veces veía á Alfredo. Este, en efecto, si, á raíz de su última conversación con Paca, llegó á pensar que la conducta que seguía era impropia de su edad y de su experiencia, bien pronto comprendió que no podía retroceder, que cuando al corazón se le interesa en empresas tales, éste se impone en absoluto. La calle de Santa Isabel y el café de Zaragoza fueron sus puntos estratégicos para vigilar las salidas de la modistilla. No se acercaba nunca á ella, pero procuraba que le viese.

Clara, al saber por su hermana que la persecución se recrudecía, quiso tomar una resolución enérgica; pero Paca procuró calmarla, haciéndole ver que tal vez sería peor; que nada se conseguiría, y que lo mejor era dejarle que se cansase; mas es lo cierto que aquella pasión, lejos de extinguirse, amenazaba con arrollarlo todo.

El mayor temor que acongojaba á las dos hermanas era el de que Bernardo llegara á darse cuenta de la presencia de Alfredo, rondando aquellos lugares.

Una tarde que Clara, por no haber ido al taller,

se quedó en casa, Bernardo, al anochecer, llegó con aire muy preocupado. Paca había ido, con el niño, á entregar una labor.

Dejó Bernardo la gorra sobre una silla, y arrastrando otra, fué á sentarse junto á su cuñada.

Miróle ésta, y al verle tan taciturno, preguntó:

—¿Qué tienes, Bernardo?

Este, como si no hubiese oído la pregunta, dijo:

—Oye, Clara: ¿tú sabes lo que le sucede á tu hermana?

—¿A Paquita?

—Sí, claro, á Paca...

—Nada. ¿Por qué lo preguntas?

Bernardo, sonriendo tristemente, respondió:

—Tú me engañas, Clara: á tu hermana le sucede algo: tú lo sabes y no me lo quieres decir.

—¡Qué cosas tienes!—replicó Clara, temblando como una azogada.—Si algo le ocurre, yo lo ignoro, como tú... Pero ¿qué ha de sucederle?

—¡No lo sé! Hace ya mes y medio que está en casa, y ya ves: cada día más triste, más preocupada; adelgaza por momentos... y á mí no me puede ver ni en pintura.

—Eso son figuraciones tuyas.

—¡No están malas figuraciones! Tú misma lo ves: siempre que me acerco á ella á darle un beso, parece que lo recibe con repugnancia; si le hablo, contesta como por compromiso...; y... para qué voy á hablarte de otras cosas.

—Es verdad.. ; pero eso no es por nada...; es que las mujeres somos así... muy rencorosas... No pien-

ses mal, ni te desesperes: ella volverá á ser cariñosa, y á estar contenta como antes. Ya ves que con nosotros está igual.

—No; contigo no está así. ¿Crees que no lo vengo observando hace tiempo?

—Figuraciones, figuraciones tuyas.

—No son figuraciones, no; es la verdad. ¿No soy yo bueno para ella?

—Vamos, cállate, hombre, cállate...

—¿No hago cuanto puedo para que olvide lo que hice... sin yo saberlo? Yo te juro, Clara, que no sabía lo que me hacía... Malditos sean los que me enviciaron... Me decían que era un borrego, que tenía miedo á mi mujer, y que por eso no alternaba con ellos...

—¡Malditos y bien malditos...!

—Pero, en cuanto volví á mi natural, ya ves qué pronto pensé en ella... ¡Si yo no puedo vivir sin Paca!

—No te pongas así... no llores, hombre...

—Y qué quieres que haga, si veo que la pierdo para siempre...

—Cállate; qué te has de quedar sin ella—replicó Clara, mirando fijamente á su cuñado, como si quisiese leer en su pensamiento.

Aquel aire tan preocupado de Bernardo, aquel abatimiento con que hablaba, le preocupaban sobremanera; era la primera vez que lo observaba en él. —«¿Es que sucedía algo nuevo que fuese causa de tal novedad en su cuñado?»—El mismo no habría podido aclararlo, si se lo hubiesen preguntado.

Cuando, momentos antes, bajaba por la calle de Santa Isabel, en dirección á su casa, habíase cruzado con *el señor aquel* que ya dos veces tropezara en su camino. «El caso no tenía nada de extraño; pero, también era una casualidad ir á encontrarle la tercera vez por aquellos lugares... Y no caminaba á paso regular; parecía que estaba esperando á alguien.» Bernardo tenía grabada en la memoria la imagen de aquel hombre, desde el día que le pareció ver salir de su casa á Paca.—«¿Tenía esto algo que ver con la tristeza, con el desvío de su mujer? Nada. No es que él tratase de relacionar tales ideas unas con otras; es que todas ellas se acumulaban en su pensamiento sin que supiese expresar la causa de tal asociación.»

Sobre la cómoda-aparador estaba el vasito de plata. Bernardo se quedó mirándolo fijamente. ¿Pensaba en el origen de aquel vaso? No: lo miraba sin darse cuenta, sin que su contemplación diese lugar á juicio alguno sobre tal objeto. «¿Su procedencia? ¡Su procedencia tenía que ser buena! ¿Cómo dudar de Paca ni de Clara...? Era, acaso, un objeto de gran valor, que pudiese inspirar sospechas? ¡Qué disparate! Si Paca .. ¡vamos!... si Paca hubiera podido desviarse del camino derecho para adquirir aquel vaso, no sería aquello solamente lo que... Ella no llevaba nada que pudiese llamar la atención... y en su baulito, en aquel viejo cofre en el que aun guardaba su ropa, ¿qué otra cosa podría tener?... Además, suponer que Paca, habiéndose desviado de ese buen camino, pudiese estar allí, en

casa, sin morirse de vergüenza, era lo mismo que no conocerla. ¡Qué locura!... Cierto que, algunas veces, cuando él se acercaba, enteramente parecía que ella se sentía avergonzada, pero...»

Clara, con creciente inquietud, observaba á su cuñado.

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan preocupado?

—Por nada... por lo que te acabo de decir.

—Pues ya te he dicho que eso no es motivo.

En aquel momento llamó Paquita á la puerta. Clara se levantó para abrir; Bernardo, en vez de ir á recibir á su mujer, como otras veces, se metió en la cocina.

Paca entró con semblante agitado. Miró con sobresalto al interior de la habitación y preguntó si había vuelto Bernardo; al oir que estaba en la cocina, se dirigió rápidamente á su cuarto.

Clara, sorprendida por el aspecto de su hermana, y deseosa, á la vez, de comunicarle la conversación que acababa de sostener con su cuñado, así como los temores que ésta le causase, entró tras ella en la alcoba.

Paca se sentó en una silla junto á la cama; su aspecto era alarmante.

—¿Qué tienes, Paca?

—Nada, nada... no me pasa nada... Es que vengo cansadísima—decía tomando resuello para hablar—; no puedo andar mucho, me fatigo... ¡me muero!

Al instante se dió cuenta Clara, de que su hermana estaba muy enferma, y de que algo de extra-

ordinario le sucedía, tal vez relacionado con sus continuos pesares. Viéndose apremiada, Paquita hubo de confesar que aun yendo acompañada del niño, Alfredo se había acercado, y no pudo impedir que fuese á su lado hasta la misma esquina de la calle de Zurita.

—Ese hombre, por lo visto, se ha propuesto que en esta casa haya un desastre; pero no se saldrá con la suya, te lo aseguro: mañana mismo voy á su casa á cantarle la cartilla.

—No, Clara; no, por Dios...

—Paca, me vas á hacer pensar que tú eres la primera en desear que ese hombre no se vaya.

Paca, echándose de bruces sobre la cama, rompió á llorar.

—Hermana mía, ¡tú no tienes cura!

—No, no la tengo.

—Yo haré lo posible para lograrlo... No, no digas que no... ¡me es igual!

Bernardo, saliendo de la cocina, se encaminó al cuarto donde estaban las dos hermanas.

—Tu marido viene—dijo Clara en voz baja.

—Yo no sé qué tengo, Clara; no puedo respirar.

Bernardo entró en la habitación, y al ver á su mujer desfallecida sobre la cama, abalanzóse á cogerla en sus brazos.

—¿Qué tienes, Paca; qué te sucede?...

—Déjame que la desnude—dijo Clara—; está un poco enferma.

—Paca, mi Paca—exclamó Bernardo sintiendo que se le agarrotaba la garganta.

Al oir las voces, acudió Doña Micaela. Entre ella y Clara acostaron á Paquita, que respiraba fatigosamente.

Desde que estuvo acostada, su marido, como un fantasma, no dejó de entrar y salir en la alcoba á cada momento. Se sentaba junto á la cama, y contemplando á la enferma, le hablaba sin obtener más respuesta que dudosos movimientos de cabeza.

No se pensó en llamar á Don Moisés, por la sencilla razón de que debía estar al llegar, para hacer su acostumbrada visita á Don Antonio.

La enferma quedó sumergida en hondo sopor. Una de las veces que Bernardo salió de la alcoba, Clara, inclinándose sobre su hermana y acariciándola con gran ternura, hubo de decirle con cariñoso acento:

—Paquita, por la Virgen Santísima, piensa en tu hijo, en tu marido...

Paca, abriendo los ojos, exclamó con voz apagada:

—Pues si no pensara en ellos, ¿estaría así?

Don Moisés hizo su deseada aparición. Enterado de lo que ocurría, penetró en el cuarto de la doliente. Registró, auscultó, tomó el pulso, hizo preguntas mil, se enteró de si Paquita había sufrido alguna emoción violenta aquel día... y, al cabo de algunos minutos, formuló el siguiente diagnóstico: Paca se encontraba consumida por la anemia...

Paquita, que desde que el doctor había formulado la pregunta de que si había sufrido alguna emoción violenta, estaba como sobre brasas, al oir-

le sonrió imperceptiblemente: por un momento creyó que los médicos podían diagnosticar sobre ciertas enfermedades del corazón, y tuvo miedo.

Bernardo se tranquilizó un tanto, al escuchar lo dicho por Don Moisés. ¿Anemia? ¡Reconstituyentes al canto! Todos los que hubiese en la botica serían para ella, aunque pereciese el género humano. Para él no había más género humano que su mujer.

Cuando por la noche se quedaron él y su cuñada para cuidar á Paca, no consintió en acostarse ni un solo momento. No se separó del lecho de su mujer más que una vez, para hablar con Clara, que cosía en el comedor.

—Mañana no irás al taller, ¿verdad?

—Veremos cómo se encuentra...

—Se encuentre como se encuentre, tú no irás. Y mira; ya que viene á cuento, te voy á pedir una cosa que, desde que Paca ha vuelto á casa, tengo en el pensamiento.

—Tú dirás—dijo Clara con curiosidad.

—Que no vuelvas más al obrador: yo no quiero que tú andes rodando por ahí; quiero que estés aquí, en casa, con tus padres, con tu hermana... ¡Yo gano lo suficiente para todos!

—Estaría bonito que viviésemos á tu costa.

—No me niegues lo que te pido, Clara.

—Quita... quita... Yo tengo que ganar para mis padres y para mí. Te agradezco con toda mi alma lo que me acabas de decir, pero es imposible.

—¿Por qué?

—Tú tienes á tu mujer, á tu hijo... Demasiado

pones ya, puesto que mi jornal no alcanza para el gasto de nosotros tres; y menos ahora, con el médico en casa.

—Siendo Paca mi mujer, tú eres mi hermana, yo así te quiero; tus padres lo son míos, ¿por qué no complacerme?

—Porque no, Bernardo, porque no—replicó Clara muy conmovida.

—Pues, por lo menos, mientras Paca no se reponga, quédate en casa: ya ves que cuando te ve, es cuando únicamente se anima un poco.

—No te extrañe eso—dijo Clara, comprendiendo la pena con que Bernardo hablaba—; mi hermana y yo siempre nos hemos querido mucho.

—No, si no es que á mí me duela el que te quiera á ti más que á nadie; es porque, así, ella estará mejor...

—Bueno: yo te prometo que no me moveré de casa hasta que Paca esté buena. Pero ahora acuéstate: los dos no hacemos aquí nada.

—No; acuéstate tú...

La discusión fué empeñada. Clara tuvo que acceder; pero con la condición de que la llamase para dar el alimento á su hermana á la hora señalada; los hombres no entienden de eso. Entró á despedirse de la enferma; ésta se había dormido.

XXII

Cuando Bernardo, al siguiente día, á cosa de las doce, vió que su cuñada se disponía á salir á la calle, con aire compungido se acercó á ella para saber la causa de tal salida. Tranquilizóle Clara, asegurándole que tardaría poco en regresar; que sólo se trataba de ir al taller para avisar lo que sucedía. Dejar de ir sin decir esta boca es mía, sería una falta de consideración hacia la maestra, que tanto la distinguía á ella, y exponerse á perder el obrador, cosa grave, ya que en él tenía trabajo todo el año.

Clara, que, cosa rara en una mujer, no mentía nunca, tuvo que hacerlo, en parte, aquella vez: era cierto que iba á lo que había dicho, pero la causa principal de su salida era la de ir á casa de Alfredo. El momento de entendérselas con el señor aquel tardábale más que capricho por satisfacer.

Paca, un poco más animada, aun trató aquella mañana de disuadirla; pero Clara, dando pruebas de la energía de su carácter, habíase mantenido inflexible en su determinación. No sólo iba á verle, sino que iba á la hora del almuerzo, para amargárselo.

—¡Hoy ayuna; te lo aseguro!—decía á su hermana con acento decidido.

Lista ya para salir, despidióse de Paca, y echóse á la calle seguida de las protestas de Bernardito, que, de rodillas sobre una silla, sacando una cuarta de lengua para saludar á la nariz, y amenazando tronchar el dedo índice sobre el manguillo, trazaba la plana que le había señalado la tía.

Creyendo que con la salida de ésta se libraría de tan ingrata tarea, hubo de verter gruesos lagrimones al ver que se tenía que quedar en casa para seguir trabajando en la odiosa tarea de perfilar letras y más letras..., que maldito si se le alcanzaba á él la utilidad que podían reportarle á nadie. «¡Y que no era pesada la tía en este asunto! A pesar de hallarse en vacaciones, no le dejaba levantar cabeza. Señor: las vacaciones, ello mismo lo decía, son para holgar, para tumbarse á la bartola, y no para trabajar como un negro.» En esto no exageraba Bernardito: negro quedaba de tinta al concluir las antipáticas planas.

Viendo que de nada le valían sus protestas y lagrimoteos para ablandar la entereza pedagógica de la tía, resignóse á su perra suerte, y con verdadera ira, apretando la pluma sobre el papel, como si debajo de ella estuviese el causante de sus sinsabores, continuó trazando temblonas palabras que decían: Amor... Caridad... Virtud... Indulgencia...

En cuanto Clara cumplió su cometido en el taller, encaminóse con decisión al domicilio de Alfredo, cuyas señas conocía de antiguo. Tampoco él le

era desconocido: lo vió una tarde que ambas hermanas salieron juntas. Lejos de sentir disminuir sus energías, cuanto más cerca llegaba del paseo de la Castellana, más las sentía crecer. Era la vida de su hermana, la de todos los de la casa, la que ella iba á defender, y este pensamiento daba á la aragonesa un valor incomparable.

No dejaba de comprender las dificultades y escabrosidades sin cuento que la visita, ó mejor dicho, el motivo de ella, presentaba; pero no quería reflexionar sobre tales inconvenientes: iba á salvar á su hermana, y nada más quería saber. Para ella no tenía duda ninguna que la desaparición de Alfredo sería el resurgimiento de los días tranquilos para Paca, por aquello de que: ojos que no ven, corazón que no siente.

Al llegar á la casa, no encontró dificultad alguna para ser recibida por Alfredo, el cual, al verla, cuando entró en el despacho, quedó azoradísimo: en seguida se figuró que la joven, á quien conocía por la misma causa que ella á él, no iba á nada bueno.

—Creo que recordará usted de mí, y que, por lo tanto, no hará falta que le diga quién soy—exclamó Clara con decisión, y sin cumplimientos de ninguna clase, al verle.

—En efecto: no es necesario; sólo falta que tenga usted la bondad de explicarme el objeto de su visita—respondió Alfredo, invitando á la joven á sentarse en una butaca, y ocupando él otra.

—Pues el objeto de mi visita es muy sencillo—replicó la aragonesa, siguiendo su costumbre de no

andarse con rodeos que, por otra parte, tampoco hubiera sabido emplear—: es preciso que deje usted de perseguir á mi hermana; que no vuelva á pensar en ella; que se olvide de que, por desgracia, la ha conocido.

Alfredo, recostándose en la butaca, sonrió escépticamente; aquella sonrisa quería decir: «Ya me figuraba yo cuál era el objeto de la visita.»

Al verle sonreir, Clara exclamó con calor:

—No; no se sonría usted de esa manera; lo que le digo no tiene apelación, es imprescindible. En mi casa le quisiera yo ver, y ya veríamos si se reía.

—Me pide usted un imposible.

—¡Un imposible! Pero, señor mío, ¿usted qué es lo que piensa? ¿Usted qué se propone con esa persecución intolerable?

—¿Qué me propongo? ¡No lo sé! Lo único que puedo asegurarle es que yo no puedo vivir sin su hermana.

—¿Pero usted no sabe que es casada?

—¡Bah!

—¡Bah!... Es claro, á ustedes los hombres, qué les importa el que una mujer sea casada; qué les importa todo lo que á esa mujer pueda sobrevenirle por las impertinencias de ustedes... Sí, señor; he dicho impertinencias... y lo repito.

—¿Usted sabe lo que es amor?

—No, señor; ni falta que me hace: por lo que voy viendo, una cosa muy perra.

—Así pensaba yo antes de conocer á su hermana.

—Pues así es como debe usted seguir pensando, y huir de ella como del demonio.

—Su hermana es un ángel.

—¿Y á usted qué le importa lo que es mi hermana? Mi hermana es casada, y usted... no es ya ningún niño para no comprender lo que puede ocurrir, si su marido se llega á enterar.

—¡Su marido! ¿Usted cree que puede llamarse así, un hombre que pega á su mujer, que la insulta groseramente, que no se ocupa de buscarla cuando se ausenta de su casa?

—¡Muy bien! ¿Pero á usted qué le va ni qué le viene con todo eso? ¿Quién le da derecho para mezclarse en nuestros asuntos?

—El derecho que todos tenemos á buscar la felicidad; y su hermana de usted es la mía: me la quitaron, me la robaron, anticipándose sin derecho, y yo voy por ella...

—Sí, hombre; es lo que debe hacer: va usted á mi casa con un revólver bien cargadito, y pum... pum... pum, nos mata usted á todos, coge su felicidad, se la lleva... y tan á gusto.

—No se burle usted de mí... ¿Cómo es su nombre?

—Clara, Clara... Ya debía usted haberlo adivinado.

—Pues bien, Clara—dijo Alfredo, adelantándose al borde del asiento para acercarse á su interlocutora—: pedirme que renuncie á su hermana, es pedirme que renuncie á la vida.

—¿Y quién le manda poner la vida en un sitio tan peligroso? Yo lo siento mucho, pero usted compren-

derá que entre que se muera mi hermana ó se muera usted...

—Sí; prefiere usted que me muera yo: es natural... Usted, que, según dice, no conoce el amor, no puede comprender lo que representa el mío por su hermana.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Al fin, Clara, cambiando de tono, hubo de exclamar, mirando bondadosamente á Alfredo:

—Aunque yo no haya conocido al amor, no por falta de ocasión, sino porque yo nunca, hasta la fecha, he pensado más que en mi casa, no soy tan lerda que no comprenda el de usted. Sé que ha sido usted muy bueno para mi hermana, unas veces; otras, muy malo...

—Clara, no hable usted así; se lo suplico. No ha sido falta de caballerosidad, sino amor, el causante de una culpa... que yo deploro con toda mi alma: no es el simple capricho, el deseo, lo que me impulsa hacia su hermana: es el amor, el amor más santo, más puro y verdadero.

Clara sintióse conmovida al oir á Alfredo. Empezaba á comprender el cariño que había inspirado á su hermana, y, por primera vez, dudó de la eficacia de su visita. Con todo, no por eso se dió por vencida.

—Un hombre que habla como usted lo hace, es un hombre de buenos sentimientos, y de un hombre así, puede esperarse una acción noble—dijo Clara, cambiado insensiblemente de táctica.—Atienda mi ruego; comprenda lo fundado de mis razones...

Amando, como al parecer ama usted á mi hermana, no es posible que quiera hacer de ella la más desgraciada de las mujeres.

—¡Desgraciada, cuando la vida debió ser para ella un paraíso!

—Su vida es un infierno. Y no es sólo ella, es mi familia entera, somos todos, los que ardemos en ese infierno que usted encendió. Vamos, sea usted razonable... Ustedes los hombres tienen mil medios para olvidar.

—¡Olvidar!...

—Olvidar, sí. Usted es rico...

—¡Maldita riqueza que para nada me sirve!

—No diga usted eso, hombre de Dios. Con dinero se va á todas partes...

—Toda mi riqueza, toda, ¿lo oye usted bien?, la daría yo por su hermana de usted. ¡Qué vale todo el oro del mundo ante el tesoro espiritual de una mujer que se compenetra con nosotros y nos comprende! ¡Qué vale la riqueza material ante el amor de una mujer, dulce, tierna y apasionada! Ahora mismo cambiaría mi posición por la del marido de su hermana de usted. Vivir, trabajar para ella, recibir sus caricias en pago de amantes desvelos; respirar su aliento, rodear nuestro corazón de los destellos de su alma bella; amarla, adorarla... sentirla en la Naturaleza toda: en la luz, en el aire, en la lluvia, en las flores... ¡Olvidar!... Nunca, nunca. ¡No es posible! ¡Perezca ella, perezcamos los dos! ¡Así nos reuniremos para siempre...! ¡Ella me ama también!

Alfredo, levantándose de la butaca, púsose á pasear agitadamente, repitiendo, con insistencia de loco, las mismas palabras: «Ella me ama también..., ella me ama también...»

Clara estaba consternada. Comprendía que Alfredo sentía un amor impetuoso por Paquita, y la pobre joven no sabía ya qué camino seguir para conseguir su objeto.

—Usted, como todos los ricos, está acostumbrado á salirse siempre con la suya, y ahora se desespera porque no puede... Es preciso ser razonable y olvidar.

—Le repito que nunca... ¡nunca!

—Pues cuando el olvido no es posible, lo es el sacrificio.

Alfredo, deteniéndose en sus desordenados paseos, se quedó mirando á Clara.

—Si yo le dijese á usted que mi hermana está en la cama, enferma, muy enferma, por culpa de usted, ¿qué diría?

—¿Por mi culpa?

—Por el sofocón que se llevó ayer, al ver que usted, sin miramiento ninguno, sin tener en cuenta siquiera que iba con su hijo, se empeñó en ir á su lado... Y ¡para qué!: para decirle que se iba usted á matar.

—Matarme, sí: ese es el único remedio: yo no puedo vivir sin ella.

—Pues si usted no puede vivir sin ella—replicó Clara con energía—, nosotros tampoco podemos. Ella es nuestra alegría, nuestra felicidad; ella es la

preferida, la mimada, porque todos nos sentimos dichosos á su lado. Para ella han sido, desde muy niña, todos nuestros cuidados y atenciones, todos nuestros amores. Su marido es un hombre bueno y honrado, que si, durante algún tiempo, pudo extraviarse, hoy sufre los más crueles martirios al ver que perdió el amor de su esposa... Esa es su obra de usted; puede recrearse en ella. Tanto la ama usted, que la mata. En cambio, si usted se aleja, si no le ve, tal vez recobre la tranquilidad, y mi casa vuelva á ser lo que ha sido. Piense en la buena obra que así hace; piense que amar á una mujer y matarla es un contransentido horrible... ¿No es este el momento del sacrificio? Paquita no será para usted nunca; deje que sea para nosotros.

Alfredo, sentándose junto á Clara, oprimióse la frente con las manos. Las palabras de la joven habíanle causado vivísima impresión.

Encendida por el calor que pusiera en sus palabras, Clara esperaba con inquietud la respuesta de Alfredo.

Al descubrir éste su rostro, apareció completamente transfigurado. Reflejábase en él la honda perturbación moral que su dueño sufría... Quedóse mirando á Clara con bondad. con cariño... Aquella intrépida muchacha que con sus pocos años procedía con la serenidad y el juicio de una persona madura, ganábale la voluntad.

—Tiene usted razón, Clara. Usted ha venido á iluminar mi obcecado entendimiento... ¡Tiene usted razón!

—¡Al fin!—dijo Clara, sin poder ocultar su alegría.

—¡Al fin! ¡Qué derecho tengo yo para ensombrecer la dicha de ustedes! Olvidar á su hermana... no es vana palabrería el decirle que no podré olvidarla jamás: mujeres como ella no pueden olvidarse nunca; pero quiero darle la mayor prueba de mi amor. Ella me lo pidió en otra ocasión; ella me dijo: «Si es verdad que me ama, no ponga obstáculos en mi camino»; y el momento de demostrarlo ha llegado.

Puede usted estar segura de que su tranquilidad no se verá turbada por mi culpa; pero este sacrificio otro merece: dígale usted á su hermana que mi mayor alegría será pensar que mi recuerdo no es un obstáculo á su felicidad...

Ea—dijo, abandonando el tono sentimental que hasta entonces empleara—: ya está usted complacida. Hoy mismo, esta tarde, saldré de Madrid... quizás para no volver. Ahora, antes de separarnos, bella embajadora, voy á permitirme hacerle un ruego. Ya sabe usted donde vivo; aunque yo esté ausente de Madrid, cualquier carta que aquí se reciba para mí, me será remitida inmediatamente á donde me encuentre: prométame que si algún día llegara para ustedes un momento angustioso, como el que dió lugar á que yo conociese á su hermana, recurrirá á mí. Tenga usted la seguridad de que encontrará un hombre leal y honrado, que será dichoso pudiendo hacerles un bien... ¿Me lo promete usted?

Estrechando con cariño la mano de Alfredo, Clara, con voz entrecortada, respondió:

—¡Se lo juro!

—Gracias.

Salió Clara de casa de Alfredo profundamente afectada. «Aquel hombre era bueno... muy bueno... ¿Pues no había empezado ella misma á tomarle cariño?... ¡Pobre Paca!»

La rectitud de conciencia, pronto llamó á Clara al orden, haciéndole ver que sus pensamientos no eran honrados.—«¿Qué tenía que ver que fuese bueno ó malo para que Paca, siendo casada, no debiese amar á otro que á su marido? ¿Que ella tenía disculpa, porque el tal marido no había sabido guardarla? Tampoco esto era una razón. ¡Pues bueno andaría el mundo, si se fuese uno á valer de disculpas!»

Paca esperaba con creciente ansiedad el regreso de su hermana. Al verla entrar en la alcoba animóse su semblante y un ligero rubor lo encendió.

—¿Qué, qué ha pasado?—preguntó en voz baja.

—Que hoy mismo se va de Madrid... y que no volverá más.

El corazón de Paquita sufrió una sacudida tan cruenta, que á punto estuvo de desfallecer. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Clara abrazó á su hermana; nada dijo.

XXIII

El estado de Paquita, á partir del día en que Clara visitó á Alfredo, empeoraba rápidamente. Su decaimiento llegó á la postración. Los ojos, casi siempre cerrados, parecían no querer ver los objetos exteriores, para contemplar solamente mundos internos en los que almas bellas gozaban de una bienaventuranza eterna.

Paquita parecía no vivir ya en la tierra; el alma, dolorida, la había abandonado para volar á las regiones del ideal.

Largas horas permanecía en el lecho sin cambiar de postura, sin hablar ni una palabra. La cara y las manos parecían de cera; cuando al acercarse alguien tenía que abrir los ojos, la mirada resplandecía de mística y dulce resignación.

El silencio, el recogimiento que reinaba en el cuarto de la enferma extendíase á toda la casa y á todos los corazones. Doña Micaela parecía una sombra; Clara, un alma desposeída de la envoltura carnal. Ella, siempre enérgica, siempre animosa y valiente, encontrábase acobardada, abatida. No se separaba del lecho de su hermana más que lo imprescindible. Al principio luchó con bravura para

despertar en Paquita el sentimiento de la realidad; pero cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, cesó en ellos; no servían sino para acelerar el desastre moral que la enferma sufría.

Solamente cuando, unos ú otros, subían sobre la cama al atemorizado Bernardito, la madre daba señales de vida: su rostro se coloreaba débilmente y sus ojos brillaban impregnados de divina luz. Pero ni esto podían hacerlo con frecuencia: en tales casos, Paca sufría crisis nerviosas que se resolvían en amarguísimo é inconsolable llanto; y estas crisis, cada vez que se producían, aumentaban de un modo alarmante la postración de la desgraciada.

Pugnaba Clara por encontrar algún remedio á tan cruel situación, pero no lo conseguía. La hora fatal había sonado en las celestes regiones: su casa, su familia, estaba condenada irremisiblemente. Cuantas veces recordaba la resistencia de Paquita á volver al hogar, otras tantas se reprochaba el haber influído de una manera tan eficaz para conseguirlo: Paca, en su casa, era la flor tropical transportada á los polos, el pez sacado á tierra, el ave sumergida en el agua.

El paralítico, al tanto, por lo que oía, del estado de su hija, afanábase por descifrar los misteriosos jeroglíficos formados por la unión de los ladrillos: en ellos se ocultaba el nombre de una encantada región, donde el amor y la bondad simbolizaban la vida. Cuanto antes lograse descifrar aquel mágico nombre, antes podría llevar allí á su hija adorada, á su Paquita del alma.

Bernardo trabajaba con brío, con ahinco: ganar dinero, para que á la enferma no le faltase nada, era su única ocupación y su única alegría. Durante las horas de trabajo permanecía febril, nervioso, inquieto, pensando en el estado en que podría hallarse Paca; cuando terminaba, corría á su casa para convertirse en el más solícito enfermero de su mujer. Ésta era ya insensible á la presencia de su marido.

Bernardo y Clara alternaban por las noches en el cuidado de la paciente. Nunca consintieron que Doña Micaela velase: bastante se cansaba la pobre anciana durante el día.

Una de estas noches, Bernardo velaba el intranquilo sueño de Paquita; alguna que otra vez, ésta pronunciaba palabras ininteligibles para él. Meditando sobre el estado de su mujer, echábase la culpa de todo lo que sucedía: — «Aquel estado de debilidad á que había llegado, ¿de qué provenía sino de lo poco y mal que comiera, mientras él tiraba el jornal emborrachándose como un sinvergüenza? ¿Quién sino él tenía la culpa, pues, del estado en que ella se veía? ¿Por qué se había extrañado, hasta entonces, de que se mostrase tan resentida? ¿Es que su conducta tenía disculpa? ¡Llamarle á ella, que era la mujer más honrada del mundo, lo que le había llamado; abofetear, como lo había hecho, aquella cara de cielo, que sólo para recibir caricias estaba hecha!... ¡Esto no podía tener perdón!»

Bernardo se aplicaba los adjetivos más duros que su torpe entendimiento le sugería.

«¿Que después se había vuelto bueno? ¡Vaya una razón! ¡Si Paca se moría!..., ¡si Paca se moría!..., él se arrojaba de cabeza al patio!»

Y el bueno de Bernardo se aporreaba con los puños, y vertía lagrimones que iban á humedecer el suelo. Salíase de puntillas al comedor, y allí, mascullando juramentos, amenazaba á un ser invisible; después volvía á la alcoba y se sentaba nuevamente, procurando no hacer ningún ruido que pudiese despertar á la enferma.

El baulito de Paca estaba en un rincón de la estancia, frente á Bernardo; éste fijó su mirada en él: allí estaban las ropas de ella; allí también sus cajas, sus chucherías, esas mil deliciosas nimiedades que guarda una mujer. La luz del comedor, colocada en forma que no hiriese el rostro de Paquita, iluminaba de lleno el citado mueble, pequeño y antiguo. Levantándose, con cautela, acercóse con cierto respetuoso temor, y, arrodillándose ante él, lo abrió. Un misterioso y delicado efluvio femenino, un perfume imperceptible, acaricióle los sentidos. Las prendas, los objetos allí guardados, aparecieron ante sus ojos envueltos en un inefable encanto: el encanto de la mujer. Suaves al tacto, blandos á la presión, dóciles á los movimientos de la mano, como alma de mujer enamorada á la voluntad del amante, diríase que participaban del ser de su dueña; que había en ellos algo de su vida..., de su calor..., de su carácter.

Bernardo acarició, más bien que tocó, aquellas prendas, algunas de las cuales le recordaban días

felices. Tal ó cual falda llevaba Paca un día que fueron á merendar á la Bombilla; ésta ó la otra blusa vestía la noche que estuvieron en el Español viendo la *Electra*, de Galdós... ¡Ya no volverían aquellos días!...

Levantando la ropa por uno de los ángulos, quedó al descubierto una pequeña caja de madera; cogido por la tapa asomaba la punta de un papel. Aquel papel, escrito, llamó la atención de Bernardo, con esa insistencia, con esa curiosidad inexplicable que, á veces, suele despertar en el ánimo un objeto, un hecho, una palabra, al parecer, sin importancia. Tras de breve duda, asió aquella punta con dos dedos y tiró suavemente. Un pliego de carta, doblado por la mitad, salió de la caja, no sin oponer alguna resistencia: no parecía sino que Bernardo temiera sacarlo, y que el pliego no fuese muy gustoso en salir de su escondite. Cuando lo tuvo en sus manos, lo desdobló lentamente. Era una carta. Las manos de Bernardo temblaron ligeramente. Mirándola por sus cuatro carillas, buscó la firma; al leerla, estrujó con fuerza el plieguecillo. Así permaneció algunos segundos. Deseaba leer aquél, y tenía miedo. Al fin, estirándolo, empezó á leer. Bien claro veía lo que decía; pero pareciéndole que no era así, salió al comedor, y acercándose á la luz, de nuevo empezó la lectura.

La esquela que Bernardo tenía entre sus manos era la que Alfredo escribiera cuando remitió el vaso á Paquita.

Dos veces la leyó Bernardo. Nada encontró en

ella que, de una manera concluyente, acusase á su mujer; lejos de eso, términos contenía que la enaltecían grandemente; pero, de todos modos, «¿por qué aquel hombre se expresaba de una manera tan extremadamente amable? Alfredo... Alfredo... ¿No se llamaba así el señor aquel del paseo de la Castellana? De su casa fué de donde él creyó ver salir á Paca... Esto podía ser una casualidad; mas era el caso que aquel individuo era el que había salido en defensa de ella...; y el que pocos días antes había encontrado en la calle de Santa Isabel, cerca de la de Zurita. Este señor, ¿era el Alfredo de la carta? Fuése ó no, el que escribía se mostraba demasiado amable para que su amabilidad no tuviese *un porqué:* un casero que no quiere cobrarle el piso á una inquilina joven y guapa; que regala vasos de plata; que dice *que se separa para no volver más*...»

Bernardo sintió un furor extraño en su pecho; sus nervios se pusieron en tensión como cuerdas de guitarra. Miró el vaso... y tuvo intenciones de tirarlo por la ventana. Entró en la alcoba y contempló á Paquita dormida. Salió, volvió á entrar, y por último, se desplomó en una silla, tratando de aclarar, de poner en orden sus alborotadas ideas. Esto era difícil; Bernardo renunció á ello; pero en su cerebro empezó á germinar una idea que podría sacarle de dudas; esta idea se hizo irresistible, avasalladora, cuando la imaginación, poniéndole ante los ojos la imagen de aquel hombre, de aquel Alfredo, hacíaselo ver sonriendo de una manera burlona y

desdeñosa. «Él necesitaba averiguar si uno y otro Alfredo eran el mismo, porque, si lo eran, no había duda de Paca fué la mujer que él vió salir de aquella casa; y siendo ella...»

Bernardo, con el cabello erizado y las manos crispadas, desgarrando aquel maldito papel que le había envenenado el alma, de un salto se puso en el comedor; abrió la ventana y respiró con ansia el fresco ambiente del amanecer. ¿Qué llevaría en sus entrañas aquel nuevo día?

Clara madrugó más que de costumbre. Aunque le pareció encontrar á su cuñado más serio que de ordinario, no se le ocurrió atribuirlo á otra causa que á la enfermedad de Paca. Entró, lo primero, en la alcoba de ésta, y como la encontrase dormida, fuése á la cocina para hacerle el desayuno á Bernardo. Consistía aquél en un par de huevos, pues el chocolate decía él que sólo servía para ensuciar el estómago, y el café, para lavarlo. Siendo muchas las horas de trabajo, necesitaba cosa de más substancia para sostenerse en pie hasta la hora de la comida. Cogió, Clara, la botella del aceite, y poniéndola á la altura de los ojos, vió que apenas tenía lo suficiente. Preparó la lumbre, y mientras ésta se encendía, salió á comprarlo. Pocos minutos tardó en volver, sofocada por la rapidez con que había subido la escalera.

Preparado el desayuno, Bernardo se sentó ante la mesa del comedor para consumirlo. Contra su costumbre de hablar con Clara, mientras comía, acerca de las fases de la enfermedad de Paquita

durante la noche, y de comentar el mayor ó menor grado de apetito y de gusto con que tomara tal vaso de leche ó cual taza de caldo, aquella mañana no despegó sus labios.

A las ocho, cogiendo algunos útiles del oficio y la gorrilla, salió de casa.

Durante toda la mañana, la idea que se aferrase á su pensamiento horas antes, no dejó de atormentarle. No se le ocultaban los inconvenientes que ofrecía el llevarla á la práctica; pero su deseo de aclarar aquella duda que con insistencia extraña le mordía el corazón, sobreponíase á todas sus vacilaciones.

Los celos, latentes en él desde que leyera la carta, brotaban impetuosamente, arrollando toda idea de prudencia y de cordura. Los fundamentos de su sospecha eran más que suficientes para justificar tal conducta, por imprudente que ésta fuese.

De tal modo tomaba cuerpo aquella sospecha, que bien puede decirse que Bernardo estaba á dos pasos de la certidumbre... «—Si aquello que él pensaba resultaba cierto...»—Bernardo, suspendiendo el trabajo, se limpiaba el sudor que brotaba copioso de su frente.

Al concluir la jornada, pasó por delante de la casa de Alfredo, pero no se decidió á entrar. Aquella idea, aquel clavo que taladraba su cerebro, no había pasado aún de parte á parte.

Al volver á casa, al acercarse al lecho de su mujer, ésta rechazó con más despego que nunca sus caricias. Este despego que, en otras ocasiones,

sólo producía en él honda pena, aquella vez le causó una sorda irritación, un despecho violento, que á duras penas pudo dominar. «La mujer que así rechaza á su marido, es porque ama á otro»—decíase, recordando la constante frialdad de Paca desde que había vuelto á su lado; la pasividad de sus sentimientos en ocasiones en que el amor se desborda...; su negativa, en muchos de estos casos, bajo pretextos que jamás se le ocurrieran... Ante tales ideas, una oleada de sangre congestionaba su cara...

De tal manera llegó á acentuarse su actitud hosca y huraña, que Clara hubo de preocuparse. Bernardo, tan deseoso siempre de hablar con ella, tan cariñoso y expansivo, habíase reducido al silencio más absoluto. Si Clara le dirigía la palabra, sonreía de un modo infantil; pero cuando ella se alejaba, volvíase á contraer su semblante, y en su mirada reaparecía la torva expresión, la amenaza...

La visita de Luciana y su padre á Paquita, dió lugar á que Bernardo aportara nuevos datos al proceso que allá en su mente formase á la conducta de su infeliz esposa. Esta, al ver á su amiga, demostró gran alegría, y habló, á pesar del cansancio que ello le causaba, con gran animación. Este detalle fué una prueba palpable de que si no hablaba con él, era porque no tenía gusto en ello. Por la conversación se enteró también del cambio de domicilio de su mujer. ¿Por qué aquel cambio? ¿Qué le había sucedido á Paca para mudarse del primer domicilio, siendo así que el casero no quería cobrarle el alquiler?

Bernardo decidió llevar á la práctica su idea de ir á casa de Alfredo, y poner con éste las cosas en claro.

La luz, en aquel asunto, era tan necesaria á su cerebro, como el aire á sus pulmones. La verdad le era precisa, y estaba dispuesto á buscarla, costase lo que costase. Todo antes que la duda.

XXIV

No obstante, aun tardó dos días en realizarla. El amor que profesaba á su esposa mantuvo indecisa su voluntad: no ir era dudar; dudar era tener una esperanza: ir era llegar á la verdad; llegar á la verdad... era el fin... y el fin podía ser fatal.

El creciente desvío de Paquita fué el golpe de gracia sobre su idea, sobre aquel clavo que acabó de clavársele en los sesos.

Sombrío, con la muerte en el alma, encaminóse al paseo de la Castellana. Sin vacilar penetró en el portal y se dirigió á la portería; allí supo que el señor no estaba en Madrid. Insistió Bernardo con energía, creyendo que el portero le engañaba; respondió éste que no tenía por qué engañarle, puesto que el señor no se ocultaba de nadie.

Al oir esto, el diablo, único capaz de hacer discurrir á ciertos cerebros, inspiró á Bernardo una añagaza para sonsacar al portero. Fingiendo cierto aire humilde y apenado, exclamó:

—Quién sabe...

El cancerbero lanzó una sonora carcajada.

—¿Por qué se ríe usted?

—Pero, hombre, ¿con cuatro millones de pesetas cree usted que hay que ocultarse de nadie?

—A veces, los que tienen tanto dinero, se ven obligados á ocultarse de los que no tenemos más que el día y la noche.

Esta razón llegó al corazón del portero. Los que nada tienen son los más dispuestos á hincar el diente en la carne suculenta. El uno, vestido de obrero; el otro, de librea, eran iguales; y sabido es que la común inferioridad es un lazo de unión en contra de los privilegiados.

Desde aquel momento, la conversación entre ambos personajes surgió con cierta amable confianza. Bernardo juzgó llegado el momento de desarrollar su plan.

—Si usted quisiera, podía hacerme un favor que yo nunca podría agradecerle bastante.

—Si es posible, ¿para qué estamos en el mundo? Para ayudarnos unos á otros.

—Pues, verá usted... Voy á confesarle una cosa... porque me inspira confianza, y espero que me sacará de dudas. Verá usted: yo tengo una novia, con la que pensaba casarme pronto; pero desde hace algún tiempo *vengo viendo* en ella cosas que me hacen sospechar... Hace poco estuve aquí para arreglar una luz en casa de su amo de usted... Yo soy electricista, para lo que guste...

—Calla... sí, hombre... ¡ahora recuerdo!... ¡Ya decía yo que su cara de usted no me era del todo desconocida! Siga usted, hombre, siga usted...

—Bueno: pues ese día que vine yo aquí, estando

yo en la puerta del despacho, vi salir á una mujer que me pareció que era mi novia, y... ¡vamos!... usted comprenderá que desde ese día...

—Sí, hombre, sí: está usted con la mosca detrás de la oreja... ¡Natural!

—Usted comprenderá que poner el querer en una mujer hasta el punto de pensar en llevarla á la iglesia, cosa en que no piensan todos, y que esa mujer le engañe á uno... ¡vamos! usted es hombre y...

El portero, que sin duda tenía en su haber alguna *de esas gracias* femeniles, prorrumpió en denuestos contra todas las mujeres habidas y por haber. De perras para arriba, no le quedó adjetivo por aplicar á la bella mitad del género humano.

—¡Y luego dicen que los hombres somos malos!... ¿Pero qué vamos á ser, si ellas son como son? Aquí donde usted me ve, soltero, gracias sean dadas á Dios, y á mi pupila—dijo el portero tirando del párpado inferior de su ojo derecho, y confirmando las sospechas que antes hemos apuntado—, si me descuido hace seis años... ¡es menuda la que me trago! ¡Si le digo á usted que todas son unas perras!

Este era el calificativo preferido por el portero, siempre que de mujer se hablaba.

Puesto ya en este terreno, el buen hombre se dispuso á informar á Bernardo, de todo cuanto desease. «Si la individua en cuestión entraba allí, no era difícil saberlo... y ¡casi lo sabía ya!... porque allí iban contadas mujeres, casi ninguna: el señor no quería líos en su casa.»

Bernardo, con voz temblorosa, porque «llegar

á la verdad, era llegar al fin», empezó á dar las señas de Paca. No pudo concluir: el portero, con aire triunfante, le cortó la palabra para seguir él la enumeración.

Bernardo se puso lívido.

—Durante todo el tiempo que el señor ha estado enfermo, no ha dejado de venir ni un solo día. Al principio estaba un rato nada más; luego..., ¡toda la tarde!... Pero oiga usted: me choca que esa mujer sea su novia, porque aquí se ha dicho que era casada; que por defenderla el señor, del marido, que quería pegarla, fué por lo que se rompió el brazo.

—Y á usted qué le importa que sea casada ó soltera... Muchas gracias, y adiós...

—¡Eh!..., pero oiga usted — dijo el portero, queriendo detener á Bernardo y arrepentido de haber hablado tan claramente.

Bernardo, corriendo por el paseo abajo, estaba ya lejos.

—¡Bah! — díjose filosóficamente el hombre, metiéndose en su portería.—Sea novia, sea mujer, es una perra, y merece que ese chico la rompa un hueso... No, pues el hombre debe ser fuerte...; no le arriendo á ella la ganancia.

Por Recoletos y el Prado, Bernardo llegó al Botánico; allí se sentó, junto á la verja del jardín, y quedó abismado en sus negras ideas.

«Ya no había duda ninguna: ya tenía la verdad..., ¡ya tenía el fin! Paquita, aquella mujer con cara de ángel, era un demonio; aquella mujer, á la que él

quería con locura, le había engañado; ya no era suya, puesto que fué de otro. Ella había ido á casa de aquel hombre á cuidarle, á prodigarle sus caricias; sí..., ¡sus caricias! Aquel Alfredo era su amante. No era posible dudar. Por eso la infame rehusaba el amor de su marido... ¡Y él, que no se había dado cuenta hasta última hora! Pero entonces, ¿Paca se moría por el pesar de no ver á su amante? ¿Por qué había vuelto á casa?»

En su locura, aun buscaba Bernardo un rayo de luz, un dato que le hiciese concebir esperanzas sobre la honradez de Paquita, de su mujer adorada. «¿No era posible que, siendo tan buena como era, y agradecida por la defensa que de ella hizo aquel señor, sólo hubiese ido á visitarle por agradecimiento? ¿Por qué se ha de dar por seguro que una mujer falta á sus deberes por el solo hecho de ir á casa de un hombre? Pero es el caso, que Paca era una mujer casada, y una mujer casada, sólo con el pensamiento falta á sus deberes y da lugar á la murmuración. Ella había ido á casa de aquel hombre..., permaneciendo allí toda la tarde, según le había dicho el portero... ¿Qué más, para comprender su culpabilidad?»

El tardo entendimiento de Bernardo embarullábase cada vez más; de su confusión sólo se destacaba, clara y brillante, la siguiente conclusión: «Paca no tenía que ir á casa de ningún hombre, para nada absolutamente.»

Anochecía ya, cuando, muy despacio, se encaminó hacia su casa. A medida que se acercaba, su

paso se hacía más torpe, y su semblante tomaba la expresión de estupidez de su época de borracheras. El desdichado sufría de un modo atroz: los celos le roían el corazón; la desesperación, el alma. Algunas veces se detenía y se apoyaba en la pared para no caer al suelo. Cualquiera, al verle, le hubiese creído vuelto á la mala vida. Si en aquellos días el alcohol le hacía vacilar, el dolor, oprimiéndole el corazón, le dejaba ahora sin alientos para caminar derecho. En varios momentos tuvo que apelar á sus varoniles energías, para no echarse á llorar como una criatura... Y es que no se resignaba á su desgracia...; no era posible que Paquita no fuese la mujer buena y honrada de siempre... ¡No era posible..., no era posible! Todo lo que estaba pasando era un sueño... Él había vuelto á beber y, sin duda, se había emborrachado.

Bernardito pasó repetidamente ante sus ojos; quiso cogerlo, pero al alargar sus manos, el niño, escurriéndose entre ellas, se desvaneció en el espacio.

Tanto Clara como su madre advirtieron el estado de preocupación en que se presentó Bernardo; pero nada le preguntaron.

Aunque aquella noche le tocaba velar á él, Clara, poseída de un desasosiego inexplicable, trató de convencerle para que se acostase y la dejara á ella quedarse al cuidado de la enferma; sus deseos fueron á estrellarse contra la voluntad de Bernardo. Clara se acostó más tarde de lo acostumbrado; en toda la noche pudo conciliar el sueño.

Bernardo no podía estarse quieto en ningún sitio. La misma Paca llegó á observarlo.

Una de las veces que entró en la alcoba, acercóse á la cabecera de la cama de su mujer, y quedóse mirándo á ésta con fijeza. Al mirarla, no veía en ella la mujer enferma, pálida, flaca y aniquilada; sus ojos la contemplaban rebosante de juventud y lozanía: el odio y el deseo formaban una amalgama infernal que le trastornaba... ¡Cuánto hubiese dado por poder leer en el pensamiento de su mujer! Paquita, al ver el horrible aspecto de la cara de su marido, tembló de miedo.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Paca...—respondió Bernardo inclinándose sobre su esposa y tratando de besarla.

La enferma, al ver sobre sí el desencajado rostro de su marido, sintió un terror tan inusitado, que, volviendo el suyo y rechazándole á él, exclamó:

—Déjame..., déjame.

Bernardo sintió que la locura se apoderaba de su cerebro.

—Me rechazas...; rehusas mis caricias—dijo con acento sordo.

—Bernardo, ¿qué tienes, qué te pasa?

—¿Qué tengo?... ¿Qué me pasa?... ¡Que ya me faltan fuerzas para resignarme á que me roben tu cariño!

—Bernardo...—gimió Paca incorporándose en el lecho.

—¡Que yo no puedo tolerar que otro sea tu dueño!...

—¡Qué dices!

—¡Que yo no puedo vivir sabiendo que te alejas de mí por acercarte á otro!...

—¡Bernardo!

—¡Que tus caricias no han de ser para nadie!

—Mentira... mentira...

—¿Mentira? ¿A qué ibas al paseo de la Castellana?...

—No es verdad...

—Lo es; como lo es el que pasabas allí toda la tarde—dijo Bernardo sintiendo crecer su furor—; y como la mujer casada que quiere á otro hombre que á su marido es una...

Antes que Bernardo lanzase al rostro de Paquita la misma palabra dura y cortante con que la insultara meses antes, ésta, sentándose bruscamente en el lecho, recobrando, por un momento, los arreboles de su cara y el fulgor de su mirada, exclamó con acento entero, enérgico... arrogante:

—Sí; es verdad...; qué me importa: bendita la hora que me redime del peso de mi culpa. Ahora tienes razón, ahora, sí; pero no insultes, no pegues como un canalla: mata como un hombre...

—¡Calla!—rugió Bernardo.

—No, no callaré... Soy culpable, sí, lo soy; pero nadie sino tú es el responsable...

—¡Calla!...

—Tú, que me trataste como una mujerzuela cualquiera; tú, que, viéndome en la calle, me dejaste abandonadada á mí misma...

—¡Calla!...

—Tú que...

—Callarás de una vez—dijo Bernardo cogiendo á su mujer por el desnudo cuello.

Paca dió un grito angustioso.

Clara, que desde el principio del altercado siguiera atentamente el rumor de éste, al oir aquel grito, saltó despavorida de la cama y, echándose una falda, sin calzarse siquiera, corrió á la alcoba. Al entrar, Bernardo, aflojando las terribles tenazas que sus manos formaran en el cuello de Paquita, dejaba caer pesadamente, sobre la cama, el cuerpo de ésta.

—Paca... Paquita—sollozó Clara, arrojándose sobre el cuerpo de su hermana. — ¡Paca! — volvió á repetir, viendo que no obtenía respuesta alguna.

De pronto, dando un grito desgarrador que repercutió en toda la casa, exclamó con trágico acento:

—¡Asesino!... ¡La ha matado!

En aquel momento entró Doña Micaela... ¡Se oyó llorar á Bernardito!

Al oir el grito de su cuñada, Bernardo, que permanecía en pie, los brazos colgando, la cabeza baja, levantó ésta y mirando á Clara con inocencia, dijo con voz apagada:

—No grites, que se va á despertar.

En la puerta de la escalera resonaron fuertes golpes.

Clara, como una leona, trató de rodear la cama para lanzarse sobre Bernardo, pero no pudo: al dar

el primer paso, extendió los brazos y cayó desplomada al suelo.

Cuando volvió en sí la pobre joven, Bernardo ya no estaba en la casa, totalmente ocupada por los vecinos. Sin la menor resistencia se había entregado á los agentes de la autoridad. Cuando le maniataron, parecía un niño que no acertara á explicarse el porqué de todo aquello.

Pocas horas después, por la abierta puerta de su alcoba, el paralítico pudo ver la caja en que se llevaban á su hija, á su Paquita del alma. La conciencia de la Justicia necesitaba tranquilizarse, y para ello la Ciencia tendría que destrozar el delicado cuerpo de la infeliz mujer.

Toda la bondad de Doña Micaela no hubiese sido suficiente para conseguir que aquello quedase en casa: al siguiente día todos los periódicos traían y llevaban á la desventurada familia para satisfacer la curiosidad pública.

¿Con qué derecho se hace esto?

XXV

Desde el primer momento, la Justicia se vió embarazada para el desempeño de sus funciones. Sus primeras preguntas quedaron sin respuesta; sus acusaciones no causaron más que risa, risa inocente y candorosa. Bernardo, cuando le preguntaban por qué había matado á su mujer, sonreía de una manera idiota, creyéndose objeto de una broma pesada.

«¡Matar él á su mujer!... Se creían que la había matado, porque no la encontraron en casa... No sabían dónde estaba... ¡Qué inocentes! Él tampoco lo sabía á ciencia cierta; pero Clara, sí: ésta iba á verla todos los domingos. ¿Qué les importaba á todos aquellos señores dónde estaba Paquita?

La Justicia, creyéndose engañada, volvió á reclamar el auxilio de la Ciencia, para que desenmascarase al miserable asesino que pretendía pasar por idiota, para escapar á sus garras.

La Ciencia observó, estudió y, dudando en dar un fallo definitivo, reclamó, para cerciorarse, la presencia de la cuñada y el hijo del criminal.

El momento fué de una emoción, de una intensidad dramática indescriptible. Al entrar Clara con

el niño en la sala donde estaba Bernardo, la Ciencia no pestañeó siquiera, para no perder detalle; abrió desmesuradamente los ojos y aguzó los oídos.

Clara, vestida de negro, sintió que las piernas se le doblaban y que sus ojos se negaban á la luz, al quedar frente á frente de su cuñado. El niño, en cuanto vió á su padre, corrió hacia él, y montando de un salto sobre sus rodillas y dándole palmadas en la cara, preguntóle el porqué de estar allí.

Respondióle éste que aquellos señores querían saber dónde estaba mamá; pero que no lo lograrían. Padre é hijo hicieron mil proyectos para el domingo siguiente. Bernardo, bajando la voz y recomendando mucho al niño el secreto, le dijo que mamá volvería ese día á casa, y que, para solemnizarlo, irían todos al teatro.

Horrorizada Clara, al comprender el estado de su cuñado, se acercó á él y le habló afectuosamente.

Bernardo, mirando á Clara como si hasta entonces no hubiese advertido su presencia, dió muestras de gran contento.

—¿Qué te ha dicho Paca? ¿Irá el domingo?

—Sí, el domingo—replicó Clara entre sollozos.

—No llores; ahora que ella vuelve á casa, volverá la alegría para todos. Tú le habrás dicho que yo soy bueno, que ya no bebo y que trabajo, ¿verdad?

La escena no pudo continuar: unos brazos solícitos recogieron á Clara, desmayada; una mano piadosa, cogiendo la del niño, lo sacó de la estancia...

Cuando se lo llevaban, el padre, con voz dulce y bondadosa, le dijo:

—Adiós, nene: díle á mamá, cuando la veas, que vuelva pronto á casa...

La Ciencia tuvo que darse por satisfecha y declaró la locura de Bernardo. La férrea mano de la Justicia se abrió para soltar su presa; los brazos de la Caridad se abrieron amorosos... ¡Dios se apiadaba del infeliz, librándole de la muerte!

Había pasado el novenario. Clara se dispuso á ir al cementerio para visitar á su hermana. Bernardito estaba ya vestido para acompañarla. Cuando Doña Micaela preguntó á su hija el porqué de llevar al niño, habiendo tanta distancia, ésta le respondió que lo llevaría siempre. — «Los recuerdos, los amores de los primeros años, se borran fácilmente, y ella no quería que el de la madre se amortiguase en el corazón del hijo.»

En el camino compraron un puñado de flores. Los recursos eran escasos..., y la exteriorización del cariño cuesta muy cara.

En todo el trayecto dejó el pequeño de mortificar, por una causa ó por otra, con su conversación, el corazón de la tía, que no se encontraba con valor para reprenderle. Aquel niño ya no era su sobrino, sino su hijo; y el más inocente regaño, pensaba que había de afligir al alma de Paquita.

Sin cesar preguntaba el chiquitín por mamá y por papá: — «¿Dónde estaban?» — Otras veces, su inconsciencia hacíale hablar de las cosas más extrañas, indiferente á todo aquello que sus pocos años no podían comprender.

La jornada era larga, y se hacía á pie. El *Este* estaba muy lejos. Iban cansados. Al fin, penetraron en la severa mansión. Preguntó Clara á un guarda, enseñándole la papeleta de la sepultura, y éste le indicó el camino que debía seguir en aquella gran ciudad de la muerte.

Clara quedó muy sorprendida al encontrar la sepultura completamente cubierta de flores. La emoción que sentía era tan grande, que, prescindiendo de aquel detalle, cayó de rodillas y oró fervorosamenle. El niño, viendo arrodillada á su tía, se arrodilló también.

Más de un cuarto de hora permanecieron de aquella manera. Clara, pasándose el pañuelo por los ojos, díjole así á su sobrinito:

—Ahí está mamá...

—¿Y por qué está ahí metida y no va á casa?

Clara, aún de rodillas, echóse á llorar ruidosamente, y estrechó al niño contra ella.

—Mamá no va con nosotros..., porque está en el Cielo... ¿Tú quieres mucho á mamá?

—Sí.

—¿No la olvidarás nunca? ¿Aunque seas hombre?

—No...; yo quiero mucho á mamá.

Recuperada, en parte, la tranquilidad de espíritu, Clara pensó en las flores que cubrían el mon-

tículo de la sepultura. ¿Quién había depositado allí aquella ofrenda? Para responderse, no tuvo que pensar mucho. ¿Quién sino Alfredo? Pero ¿estaba en Madrid, ó había dado la orden de ponerlas, desde algún sitio lejano? ¡Tanto daba! ¡Aquellas flores no podían permanecer allí! No teniendo valor para arrojarlas lejos, las separó, dejándolas caer á los lados del montecillo de tierra que cubrían; en seguida, entregando al niño las que habían comprado, le dijo:

—Toma, pónselas á mamá.

Aun permanecieron un buen espacio de tiempo en aquel lugar. Por último, después de orar nuevamente, se alejaron en demanda de la polvorienta carretera que había de conducirlos á las Ventas.

Clara no podía apartar del pensamiento las flores que encontrara cubriendo la sepultura de su hermana. Era indudable que Alfredo, al enterarse, por los periódicos, de la horrenda tragedia, había regresado á Madrid. No era posible que hubiese confiado aquel encargo á nadie. Tras de este pensamiento, otros acudieron á su mente. Su situación era bien crítica: la casa, en lo sucesivo, pesaría sobre ella sola... ¿Tendría fuerzas para resistir un peso tan grande? Ella, siempre animosa en la adversidad, sentíase acobardada entonces. La cosa no era para menos... Si al menos su padre... El médico y la botica era un renglón aplastante... ¿Y el niño? ¿Cómo educar á aquella criatura sobre la que todos abrigaran tan bellos proyectos? Clara contemplaba á su sobrino con maternal ternura... Sí, ella sería

su madre; ella velaría por él; ella, como hubiese hecho su verdadera madre, se privaría de lo necesario, si era preciso..., ¡que sí lo sería!..., para sacarle adelante.

Cuando llegaron á casa, Doña Micaela entregó á Clara una carta cerrada que, no hacía mucho, acababan de llevar.

Miróla con curiosidad la joven; no conocía la letra. Pronto salió de dudas, rasgando el sobre. En él halló una carta y un cheque contra el Banco de España, por valor de una respetable cantidad.

La carta, firmada por Alfredo, después de un respetuoso encabezamiento, decía así:

«No he de hablarle del pasado: el pasado es irremediable; pensemos en el presente, que, por lo que á usted se refiere, me preocupa en extremo. ¿Qué piensa usted hacer? ¿Me permite que me adelante á sus proyectos exponiéndole los míos? Estos son muy sencillos y fáciles de realizar.

»No sé si soy culpable de lo ocurrido: yo me alejé cuando usted me hizo ver los peligros que mi presencia podía acarrearles. De todos modos, culpable ó no, es mi más ardiente deseo proporcionarles un porvenir tranquilo. No por deber, por cariño, quiero reparar mis culpas, procurando el bien de ese pobre niño y de las personas que con tanto amor le rodean.

»Con el importe del adjunto cheque, representativo de una cantidad sin importancia, puede usted constituirle una pequeña renta que el día de maña-

na sea suficiente para su educación. Si usted lo juzga oportuno, yo así lo creo, puede tomar de ese dinero la parte que necesite para establecerse y crearse una posición decorosa. Esto redundaría en bien de su sobrinito.

»Mi deseo hubiese sido proveer á la vida de ustedes, en forma que de nada tuvieran que ocuparse; pero como sé que es usted digna hermana de la infeliz Paquita, no me atrevo á elevar la cantidad que se expresa en el cheque, pensando que la consignada, por ser tan insignificante, correrá menos riesgo de ser rechazada.

»Antes de tomar una resolución, medite en que sus fuerzas son demasiado débiles para soportar la enorme carga que sobre usted ha de pesar en lo sucesivo; piense en el niño, en su padre de usted, enfermo..., en todo aquello que, reunido, puede acallar sus escrúpulos, que serían injustificados.

»Usted, cuya belleza de corazón pude apreciar un día, no muy lejano, sabrá comprender, sin duda, que solamente el caballero es quien se dirige á usted en esta carta.

»El tiempo, acaso, si usted no se opone, nos dé medios de hacer más efectiva mi leal y desinteresada ayuda.

»No me cause, por Dios, la pena de rechazar mi modesto auxilio; déjeme saborear el mayor placer que ya pueden causarme mis riquezas: hacer el bien. Recuerde que me ofreció recurrir á mí, en situación apurada... Esa situación no tengo duda de que ha llegado.

»Pendiente de su resolución queda á sus órdenes, su más sincero y respetuoso servidor, *Alfredo Ruidíaz.*»

Cuando Clara terminó la lectura, quedó sumamente pensativa. Doña Micaela, siempre que pasaba junto á su hija, la miraba, sin comprender. La buena señora ignoraba todavía la causa de la tragedia que se había desarrollado en su casa.

Larga y cruel fué la lucha que Clara sostuvo consigo misma. La conducta de Alfredo la conmovía hasta lo más profundo de su ser, pero... ¿En qué consistía aquél «pero»? Ella misma no sabía explicárselo. Todo lo que Alfredo decía en su carta le parecía perfectamente razonable. Que ella debía dudar de sus energías para la difícil empresa de sacar á flote su casa, no se le ocultaba, pero...

Aquel dinero, aquel bienestar cimentado en la desgracia, no acababa ella de razonarlo. El amor de Alfredo por Paquita, el amor de ella por él, la muerte de su hermana, la locura de Bernardo... todo aquello hacíasele imposible de compaginar.

Sin embargo, no queriendo proceder de ligero, como se le decía en la carta, decidió esperar al día siguiente para dar una respuesta.

Como Doña Micaela aventurase una pregunta sobre aquella carta, Clara le respondió que era un asunto muy largo de explicar y que ya lo conocería.

Por la mañana temprano, aquel «pero» incomprensible seguía entrometiéndose constantemente en las ideas de la pobre joven. Viendo, pues, que

no lograba acallar sus escrúpulos, y considerando que esto era señal de que no debía aceptar el dinero de Alfredo, escribió la siguiente respuesta:

«*Sr. D. Alfredo Ruidíaz.*

»Muy señor mío: Recibida su carta y con ella el cheque que tan generosamente me envía, he pensado mucho, como en ella me aconseja, sobre mi resolución, que es la de agradecerle en todo cuanto vale su noble proceder, pero no aceptar lo que me ofrece. ¿Por qué? No lo sé; pero mi corazón me dice que no debo admitirlo.

»No olvidaré nunca su generosidad, y esté seguro de que la creo hija de su caballerosidad. Sé que es usted bueno. Confío en Dios: él me dará fuerzas para salir adelante.—*Clara Galván*.»

Al meter la carta en el sobre, Clara se detuvo, y cogiendo nuevamente la pluma escribió la siguiente posdata:

«Le ruego que se abstenga de poner flores sobre la sepultura de mi pobre hermana: aún hay un pobre demente en el mundo, á quien se debe respetar.»

Ella misma llevó la misiva con el cheque á casa de Alfredo, y se la entregó á Julián.

Al salir del portal sintió una congoja tan grande, que hubo de detenerse para poder respirar. Repuesta ya, echó á andar, alejándose de aquel triste lugar... quizás para siempre...

Epílogo.

Clara reanudó sus tareas en el taller. A los pocos días, la maestra, señora de alguna edad, dejó á Clara asombrada con la siguiente proposición:

—Clarita: yo tengo ya bastante edad y voy estando cansada del trabajo. En treinta años de laboriosidad constante, he reunido un pequeño capital, que me permite vivir en la holganza. Tú sabes que yo te quiero mucho; que conozco vuestra vida, las desventuras de tu pobre hermana y lo digna que eres de que se te ayude. He pensado retirarme: ¿quieres encargarte de la casa? Tú conoces la clientela tan bien como yo; ella te conoce á ti, y, por lo tanto, el taller, bajo tu dirección, marchará perfectamente. Por el pronto, las ganancias serán á medias. ¿Te conviene?

Clara aceptó, como es de suponer, llena de júbilo; pero sin saber á qué atribuir aquella fortuna que le venía llovida del cielo.

Pasados tres meses, la maestra cedió por entero el negocio á su asociada. Tenía bastante para ella sola, y no quería más. Clara era joven y tenía familia; quería hacer una buena obra cediendo el taller por completo á aquella buena muchacha.

Esta no daba con la razón de todo aquello que le sucedía. ¿Era un sueño? No. Ella se había insta-

lado en el taller con su familia, abandonando la calle de Zurita; aquello no era un sueño: era la felicidad. El recuerdo de Alfredo cruzaba algunas veces por su imaginación...

La aprendiza del taller encargada de abrir la puerta, algo habría podido decir, si le hubiesen preguntado, de ciertas visitas que un caballero joven y no mal parecido había hecho á la maestra; pero nadie la interrogó; ella, que era discreta, nada dijo.

Tranquila ya, respecto al porvenir de todos los suyos, y pensando en cuál podía ser el origen de aquella paz bienhechora, Clara recordaba el párrafo de la carta de Alfredo, que decía:

«El tiempo acaso, si usted no se opone, nos dé medios de hacer más efectiva mi leal y desinteresada ayuda...»

Y cuando Clara recordaba estas palabras, quedaba sumida en extrañas meditaciones, y la imagen de Alfredo pasaba ante sus ojos, mirándola dulce y bondadosamente...

FIN

NOTA. Con el mayor gusto rectificamos lo que del Ayuntamiento se dice en las primeras páginas de este libro, toda vez que la reforma del pavimento de Madrid es un hecho. ¡Ya era hora!

Obras de Guillermo Díaz-Caneja.

Teatro.

Un beneficio, sainete (en colaboración con D. Rafael de Santa Ana).

Novelas.

Escuela de Humorismo.—Novelas. - Cuentos. Un tomo en 8.º de 248 páginas, **3** pesetas.

La Pecadora.—Novela.—Un tomo en 8.º de 318 páginas, **3** pesetas.

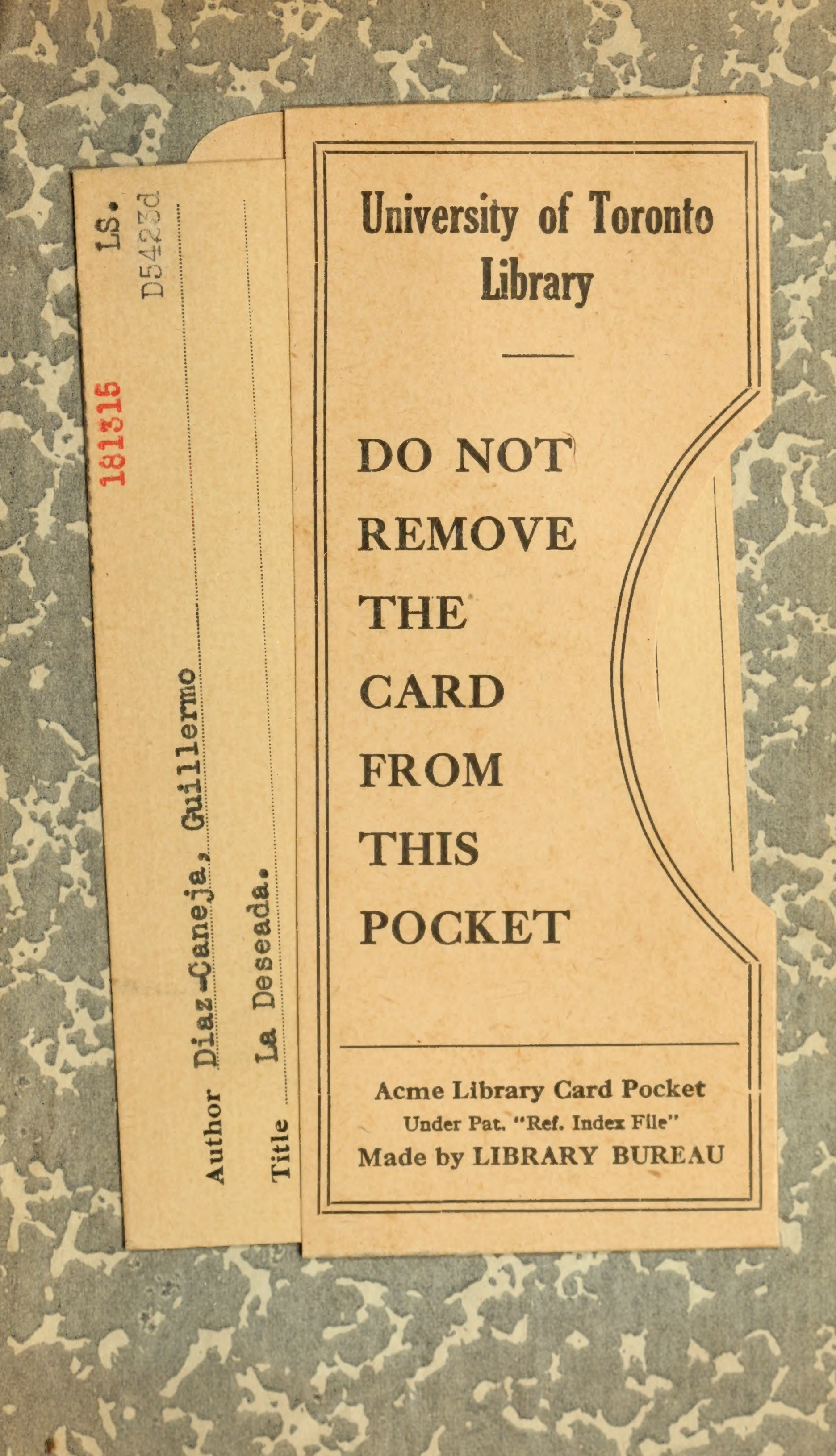
La Deseada.—Novela.—Un tomo en 8.º de 296 páginas, **3** pesetas.

En preparación.

El Sobre en blanco (novela).

La Virgen Paleta (novela).




LS.
D5423d
181315
Author Diaz-Caneja, Guillermo
Title La Deseada.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

